



# GINÉS PÉREZ DE HITA <sup>(1)</sup>

## PRIMERA PARTE

### I

#### Lugar y año del nacimiento de Pérez de Hita

**S** EÑORES: En el folio 67 del capítulo preliminar de mi *Historia de la villa de Mula*, escribí lo que sigue: «También fué natural de esta villa Ginés Pérez de Hita, por más que Morote, en sus *Antigüedades de Lorca*, le haga equivocadamente natural de Murcia.»

Este aserto mío, que anteriormente había señalado Aribau sin dato seguro, procuré certificarle por unos apuntes genealógicos de la familia de Hita (existentes, con otros, en el Archivo de la Casa Capitular de Mula), persuadiéndome que Ginés Pérez nació en esta villa, siendo bautizado en la parroquia

---

(1) Memoria dedicada al Ateneo de la ciudad de Murcia, y Municipios de Lorca y Mula, y Excmo. Sr. Duque de Medina-Sidonia, Marqués de Villafranca y los Vélez, etc.

de San Miguel, y se casó en Murcia, donde estaba establecido y avecindado por el año de 1597 (1).

En la época en que, según antecedentes, nació Pérez de Hita, año de 1548, aparece en el registro parroquial de la villa de Mula la partida de bautismo de Ginés Pérez, hijo de otro Ginés Pérez; pero sin contener como debiera los demás datos de madre, abuelos, etc., y no es de extrañar tal falta de expresión, porque entonces era tal la informalidad observada en el registro parroquial, que dió lugar á que en el libro donde la expresada partida figura, se consignase, al girar una visita el superior jerárquico del encargado del registro, una nota censurando la falta de formalidades, y conminándole con una multa, en el caso que no se corrigiese. El padre Ortega, en la *Crónica de la Santa Provincia de Cartagena*, biografiando al mártir Fray Ginés de Quesada, natural también de Mula, y nacido en 1593; es decir, años después de Pérez de Hita, escribía como comprobante de la informalidad con que en la villa se llevaban los motes parroquiales, lo que sigue: «Tuvo el descuido el sacerdote que le bautizó (y se firma solamente Licenciado Torres) de omitir el día de su nacimiento, poniendo sólo en el que le administró el sagrado bautismo; bien que no extrañará esta omision y descuido el que tenga práctica y noticia de lo que ordinariamente, así en este punto como en otros tan importantes, egecutaban los antiguos.»

El Sr. Martínez Villalta varias veces me ha expresado haber visto muchos ejemplares de las *Guerras Civiles*, en casa de D. Manuel Fernández de Quijano, representante en Mula de la casa de los Hitas, habiendo sido el dueño de una de labor en el campo de Cagitán, denominada «La casa de Hita.»

Tengo un tomo de dicha obra, que en su primer hoja en blanco dice así: «Es del archivo de la casa de Cagitan, año de 1765.» Obra impresa en Barcelona, en la imprenta de Lucas Benaves, calle del Carmen, año de 1757, en cuya portada dice: «*Historia de los Bandos*, etc., traducida en castellano por

---

(1) Dos años después de aparecer la edición de *Las Guerras Civiles*, hecha en Zaragoza, año de 1595, imprenta de Miguel Gimeno Sánchez.

Ginés Pérez de Hita, vecino de la ciudad de Murcia.» Ahora bien, la vecindad del país no acusa siempre tener la misma naturaleza; y si pues Ginés Pérez de Hita se anuncia sólo como vecino, es que sin duda alguna no era natural de Murcia; luego si en Mula hay tanto monumento que testifican las razones expuestas, para acertar con la patria de Pérez de Hita, la que ignoraban sus biógrafos, y existiendo tantas familias en esta villa con el apellido de Hita, y su casa solariega en los campos de Cagitán, debemos creer que Mula fué la patria de Ginés Pérez de Hita.

Es necesario creer además, con relación á este asunto y por lo que á su fe de bautismo se refiere, que Pérez de Hita, á semejanza de Ponce de León y otros, forma un solo apellido, y por eso sin duda en la partida que se lee en San Miguel, y que coincide su fecha con el natalicio del escritor, no se pone Ginés Pérez de Hita, sino solamente Ginés Pérez, precisamente como aún hoy mismo se conoce ó se designa los Hitas de Mula, y así también varios autores, entre ellos Suárez, historiador del Obispado de Guadix y Baza, siempre que le citan, dicen Ginés Pérez á secas.

Esto, que sobre poco más ó menos viene á decir en los folios 67 y 68 del capítulo preliminar de mi *Historia de Mula*, motivó al erudito cuanto conocido literato, crítico y profesor de Retórica y Poética D. Andrés Baquero Almansa, al publicar en el *Diario de Murcia* un artículo bibliográfico crítico, indulgente en demasía, como de amigo cariñoso, en el que, entre otros extremos, decía: «El Sr. Acero se ufana de haber descubierto prueba plena para fijar en Mula el nacimiento de Pérez de Hita: nada menos que un mote de bautismo. Sospechábase ya vehementemente, por inducciones críticas, fundadas en varios pasajes de su obra, que fué natural de Mula el autor de las *Guerras Civiles*: el hallazgo del Sr. Acero tendría, pues, grande importancia literaria. Sin embargo, la simple partida de un Ginés Pérez en la parroquial de San Miguel, sin indicación de madre ni de abuela, ni determinación siquiera de la fecha, es poca cosa. Debíó robustecer la debilidad de este dato con otro que se echa de menos.» (Véase el número 2.222 del *Diario de Murcia*, correspondiente al 3 de Agosto de 1886).

Apenas mis ocupaciones me consintieron, que en 11 de Septiembre del mismo año, y en el núm. 2.255 del *Diario*, acudí á aclarar los puntos estimados deficientes por el docto crítico, diciendo: «Casi todos los reparos de mi querido censor y amigo el Sr. Baquero Almansa, se prestan á una contestación bien fundada; porque, como por ejemplo, para señalar á Mula como patria de Ginés Pérez de Hita, le parece insuficiente la partida de bautismo que sólo expresa el nombre propio y el patronímico Pérez, este dato se corrobora por la fecha, y además adquiere completa certidumbre por el testimonio del titulado *Libro de las familias*, que cuenta al mismo Ginés Pérez, sin el complemento de Hita, entre los individuos de este linaje; dato especial y concreto, muy atendible por su antigüedad y por el conocimiento que de este hecho debían tener las personas que en forma auténtica hicieron el libro, y los que de sus propios escritos y antecedentes suministraron las noticias que nadie mejor que ellos estaban en disposición de saber y conocer á punto cierto.

Esto aun sin contar con que no es cosa rara, sino antes bien frecuente, que los hijos-dalgos, ó hidalgos, cuando radicaban ó vivían en su país, asegurados de que nadie ignoraba su nobleza, y que además constaba en las actas municipales, se contentaron con el patronímico, sin completarlo con la distinción heráldica del pueblo ú otra circunstancia que distinguió á sus antepasados. Cabalmente esta omisión se observa ser en Mula muy común en las familias nobles. Los Martínez abandonaron el aditamento de Exea; los Fernández el de Capel; los Sánchez el de Galinsoga, etc.; y en esa especie de desprendimiento, ó llámese desidia, los Pérez han sido los más abandonados; pues conociéndose en Mula tres linajes patronímicos del mismo apellido, á saber: «Pérez de Molina,» «Pérez de Valladolid» y «Pérez de Hita,» todos han preferido llamarse, sin duda por abreviar, Pérez á secas, exceptuando el último, que después de cierto tiempo, y por motivos especiales, apareció en segunda rama con Hita sin Pérez, acaso con el fin de evitar la confusión con la primera.

Prescindiendo de todo, tiene grave importancia, aunque faltasen otros indicios (que el mismo Sr. Baquero Almansa

califica de vehementes), á los que se derivan naturalmente de hechos conocidos: es uno de ellos, no despreciable, el nombre de Ginés, que tuvo el autor de las *Guerras civiles de Granada*, y que viene repitiéndose en todas las generaciones que forman la línea recta de descendientes hasta la última; el haber visto varios ejemplares antiguos de la obra de la casa de Hita; la predilección y señalada honra con que distingue á la mesnada de Mula y sus caudillos; la creación ideal de una persona tan bien figurada con amables y simpáticos adornos poéticos, presentándola como hija de nuestra villa de Mula y de propio linaje (1); la suposición de que por medio de esta mujer interesante se llamó y acudió á combatir en duelo singular por la Reina mora, con otros tres caballeros cristianos, el Sr. de Mula, D. Juan Chacón, los cuatro en su defensa contra otros tantos zegríes que sostenían la acusación del adulterio; indicios que por ser varios y conexos hacen pruebas del hecho á que se aplican, y sirven de fundamento á la identidad personal, que ofrece de suyo la partida de bautismo, con la coincidencia de nombre usual en la familia, patronímico y fecha del nacimiento, ya la justificación verdaderamente *preconstituída* que ofrece el *Libro de Hidalgos* con su antiguo, especial y concreto testimonio. De tantos y tan fuertes elementos se compone el *hecho* cierto que yo he demostrado, á pesar de que la ilustración de mi querido crítico los califique de *poca cosa*, sin duda por referirse únicamente á la partida sacramental, que en efecto no sería concluyente sin los demás adminículos.»

Pasado algún tiempo, y en Septiembre del mismo año, el Sr. Baquero Almansa resucitó la polémica, y en lo que se refería á Pérez de Hita en esta forma:

«Yo no puse en discusión que el famoso autor de las *Guerras Civiles* pudiera contarse entre las glorias de la Villa historiada. Reconocía que hay vehementes sospechas para creerle hijo de Mula; estas sospechas son las que V. indica en su primera epístola, las mismas que tuvo ya en cuenta Aribau,

---

(1) Doña Esperanza de Hita.

las mismas que también vió V. recogidas en el capítulo de mi *Literatura murciana durante la Casa de Austria*, que trata de Pérez de Hita, publicado hace tiempo en *El Semanario*. Ni menos puse en duda que el mote de bautismo de Ginés Pérez de Hita, una vez encontrado, fuese testimonio suficiente para fijar de un modo definitivo la patria de este ingenio. Mi duda es que V. pueda ufanarse de haber topado con dicha partida bautismal; y mi reparo era que si efectivamente ha tenido V. esa fortuna, su libro no trata este punto concreto, de especial interés, con la claridad y precisión bastantes á producir el convencimiento en lectores algo escrupulosos.»

«Sólo dice V. que «por la época en que, según antecedentes, nació Ginés Pérez de Hita, aparece en el registro parroquial de S. Miguel, la partida de Ginés Pérez, hijo de Ginés Pérez, pero sin contener, como debiera, los demás datos de madre, abuelos, etc.» Ni siquiera consigna V. la fecha. Por la época en que según antecedentes nació..... ¿Qué antecedentes? ¿Qué época? La biografía de Hita está por hacer; los poquísimos datos que de su vida conocemos se han sacado exclusivamente de sus obras; Cascales ni siquiera le nombra, ni lo menciona tampoco Polo de Medina. Porque asistió á toda la guerra de los moriscos (1568) como simple soldado, se calcula que debió de nacer hacia 1545; pero esto es sólo una conjetura más ó menos probable. A esta simple conjetura, de qué refuerzo puede servirle el simple mote de un Ginés Pérez, hijo de otro Ginés Pérez *cristianado... por aquellos tiempos.*»

«A lo cual, en Febrero del siguiente año de 1887, aunque con algún retraso contestaba: «Queridísimo Tornel: No esperaba que el amigo Baquero resucitara la cortés y gallarda controversia, que no hace mucho tuve el honor de sostener con el profesor y el amigo, á propósito de los atinados reparos que puso en honroso artículo crítico de mi *Historia de Mula.*»

«De sincera buena fe se me antojaba aplicar al cariñoso crítico lo que dijera el Tasso de un embajador sagaz «*sono acuse epasion lodi.*» Sin embargo, entonces como ahora, resultará siempre, mi querido D. Andrés, tan docto como ingenuo.»

»Por lo que V., querido Tornel, me dijo en una muy grata para mí, tenía entendido que la polémica había terminado, y

hasta llegó á antojárseme, ¡Dios me lo tome en cuental que al retirarme del palenque, si magullado, maltrecho y malferido no marchaba como era de esperar de erudito tan concienzudo; más es el caso, que resucitado el tema de la no lejana aunque pasada discusión, sobre si el autor de las *Guerras Civiles de Granada*, era ó no nacido en la villa de Mula, me dice últimamente en *El Diario*, que: «Está muy lejos de constituir prueba plena en la cuestión de *la naturaleza de Hita* en aquel *mote* de bautismo de un Ginés Pérez, hallado por mí en la parroquial de San Miguel de la villa de Mula.»

«Y ¿por qué? Pues muy sencillo. Porque el P. Morote, en la página 340, parte segunda, libro 3.º, capítulo 10 de los *Blasones de Lorca*, al hacer la descripción de la batalla del Puerto del Conejo, trasladando al texto la octava que empieza: «*Ya saben que á los moros esperamos,*» asegura que su autor, Pérez de Hita, era natural de Murcia, é ítem más, que al reseñar la de los Alporchones, en la pág. 358 de la misma parte y del mismo libro; pero en el capítulo 16 de los citados *Blasones*, repite Fray Pedro, que Pérez de Hita es *natural* de Murcia.

«Y es evidente, que si Morote asegura por duplicado que nuestro Hita, es natural de Murcia, y el ilustrado Sr. Cánovas y Cobeño, ha proporcionado al amigo D. Andrés una de las varias portadas *que corren* (y de las cuales yo poseo también una *idéntica*), con el heróico poema intitulado *Libro de población y hazañas*, etc., debido á la pluma del que, el señor D. Miguel G. de Cisneros llamó historiador de Lorca, y en tal fachada se asegura que Ginés era *vecino* de la antigua Eliocrota, y *natural* de la ciudad siete veces coronada, no es de gran estima lo que escribe el Sr. Acero.»

«Pues á pesar de que pesan mucho, muchísimo en mi ánimo, mi querido Sr. D. Andrés, sus razones, como hijo de Navarra y aragonés, permitido ha de serme que no me rinda y siga recabando, una vez más, para la muy Noble y muy Leal villa de Mula, la naturaleza del escritor entretenido é ingenioso, que en nuestras inolvidables conversaciones convinimos en apreciar como padre de la novela histórica española, único en su clase.»

»Y ciertamente ¿cómo se explica, que siendo tan minucioso

el P. Morote en las referencias de los varones notados por nobleza, virtud, valor y sapiencia, al tratar en la página 212, parte 2.<sup>a</sup>, libro I, capítulo 19 de sus *Blasones*, del ilustre y generoso apellido de Hita, nada habla de D. Ginés, concluyendo, por el contrario, la genealogía y estirpe, escribiendo: «En la villa de Mula se conservan ilustres caballeros de este apellido.» ¿No era esta la más oportuna ocasión para hablar del Pérez de Hita que tratamos, y fijar su naturaleza y referirse á Murcia? Sabido es, que el P. Morote está lleno de errores, ora por culpa de ignaros copistas, ya por otras razones que no son del caso apuntar ahora; y de ahí que no pueda prestarse gran fe al que encaja en el libro II, un capítulo entero para probar que «Pilato, juez inicuo, no fué de Lorca.»

«Conste que no me ciega el apasionamiento por mi patria adoptiva la Villa de Mula, ni rebusco sofismas para acreditar su mejor derecho en esta litis-pendencia. Usted me dijo, en sustancia y en la pasada contienda, que la presunción que yo abrigaba la tuvo anteriormente Aribau. En verdad, empero, que la conjetura de este literato se fundaba *únicamente* en alguno de los varios indicios que ofrecía la obra *Guerras Civiles de Granada*, y que yo también he consignado en mi *Historia de Mula*; yo avanzo más, mucho más, porque completo el número de los indicios con los demás que Aribau no tenía empeño, propósito, ni obligación de recoger y referir: añadido otros que no salen de dicha obra, y que por ello no pudieron estar al alcance de aquel docto colector de novelas anteriores á Cervantes, ni tampoco quizá, pudiera haber conocido mi Sr. D. Andrés, á pesar de sus indiscutibles y vastos conocimientos.»

«Sólo yo he podido investigarlos y adquirirlos en la villa que de propósito he visitado muchas veces para reunir los materiales de mi libraje; además de esos indicios de dentro y de fuera de la misma, he encontrado una partida bautismal de fecha contemporánea, extendida con la falta de escrupulosidad que por entonces, desgraciadamente, se advertía en tales documentos, hasta el extremo de aparecer á veces varios hermanos con distintos apellidos, sin convenir alguno con los del padre común, á virtud de vinculaciones ó mayorazgos que



obligaban tales cambios. Poca fuerza tendría ciertamente el documento bautismal, que yo exhibo, pero ruego al amigo Sr. Baquero, se fije en que corroboro este documento, ó *mote* de bautismo, como le llama, con otra prueba documental, como es la fe especial y concreta que nos ofrece el libro de las familias que obra en el Archivo Municipal de Mula, catastro oficial y auténtico, formado con antecedentes directos y solemnidades de ritualidad para probar hijodalguía, en que ni siquiera podía caber la intención de adjudicar á una familia determinada la honra de poseer un deudo escritor de obras que probablemente no conocían, y que desde luego no temo asegurar que no sabían estimarlas en su justo valor. ¡Como que en toda la villa, la primera vez que la visité no había más que un ejemplar de las *Guerras Civiles* y ese en casa del eruditísimo y común amigo Sr. D. Pedro Martínez Villalta!»

«La familia de Hita es de estirpe goda, dice el libro de familias y poblaciones; uno de este linaje ganó la Villa de Hita, y de allí tomaron su apellido. *Ha habido en ella hombres de letras, como el escritor Ginés Pérez*, y el pasado siglo D. José Faustino Pérez de Hita, Caballero de Calatrava y Oidor de la Chancillería de Granada. Las armas etc.» Véase la pág. 302 de mi *Historia de Mula*, así como también las páginas 67 y 68 del mismo libro.»

Luego con tales datos é indicios, que es lo que hemos de analizar, no es aventurado afirmar que constituyen prueba plena, no sólo indicial, si que también documental, según y conforme nuestros procedimientos civiles y criminales, y que Mula tiene la insigne honra de ser patria de Ginés Pérez de Hita, y no Murcia como dice Morote, y la portada del poema heroico, del que yo he de ocuparme, si Dios y las *causas* me lo permiten; y sigo y seguiré en mis trece, mientras que V. no tropiece en alguna parroquia de esa, para mí tan querida como hospitalaria ciudad, con una fe semejante á la que yo encontré en la parroquial de San Miguel de la Villa de que soy hijo adoptivo y cronista, y que las corrobo además con documentos sacados de sus venerados Archivos, como el del *Libro de las familias* que desempolvé y lucí limpiándolo en el Ayuntamiento de Mula; y que con la mayor autoridad nos de-

clara ser la reina de las villas del serenísimo reino murciano, la patria del galano cuanto ingenioso autor de las *Guerras Civiles de Granada*, y del poema heróico *Libro de poblaci6n y Hazañas etc.*, del gran pueblo de Lorca.»

\*  
\* \*

Después de la anterior cortesísima y útil polémica sostenida con sin igual habilidad por mi amigo Sr. Baquero Almanza, la que yo he transcrito por considerarla muy pertinente en concepto preliminar de este trabajo, tuve la singular satisfacción de saber en el mes de Marzo último, que al ocuparse la Real Academia de la Historia, del informe emitido por el sabio individuo de ella, Excmo. Sr. D. Vicente de la Fuente, tratando de mi *Historia de Mula*, la mayor parte de los señores, después de una discusión no corta, en la que entre otros intervino el Sr. Menéndez Pelayo, convinieron, si bien particularmente, por no haberse consultado oficialmente al doctísimo Cuerpo, que Ginés Pérez de Hita fué natural de la Villa de Mula. ¡Tales son los efectos de la crítica ejercida delicada y útilmente! pues á la del Sr. Baquero, que hace como abeja, miel de esa flor amarga, y no ponzoña como las arañas, debo agradecer que, al ocuparme hoy del soldado y el escritor, pueda empezar asegurando que nació en la Villa de Mula, recibiendo las aguas regeneradoras del bautismo en la parroquia de San Miguel, bien alrededor de los años de 1546, como calcula el Sr. Baquero Almanza, ó ya del 1548 como afirmo yo, siendo contemporáneo de Cervantes, que nació en 1547 (1).

En efecto, el levantamiento de los moriscos fué, como es sabido, en 24 de Diciembre de 1568; y es seguro, por su propia confesión, que al sosiego y pacificación del mismo, militó como soldado bajo de las banderas del esforzado D. Luis Fa-

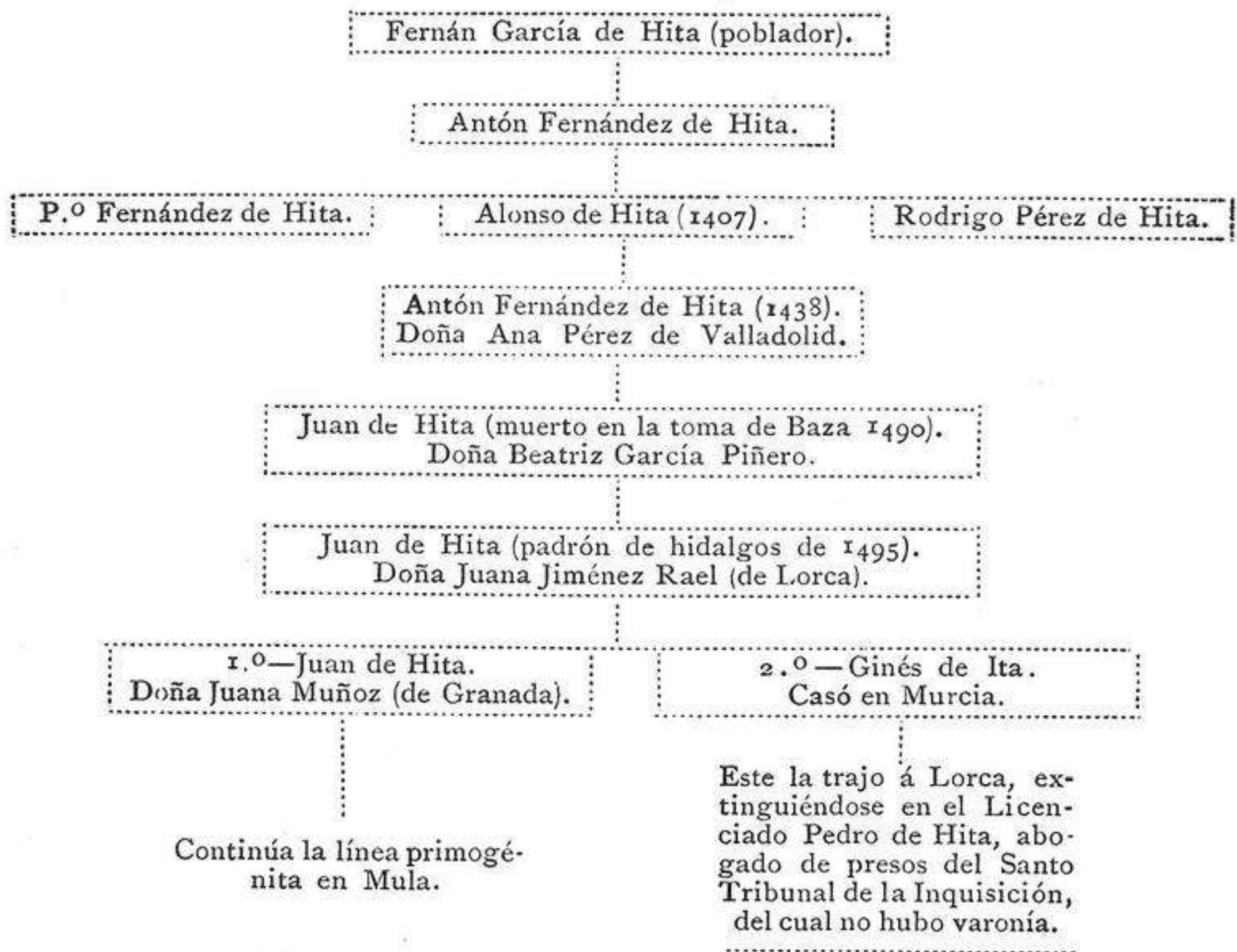
---

(1) El tan distinguido literato como erudito Sr. D. Eulogio Saavedra, hijo también de Mula, supone, por su parte, á Ginés Pérez de Hita nacido en 1544, pues tomando su genealogía desde los primeros Hitas pobladores de

jardo, segundo Marqués de los Vélez, y Adelantado de Murcia; y es así no menos cierto, que hasta terminada la guerra, ó muy próxima á concluirse con la toma y arrasamiento de la Galera, por D. Juan de Austria, en la que parece que no estuvo por seguir al Marqués de los Vélez, asistió, por lo demás, como soldado, á toda la guerra. Esta duró tres años, teniendo

Mula, del libro de población y de los padrones vecinales de aquella villa, forma el siguiente árbol genealógico:

*Noticias genealógicas de la familia de Hita (existente aún en Mula) sacadas del «Libro de las familias.» del Archivo municipal de dicha villa:*



Este *Ginés de Hita*, hijo segundo de Juan, que se trasladó á Lorca, debe ser, dice el Sr. Saavedra, el autor de las *Guerras Civiles* que engrandece los servicios de Lorca y el valor de sus hijos, que era patria de su madre; cita con encomio á Mula y de ella hace natural, á Doña Esperanza de Hita: su patria, y consta ser *vecino de Murcia*, donde se casó y dejó un hijo establecido.

El Sr. Saavedra, para explicar que Ginés, que escribió la segunda parte de las *Guerras Civiles* en 1595, pudiera ser el hijo de Juan, empadronado cien años antes, hace el cómputo siguiente:

fin en 1571, y en el siguiente de 1572 (1), escribió Pérez de Hita el manuscrito sobre la historia de la ciudad de Lorca.

Lógico es, pues, calcular, apróximadamente, que nuestro escritor rayaría á los veinticuatro años (2) á lo sumo, cuando empezase á militar con el de los Vélez, pues la erudición vertida en el poema, su forma y composición, revelan ya una educación literaria que consiguen pocos hasta tal edad, y mucho menos en aquellos tiempos tan revueltos como pálidos y descoloridos. Ciertamente que cuando escribió el poema, no es aventurado suponer que tendría entonces de veinticuatro á

Años	<i>Juan de Hita (padre de Ginés)</i>
1485	Nacido cinco años antes de la muerte de su padre.
1569	Empadronado de diez años de edad.
1530	Casado á los cuarenta y cinco años.
1544	Tiene á Ginés á los cincuenta y nueve años.
Años	<i>Ginés Pérez de Hita</i>
1544	Nacido.
1569	Guerra de los moriscos, á la que asiste de veinticinco años.
1595	Imprime la primera parte de las <i>Guerras Civiles</i> , de cincuenta y un años.
1597	Concluye la segunda, de cincuenta y tres.
1604	La imprime de sesenta años.

No deja de tener alguna verosimilitud este cálculo del Sr. Saavedra para explicar los cien años del empadronamiento, pero este mismo señor me ha confesado que muy bien el Juan de Hita y Doña Juana Jiménez Rael (de Lorca), pudieron ser, no padres, sino abuelos del Ginés, autor de las *Guerras Civiles*, y éste hijo del Ginés de Hita, segundo hijo de aquéllos, que figura en el mote parroquial de San Miguel de la villa de Mula, como padre del escritor. Esta opinión mía está avalorada con la competentísima del Sr. Martínez Villata, que tantos motivos tiene de ser muy respetado como autoridad en todo lo que se refiera á la villa de Mula.

Lo que sí puede creerse muy fundadamente, es el que debió dejar descendencia en Lorca, puesto que en el testamento de Juan López de Meca (que existe en el Archivo del Convento de San Julián), en fecha 10 de Marzo de 1670, llama, entre otros, para patrono de una capellanía fundada por él, á Doña Ana González, viuda de *Francisco Percz de Hita*.

(1) En este tiempo estaba Cervantes curándose las heridas recibidas en la batalla de Lepanto.

(2) En 1578, Cervantes tenía treinta años de edad, según información judicial hecha en Marzo de dicho año.

veinticinco años, revelando su juventud la incorrección, calor y aun exaltados arrebatos que en él se observan. En 1597, le encontramos establecido y avecindado en Murcia, al parecer treinta y cinco años después de escrito el poema, calculándole entonces cincuenta y cinco años de edad, de donde se deduce fácilmente que su natalicio coincide con el año de 1548, época precisamente en que encontramos en los libros parroquiales de la iglesia de San Miguel de la villa de Mula, el mote de bautismo de un Ginés Pérez, hijo de otro Ginés.

## II

Observaciones sobre el carácter de Pérez de Hita:  
influencia del gusto del siglo en que escribió en su  
educación literaria

Confieso que cuando el Sr. Baquero Almansa, en el artículo crítico que originó nuestra polémica, conceptuaba deficiente mi pobre trabajo biográfico sobre el escritor de que venimos ocupándonos, no estaba exento de razón; y debo de procurar ahora subsanar en lo que alcance la acertada observación de mi querido censor, ocupándome, no de su vida y persona, «de las que no se tiene otra noticia, más que las que él mismo dejó apuntadas en sus obras,» en la que, alguna de ellas, á semejanza del gran Ercilla, escribió la narración de los acontecimientos, en los que fuera actor ó testigo presencial.

He dicho, que de su vida y persona no podía ocuparme por ser escasas las noticias que se encuentran, siguiendo en esto á Aribau y á algún que otro de los prologuistas de sus muchas y varias ediciones de las *Guerras Civiles*, copiando éstos á aquél ó viceversa, que de todo ha habido (1), y esto no debe

---

(1) Lo que dice Aribau sobre Hita, y lo del prologuista de la edición de 1833, Madrid, imprenta de León Amarita, es casi igual.

ser así, porque al tratarse de escritores ó de artistas, entiendo yo que debe considerárseles en la suprema región del arte, siendo de escasa monta averiguar interioridades del hogar y su prosa doméstica; porque lo esencial y necesario para el crítico ó el biógrafo, es recabar ó inquirir la mayor porción de sus ideas, el más ó menos cúmulo de los elementos salientes de su carácter, para por ese mismo carácter juzgar del mayor mérito ó demérito de sus obras ó escritos, deduciendo por ende las inclinaciones más ó menos felices del escritor ó artista. El arte no consiste en la materia.

Por lo que siguiendo tal principio, convendremos en que Ginés Pérez de Hita revela siempre un carácter tan apacible como humanitario, puesto que ya le vemos indignarse ante las tropelías y excesos de la brava y licenciosa gente que acaudillaba el de Mondéjar: «cuya mitad, por lo menos, se componía de ladrones ó asesinos;» ó bien nos enternezca al protestar de increíbles y atroces matanzas como las del pueblo de Felix llevadas á cabo por sus mismos compañeros de armas, los duros y rudos soldados del fortísimo Fajardo, y finalmente, cuando limpiando las mejillas con el encallecido metarco de milite aguerrido; al prohiar y recoger al tierno infante lactando aún la sangre de la madre vilmente gozada y después bárbaramente asesinada, nos hace llorar el crimen.

Completa además el carácter de este poeta y escritor, no sólo los anteriores rasgos de revelante humanitarismo en medio de la barbarie de aquellos enconos de raza y religión, sino su gran firmeza y político sentido en el momento crítico en que al acabar su obra *Guerras Civiles* y con ella todo un período político de la mayor importancia para nuestro porvenir histórico, pinta patéticamente, según se observa, los sentidos lamentos de aquellos desdichados moriscos, que al ser arrancados de sus tierras y llevados por fuerza á Castilla y á la Mancha, como la gallarda palmera á las regiones donde el silencio de los fríos domina perpetuamente en sus campos, era precisa su esterilidad; por lo que censurando esta impolítica y cruel resolución, acusa al gran Filipo, como mendaz por faltar á la prometida palabra de su hermano natural don Juan de Austria; y «antes murieran los moriscos de mil muer-

tes—añade Pérez de Hita,—que rendir las armas y haber hecho las paces, si hubieran sabido que no se hubieran cumplido las capitulaciones,» añadiendo: «más valiera no haberlos hecho salir del reino de Granada por lo mucho que en esto había perdido S. M. y todos los demás Estados.»

No me propongo emitir ahora conceptos económicos ni políticos, pues me basta advertir que el que en días pálidos, revueltos y descoloridos, semejantes á todos los de transición histórica, días de odio atizados por intereses religiosos, exclusivistas é intransigentes de raza; nefastos días en que llegaron á aconsejar, con una buena fe innegable, dado los tiempos en que absolvían sus consultas eminentes teólogos cristianos que «se diesen por los Médicos medios para hacer estériles á ambos sexos del pueblo morisco, esperando que el gran Pontífice Pío V aprobara tan reprobado medio de concluir con ellos», se atreve, como nuestro Pérez de Hita, á expresar con plausible gallardía los conceptos que dejamos apuntados, y que constituyen por sí solos un alegato de bien probado de los derechos que asistían al morisco; vejado y vilipendiado, ¿no revela un carácter? ¿Podrá nadie desconocer el del insigne escritor hijo de Mula? Cierto es que la vida del poeta está en sus obras.

¡Ah! ¡Cuán bien se revelan sus sentimientos, en medio de aquellos *bandoleros* y *asesinos* disfrazados de *soldados*, entre los que confiesa con candor infantil llegó más de una vez á contagiarse! ¡Con qué sinceridad se echa en cara, no sólo al gran Felipe II su falta de sinceridad, sino que también la del invicto vencedor, cuya tajante espada ó mandoble parece resonar aún terrible y titánica, no sólo en las sinuosidades de la Alpujarra ó montañas del *Sol y Aire* y nevados Filabres, si que también en los valles risueños que baña el Almanzora cristalino, cuyas aguas fertilizantes quieren así como asemejarse á las humildes y tristísimas lágrimas hechas derramar á todo un pueblo infeliz, descendiente de una raza generosa y fuerte, por el hijo favorito de Belona ó Mavorte-fierol Sanguinosas hazañas, hechos inconcebibles, de los que dicen pidió perdón contrito y arrepentido, en sus últimos momentos, el gran don Juan. Las espantosas ferocidades, que repugnan á la cultura

del presente siglo, disculpan bien un arrepentimiento sincero y cristiano en medio de la misérrima estrechez del palomar, ergástula de la conciencia primate, situado en las cercanías de Nemour, en que espiraba el hijo natural *del rayo de la guerra*, Carlos V, señor de la invencible España, el hermano del taciturno Rey en cuyos dilatados territorios se cansaba el sol sin encontrar ocaso, el vencedor de Lepanto, en fin, á quien un Pontífice tres veces coronado saludó diciendo: «*Fuit homo missus á deo cujus nomen erat Joannes.*» ¡Inescrutables desig-nios! ¡Justicia reparadora é incomprensible de una sabiduría eternamente infinita! El invicto é imperante Carlos, á quien las matronas cubrieron las calles de Gante y Roma de flores olorosas para que su corcel las desflorase, al hacer su entrada solemne en las dos ciudades legendarias, rinde su soberano espíritu en la humilde celda del severo monasterio de Yuste, y sus dos hijos, el *prudente* corroído por los golosos parásitos de la miseria humana, hambrientos de carne real, cierra los ojos por no contemplar su propia laceria, mientras, que el otro, el *magnífico*, á los treinta y dos años, en que la vida es la rosada primavera, muere en un sucio y estrecho palomar, sin servirle de tapiz las vencedoras banderas de Lepanto; sin consolar sus ansias postrimeras ni las glorias de sus nobles primogenitores, *los rayos de la guerra de felice memoria*, ni la suya propia, antes bien, sírvenle de mortales bascas é insufribles estertores los sangrientos triunfos de Orce, Galera y Túnez. ¡Convengamos en cuán pequeñas son las grandezas de este mundo!

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(*Se continuará.*)







# SOCIALISMO

---

## VII

### SOCIALISMO CIENTÍFICO

**F**EDERICO Engels, escribió, en la primera página de una de sus obras, estas palabras: «El conjunto de ideas que representa el socialismo moderno, es, sólo, el reflejo, en la inteligencia, por un lado, de la lucha de clases que existe entre los poseedores y los desposeídos, entre los burgueses y los asalariados, y, por otro, de la anarquía que reina en la producción. Pero su forma teórica aparece, desde luego, como una continuación más extensa y más lógica de los principios formulados por los grandes filósofos franceses del último siglo (1).» Así puso de manifiesto, Engels, perfectamente, las dos notas características del socialismo científico. Este sistema refleja las contiendas, que, mantienen, á todas horas, el capital y el trabajo, los capitalistas y los trabajadores, y aparece como una derivación del socialismo radical, que, á su vez, nació del socialismo utópico. Las palabras del socialista alemán, dan á conocer los caracteres

---

(1) Federico Engels.—Obra citada.

diferenciales del socialismo científico, y revelan, al mismo tiempo, su filiación histórica.

El mismo Federico Engels, explica, sintéticamente, el proceso de la forma, adoptada, por el socialismo, en los tiempos actuales. Su pensamiento se condensa en las palabras siguientes. Los precursores de la revolución francesa, y sus autores, no acataron ninguna autoridad extraña, y todo lo sometieron á la crítica de la razón más severa. Sostuvieron que hasta aquella época el mundo se había dejado gobernar por miserables preocupaciones, y que entonces se veía la luz por primera vez, y que también por primera vez se entraba en el reinado de la razón, donde la superstición, la injusticia, el privilegio y la opresión, serían desterrados por la verdad eterna, por la igualdad basada en la naturaleza y por los derechos inalienables del hombre. Ya hoy sabemos, dice Engels, que aquel reinado de la razón, no fué otra cosa que el reinado de la burguesía idealizado. Al lado, añade, del antagonismo entre el feudalismo y la burguesía, existía, antes de la revolución, el antagonismo universal entre los explotadores y los explotados, entre los ricos holgazanes y los pobres laboriosos. Aprovechando este último antagonismo los representantes de la burguesía, se arrogaron el título de representantes de toda la humanidad paciente. Según Engels esto fué causa de que fracasara la sociedad basada en la razón. El antagonismo, entre ricos y pobres, aumentó por momentos, y el desarrollo de la industria sobre un fundamento capitalista, hizo de la pobreza y de la miseria de las masas obreras la condición vital de la sociedad, y los vicios feudales, que antes eran públicos, se refugiaron en la sombra, y los vicios burgueses, que antes se conservaban ocultos, brillaron en todo su apogeo. En tanto que el huracán de la revolución barría la Francia, se efectuaba, por medio de la mecánica, en Inglaterra, otra revolución, menos ruidosa, pero más potente. Las doctrinas de la economía burguesa, la identidad de los intereses del capital y del trabajo, la armonía universal, la prosperidad general engendrada por la libre concurrencia, fueron brutalmente desmentidas por los hechos. Semejantes desastres hicieron del socialismo una ciencia, que tuvo, por misión, desde que nació, la redención

del proletariado, la defensa del trabajo y de los trabajadores contra las tiranías del capital y de los capitalistas (1). Estas ideas de Engels expresan, fielmente, las ideas de los demás socialistas contemporáneos, acerca del origen y del proceso del socialismo científico.

Los que Dameth llama dos signos del tiempo, el prodigioso desarrollo de la industria y la reivindicación del derecho, no pusieron remedio á las tristezas ni á las amarguras de la miseria, porque los problemas que ella engendra son insolubles (2). La realidad defraudó las esperanzas de los optimistas, que soñaban con la destrucción del régimen antiguo, y creían que el progreso industrial y la libertad económica darían cuenta de todas las enfermedades sociales. Los principios de la economía rectificaron errores, modificaron instituciones, destruyeron privilegios, transformaron completamente la organización social; pero dejaron en pie la eterna cuestión del pauperismo y la lucha perdurable de clases. Aquellos que soñaban con un paraíso terrenal, con el reinado de la razón y de la justicia absolutas, sufrieron doloroso desengaño al contemplar los resultados prácticos del principio de libertad en materia económica. Entonces se levantó, en todas partes, sordo y creciente clamoreo contra la ley que fija el valor y el precio, y sirve de base al cambio, ó sea la ley de la oferta y la demanda; contra la libertad comercial; contra la libertad del trabajo, de la agricultura y de la industria; contra la libre concurrencia... en suma, contra todos los conceptos fundamentales de la ciencia de Quesnay y de Smith, cuyos principios encontraron cifra, resumen y compendio en la máxima famosa de Gournay. El clamoreo se hizo público, se extendió rápidamente, y se convirtió, sin tardanza, en crítica severa, que juntó á todos los enemigos de la ciencia novísima. Pronto sucedió, á la crítica, la afirmación de otras doctrinas. Los socialistas utilizaron, este movimiento, en favor de sus aspiraciones, y ellos, que habían quedado destrozados y maltrechos, después de los tristes acontecimientos de 1848, se presenta-

---

(1) Federico Engels, obra citada.

(2) H. Dameth.— *Le juste et l'utile*, etc. (Obra citada).

ron, nuevamente, animados por grandes energías, y dispuestos á mantener ruda contienda, en todas partes, con toda clase de armas y á todas horas. Las primeras campañas, ó, por lo menos, las campañas más notables y ruidosas, las que sirvieron de base á todas las luchas revolucionarias y á todo el movimiento intelectual socialista, que alcanza, al presente, su verdadero apogeo, las sostuvieron en el campo científico. El socialismo surgió, en esta época, para personificar las protestas que los enemigos de la economía política formulaban contra los principios de esta ciencia, y, al campo científico, tuvo que acudir, á fin de combatir la organización económica por esos principios engendrada. No rompió este sistema, en la época contemporánea, con sus tradiciones: tomó su carácter diferencial, olvidó los sueños fantásticos, las repúblicas imaginarias del socialismo utópico y del socialismo radical; pero conservó lo que es fundamental en estos últimos, lo que sirve de base á todas las doctrinas socialistas, la tendencia contraria á la individualidad. Por eso debe ser considerado, el movimiento actual, como un renacimiento del antiguo socialismo, que ha tomado de este la parte crítica contra la economía, y sus errores esenciales (1).

El primer trabajo del socialismo contemporáneo, el único que ha realizado de una manera acabada y perfecta, ha sido puramente crítico. Para este sistema, el movimiento rico, espléndido y grandioso que se deriva, en el orden material, de los principios que inspiran á la edad moderna, no es más que la guerra universal, la cual ha engendrado el antagonismo, y el caos, y la ruína del mayor número en provecho de unos pocos, los más audaces, los más hábiles, cuando no los más codiciosos é inmorales. Y en este gran cúmulo de riquezas, dice ese mismo socialismo, creadas por el trabajo humano, los capitalistas han explotado, indignamente, á los obreros, sucediendo que con ser éstos los verdaderos y únicos agentes y autores de aquéllas, han estado siempre y continúan en la

---

(1) Gabriel Rodríguez.—Artículo citado.

H. Dameth.—*Les nouvelles doctrines économiques*, etc. (Artículo citado).

más espantosa miseria (1). De estos hechos deducen los socialistas todas las censuras que formulan y dirigen contra los principios de la ciencia económica. Empiezan negando, sin rodeos ni ambajes, la existencia de las leyes naturales, y concluyen, esta parte crítica, pintando, con tristes colores, la situación del trabajo, sometido á las tiranías del capital, y expuesto á las arbitrariedades y á las injusticias de la libre concurrencia. No manifiestan, con igual precisión, ni con tanta claridad, la parte positiva, las afirmaciones de su sistema. Sin embargo, por lo que niegan, fácilmente se descubre lo que afirman, y, sin gran esfuerzo, se comprende que proclaman la conveniencia de establecer la vida económica según leyes artificiales, cuando rechazan la existencia de las leyes naturales, y que pretenden que todos los fenómenos sociales los impulse y dirija el Estado, y que éste, al mismo tiempo, organice el trabajo, considerándolo como fuente única y exclusiva de la riqueza, para que no sucumba abrumado por los privilegios del capital.

El movimiento socialista contemporáneo nació en Alemania, y en Alemania, principalmente, ha conseguido el desarrollo que hoy alcanza. En Francia, donde el socialismo tuvo, sobre todo desde la revolución de 1789, su verdadero campo de acción, ese sistema, después de las desastrosas jornadas de 1848, ha desaparecido, en gran parte, ó, por lo menos, no cuenta, como en otros tiempos, con grandes y famosos agitadores. Por el contrario, en Alemania, donde, en algunos momentos, ni conocidas fueron las doctrinas del socialismo, éstas se desenvuelven poderosas y alcanzan su mayor crecimiento (2). Tiene este hecho, sin duda, explicación sencilla y clara. Las mismas causas siempre producen idénticos resultados. Los errores filosóficos del mundo moderno, engendran errores referentes á la organización social. El racionalismo iniciado por Kant y desenvuelto por una muchedumbre de filósofos, llevó, desde luego, en su seno, los gérmenes del pesimismo, últimamente desarrollado, entre otros, por Schopenhauer

---

(1) José Moreno Nieto.—Discurso citado.

(2) E. Laveleye.—*Le socialisme contemporain*.—París, 1881.

y por Hegel. Pues bien, en Alemania está la cuna de toda la filosofía atea de los tiempos modernos, y, en Alemania, también, se manifiestan las tendencias novísimas del socialismo, que representan la última consecuencia del pesimismo hegeliano (1). Boccardo, al estudiar, en su *Diccionario universal de economía política*, el socialismo germano, confirma, plenamente, las consideraciones anteriores, pues, á seguida de consignar que ese socialismo ha revestido cuatro formas distintas, antes de examinar el socialismo crítico, personificado por Marx, y el socialismo científico, personificado por los socialistas de cátedra, y el socialismo revolucionario, personificado por la Internacional, se detiene en el socialismo que denomina filosófico y señala esta como la primera de las cuatro formas mencionadas. El economista italiano, afirma, categóricamente, que los más célebres representantes del socialismo filosófico, salieron del gran movimiento intelectual iniciado por Kant y proseguido por Hegel, y cita á Fichte, Feuerbach, Stirner, Struve, Weitling y Fröbel como representantes de ese socialismo, al cual atribuye el origen de las demás formas socialistas posteriores (2). Hay otra razón que justifica el predominio que alcanza, en Alemania, el socialismo: conserva la historia su nombre alemán, que, por sí sólo, evoca el recuerdo de los trabajos socialistas más importantes de la época actual. Marx es el mayor de los socialistas contemporáneos. Perseguido y desterrado pasó, gran parte de su vida, lejos de la patria, y realizó, su labor científica y su labor revolucionaria, en Inglaterra y en Francia; pero Alemania sintió sus poderosas influencias, y en Alemania tuvo mejores discípulos y

---

(1) «En Alemania el socialismo se ha formado, en parte, como la última consecuencia del panteísmo de la escuela filosófica de Hegel.... En Alemania, las teorías socialistas, no son, en general, más que una falsificación de las formas francesas. Pero encuentran apoyo en la doctrina de Hegel, y por eso se asocian á todas las tendencias destructoras que se manifiestan, en Alemania, contra la religión, la moral, la familia y el Estado, las cuales tienen su raíz en el panteísmo naturalista y en el materialismo.»— Ahrens. *Curso de derecho natural*, obra citada.)

(2) G. Boccardo.—*Dixionario universale di economia politica*, etc. Milán, 1877.

más imitadores, que en los demás países (1). No se encaminan estos razonamientos á negar la representación notable, que tiene, en todas las naciones, el socialismo científico. Laveleye, al estudiar, en la más importante de sus obras, *El socialismo contemporáneo*, las nuevas tendencias de la economía política, dice que los dogmas económicos encuentran contradictores en todas partes, y enumera los representantes que tiene el socialismo en algunos países. Según sus palabras, representan, á esas nuevas tendencias, en Inglaterra, los economistas que han estudiado con mayor esmero la historia y el derecho, y los que mejor conocen los hechos por la observación y la estadística comprobados, como Cliffe Leslie y Thornton; en Italia los escritores más distinguidos, como Luzzatti, Forti, Larpertico, Cusumano y Morelli, y, en Dinamarca, los hombres de ciencia y de estudio, como Frederiksen, Falbe, Hansen y Scharlin (2). Un publicista español, comentando el trabajo de Laveleye, sostiene, juiciosamente, que Cairnes, distinguido profesor que fué de economía política, en la universidad de Londres, debe figurar al lado de los ingleses partidarios de las nuevas tendencias económicas, y piensa, también, que deben ser contados Minghetti y Sbarbazo antes que los italianos mencionados (3). Pudo añadir, ese economista, entre los socialistas de Inglaterra, á Ruskin, á quien Mme. Raffalovich señala como inspirador del socialismo inglés contemporáneo (4). El mismo Laveleye, en otro pasaje de su libro, dice, que, en Francia, muchos economistas siguen el método histórico y realista, con una seguridad de erudición y una riqueza de informes que nadie ha superado hasta ahora, y cita, entre otros, á Leoncio de la Vergne, á Luis Reybaud, á Wolouski, á Víctor Bonnet y á Pablo Leroy-Beaulieu (5). En los Estados-Unidos, uno de los principales man-

---

(1) Mauricio Block.—*Les théoriciens du socialisme en Allemagne.*—(*Journal des économistes*, Julio y Agosto de 1872.)

(4) E. Laveleye.—Obra citada.

(3) Gumersindo Azcárate.—*Estudios económicos y sociales.*—Obra citada.

(2) S. Raffalovich.—*Les représentants du socialisme á l'étranger.* (Artículo citado.)

(5) E. Laveleye.—Obra citada.

tenedores de las tendencias socialistas, Gronlund, ha puesto de manifiesto la importancia que ellas alcanzan entre los americanos, dirigidos por el ilustre George (1). El socialismo tiene partidarios caracterizados en Inglaterra, en Italia, en Dinamarca, en Francia, en los Estados-Unidos, y en todas partes; pero es indudable, que, su representación genuina, se halla en Alemania, como se encontró en Francia la del socialismo radical, y, por eso, para estudiar el movimiento de este sistema, hay que acudir á las obras de los autores alemanes.

Las nuevas tendencias económicas ó socialistas nacieron, en Alemania, después de 1848. Los profundos movimientos, que agitaron, á las clases obreras, en Francia, durante los últimos años del reinado de Luis Felipe, no despertaron interés, ni siquiera curiosidad, en los Estados alemanes, que, realmente, no estaban preparados para comprender la transcendencia de las doctrinas proclamadas, con empeño y con entusiasmo, por los franceses. Las instituciones del antiguo régimen habían desaparecido en gran parte; pero, su espíritu y su influencia, dominaban, todavía, en Alemania. Los artesanos vivían contenidos por los gremios. La industria no había alcanzado el desarrollo prodigioso á que estaba destinada. Los colonos guardaban, á sus señores, absoluta y completa sumisión. El proletariado moderno era desconocido. Las clases trabajadoras ni soñaban con el derecho al sufragio ni aspiraban á influir, por modo directo, en el desenvolvimiento de la política. No esperaban que su situación mejorase, creían que su suerte no podía cambiar, y se resignaban, á pesar de sus

---

(1) «Durante los diez últimos años el socialismo ha marchado á pasos gigantes en la gran república. Los sufragios numerosos que alcanzó George en la elección para alcalde de New-York, proporcionan una prueba de la pujanza de ese sistema; además pueden indicarse dos síntomas más significativos. Recientemente se han creado cátedras, en la universidad de Harvard, y en otras universidades, sin más propósito, ni otra misión, que la de combatir al socialismo, y, con este mismo fin, se ha constituido una asociación. A pesar de estos trabajos, ó gracias á ellos, puede afirmarse que dentro de treinta años el socialismo de los Estados-Unidos será formidable.»—(L. Gronlund.—*Le socialisme aux Etats-Unis. Revue d'economie politique*, Marzo y Abril de 1887.)



amarguras y de sus tristezas, lo mismo que en la Edad Media. El obrero francés, alimentaba, constantemente, su imaginación, con los recuerdos de la revolución de 1789. Sabía, perfectamente, que, sus padres, habían llegado á gobernar, á ser dueños del poder y directores del Estado, y nunca olvidaba las doctrinas de aquéllos, que, á todas horas, afirmaban que el pueblo es el único, el verdadero soberano. El obrero alemán no podía recordar ni la igualdad de condiciones basada sobre la propiedad colectiva de la primitiva Germania, ni los movimientos, favorables á la libertad, verificados, por los campesinos, en el siglo XVI. Aún sentía el peso de la tiranía, que, cayó, sobre Alemania, después de la guerra de los treinta años, y desconocía las espléndidas promesas de la vida moderna (1). Así los primeros escritos socialistas no encontraron eco, ni acogida, en los Estados alemanes. Por la fecha corresponde, el primer lugar, entre esos escritos, á dos libros de Weitling, partidario de las ideas de Fourier y de Cabet. Después de predicar, en Suíza y en algunos Estados alemanes, las doctrinas de estos socialistas, publicó, en 1835, un estudio sobre *La humanidad, lo que es, y lo que debe ser* (2). En 1841 sostuvo un periódico defensor del socialismo, y, un año después, escribió el segundo libro, acerca de las *Garantías y de las armonías de la libertad*, inspirado por el comunismo de Babœuf y por los ideales del *Contrato social* (3). El último libro de Weitling, en el fondo, y también en la forma, copia lo más importante de los *Discursos sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, de Juan Jacobo Rousseau (4). Además de las dos obras mencionadas,

---

(1) E. Laveleye.—Obra citada.

(2) Weitling.—*Die Menschheit, wie sie ist und sein sollte*. Zurich, 1835.

(3) Weitling.—*Garantien und harmonien der Freiheit*. Zurich, 1842.

(4) «La igualdad absoluta no podrá establecerse mientras no se destruya la sociedad actual para organizarla de nuevo. Cuando se estableció la propiedad, pudo ser admitida, porque todos los hombres tenían derecho y medios para constituirse en propietarios; no existía el dinero, y había tierras en abundancia. Desde el instante en que hubo hombres libres que no pudieron ocupar una parte del suelo, la propiedad dejó de ser un derecho. Se convirtió en una injusticia irritante, origen de la desnudez y de la miseria de las

se publicaron, en Alemania, otras, defensoras del socialismo, antes de 1848. Pueden citarse, entre todas, la de Michael, intitulada la *Destrucción y reconstrucción, ó el porvenir*, y la de Engels destinada á estudiar *La situación de las clases obreras en Inglaterra* (1). La obra de Federico Engels contiene interesantes noticias acerca de las terribles informaciones que prosiguió el gobierno inglés sobre el trabajo de las fábricas (2).

---

muchedumbres. Vosotros gobernantes, abrid las prisiones y digamos á los que en ellas tenéis encerrados: No sabéis mejor que nosotros lo que es la propiedad; reunamos nuestros esfuerzos para destruir esos muros, esas cadenas, esas barreras, á fin de que desaparezca la causa de nuestra enemistad, y podamos vivir como hermanos.»—(Weitling.—*Garantien und harmonien der Freiheit*. Obra citada.)

J. J. Rousseau.—*Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*. (Obras citadas.)

(1) Michael.—*Abbruch und neubau oder jetztzeit und zukunft*. Stuttgart, 1846.

Federico Engels.—*Die lage der arbeitender classen in England*. Leipzig, 1845.

(2) Un biógrafo de Federico Engels dice lo siguiente: «Enviado á Inglaterra, por sus padres, para perfeccionarse en el comercio, pudo observar, directamente, en Manchester, el acrecimiento de miseria, que valía, á la clase obrera, el desarrollo de la grande industria. El gobierno inglés, impulsado de una parte por los *cartistas*, unidos á los *amnistas*, y de la otra por la aristocracia, que tenía interés en desprestigiar á la burguesía industrial, proseguía su terrible información sobre el trabajo de las fábricas. Esta información, que duró años, y fué dirigida por hombres animosos é imparciales, es la más espantosa acusación que se ha formulado jamás contra la burguesía industrial. Un solo grito de horror salió de toda Inglaterra, cuando se publicaron las relaciones sobre el empleo de los niños en las fábricas, relaciones que encerraban una acusadora revelación arrojada á la faz del liberalismo burgués. Jamás, en ninguna de las sociedades que nos han precedido, la especie humana había sido presa de tantos dolores: los niños echaban del taller á los padres y á las madres, y las pobres criaturas, de ocho y diez años de edad á lo sumo, trabajaban doce, catorce y hasta dieciseis horas diarias. Para que no se durmiesen se les trataba á latigazos, y metiéndoles en cubos de agua fría. Por aquella época, en 1845, fué cuando Engels escribió su notable libro sobre *La situación de las clases obreras en Inglaterra*, cuyo influjo dura todavía en Alemania. Cuando el parlamento prusiano discutió la ley que prohíbe emplear en las fábricas á los niños menores de catorce años, le citó como una autoridad.»—(Federico Engels.—*Socialismo utópico y socialismo científico*.—Obra citada.)

Todos esos trabajos despertaron poca atención en un principio. Después de los movimientos revolucionarios de 1848, la evolución de las ideas socialistas se detuvo, por completo, en Francia, y entonces, esa evolución, empezó á tomar carácter científico, y á cobrar verdadera importancia, en Alemania. Desde esta época, se dividen la defensa del socialismo, en el campo de la ciencia, diferentes sectas. Laveleye las clasifica en varios grupos, y habla de los definidores, de los agitadores, de los socialistas conservadores, de los socialistas cristianos ó evangélicos y de los socialistas católicos, y, en primer término, estudia á los socialistas de cátedra.

Winkelblech, bajo el nombre de Marlo, inauguró la secta de los definidores. Ilustrado, conocedor de los principios económicos y de los hechos apuntados por la estadística, versado en historia y en derecho, no se dejó seducir por las utopías de los socialistas sus antecesores, y se contentó con formular la crítica severa de las obras clásicas de la economía, y con poner de relieve los males y las tristezas que afligen á la sociedad moderna. Empezó á publicar unos *Estudios sobre la organización del trabajo*, pero murió sin terminarlos (1). A Marlo siguió, en la defensa de estas tendencias, un escritor poco conocido, pero muy importante: Rodbertus-Jagetzow. Sus principales trabajos, que ni son extensos ni son muchos, se encuentran diseminados en diferentes *Revistas*; pero todo el sistema social, por este definidor sostenido, hállase en unas cartas notables, reimpresas, hace poco tiempo, y publicadas, en un tomo, bajo el título de *Esclarecimientos concernientes á la cuestión social* (2). Rodolfo Meyer, en su libro curiosísimo *El combate por la emancipación del cuarto estado*, dice, acertadamente, que la obra de Rodbertus, contiene, en germen, las ideas desenvueltas, más tarde, por Marx y por Lassalle (3). Realmente las cartas mencionadas, forman un trabajo original é interesante, verdadero arsenal científico, donde acuden, con

---

(1) C. Marlo.—*Untersuchungen über die organisation der arbeit oder system der weltökonomie*. 1859.

(2) Rodbertus-Jagetzow.—*Zur Beleuchtung der socialen frage*. 1875.

(3) Rodolfo Meyer.—*Die emancipationskampf des vierten Standes*. 1876.

frecuencia, en busca de armas, los socialistas, y, sobre todo, los socialistas alemanes. Todo el sistema de Rodbertus tiene, por base, la afirmación siguiente: la riqueza nace del trabajo, y al trabajo debe marchar siempre unida. La miseria y las crisis comerciales, obedecen, según este autor, á una sola causa: á la funesta y peligrosa injusticia que preside la distribución de los frutos del trabajo, dentro de la presente organización social y económica. Aspira, por esto, Rodbertus, á una organización completa del trabajo, y proclama la necesidad de restaurar algunas olvidadas instituciones del régimen antiguo. El escritor alemán advierte, que su sistema descansa en las doctrinas proclamadas por Smith y demostradas por Ricardo, mediante las cuales se considera, al trabajo, como única y exclusiva fuente de riqueza (1). Laveleye cita, en último término, entre los definidores, al primero de todos, á Carlos Marx. Este, sin duda alguna, conquistó, en la segunda mitad del siglo actual, puesto eminente, sobre los demás escritores socialistas. Fué el verdadero definidor del socialismo contemporáneo, y su libro *El capital*, contiene el evangelio de este sistema. Muchos trabajos científicos de Marx, andan dispersos por las columnas de diferentes *Revistas*; pero, sus doctrinas y sus aspiraciones, palpitan en tres obras: en la *Miseria de la filosofía*, en la *Crítica de la Economía política*, y en *El Capital* (2). Con la primera de esas obras, escrita en francés, dió respuesta á la *Filosofía de la miseria*, escrita por Proudhon, y en la segunda indicó la parte más importante de su sistema, ó sea la parte crítica, que sirvió de base para su libro fundamental. Gabriel Deville, en un trabajo interesante, recientemente traducido al castellano, bosqueja, en términos breves, la teoría enseñada por Marx en su libro acerca de *El capital*. Las afirmaciones del socialista alemán, pueden compendiarse, según Deville, en las palabras siguientes. La división de la humanidad en clases, que aparece con la vida social del hombre, descansa en relaciones económicas, mantenidas por la

---

(1) Rodbertus-Jagetzou.—(Obra citada).

(2) Carlos Marx.—*Misère de la philosophie*, etc. Bruselas, 1847.—*Zur Kritik der politischen ökonomie*. Berlín, 1859.—*Das Kapital*. Hamburgo, 1867.

fuerza, y según las cuales unos arrojan, sobre otros, la necesidad natural del trabajo. Los intereses materiales han sido siempre la causa de la lucha incesante de las clases privilegiadas, ora entre ellas mismas, ora entre las clases inferiores, á expensas de las cuales viven. Las condiciones de la existencia material son las que dominan al hombre; y estas condiciones, y por consecuencia el modo de producción, son las que han determinado y determinarán las costumbres y las instituciones sociales. Tan luego como una parte de la sociedad monopoliza los medios de producción, la otra parte se ve obligada á añadir al tiempo de trabajo exigido por su propia manutención una demasía, por la que no recibe equivalente alguno, y está destinada á sostener y á enriquecer á los poseedores de los medios de producción. Así el trabajador acumula, cada vez más, mayores riquezas en manos de los propietarios, y este régimen capitalista, sobrepuja, en poderío, á todos los sistemas anteriores. Sólo que hoy día las condiciones económicas que este régimen engendra, atacadas, en su evolución natural, por el régimen mismo, tienden, fatalmente, á romper el molde capitalista que no puede ya contenerlas; y estos principios destructores son los elementos de la nueva sociedad. La clase actualmente explotada, el proletariado, á quien organiza y disciplina el mecanismo mismo de la producción capitalista, tiene, por misión histórica, la de acabar la obra de destrucción ya comenzada por el desarrollo de los antagonismos sociales. Es preciso, ante todo, que el proletariado arranque, revolucionariamente, á sus adversarios de clase, con el poder público, la fuerza consagrada, por ellos, á conservar intactos sus monopolios económicos. Una vez dueño del poder político aquél podrá, procediendo á la *socialización* de los medios productores, mediante la expropiación de los usurpadores del trabajo ajeno, suprimir la contradicción hoy existente entre la producción colectiva y la apropiación privada capitalista, y realizar la *universalización* del trabajo y la abolición de clases (1). Tales son las doctrinas fundamentales de Carlos

---

(1) Gabriel Daville.—*El capital de Carlos Marx resumido y acompañado*

Marx, que tienen, por base, lo mismo que las de Rodbertus, los principios proclamados por los primeros economistas ingleses. Los que admiten, acerca del trabajo, las teorías de Smith, de Ricardo y de Bastiat, tienen que incurrir en notoria inconsecuencia, para rechazar las conclusiones proclamadas por el verdadero fundador del socialismo contemporáneo. Los que dicen que el capital es el trabajo acumulado, y los que le definen como una parte de la producción, y á la producción como la encarnación del esfuerzo humano en la sustancia ó en la materia, afirman que el trabajo es la causa y el capital el efecto. Los socialistas deducen, con perfecta lógica, de esas premisas, la consecuencia siguiente: el capital pertenece al que lo produce, al trabajador. En realidad Marlo, Rodbertus y Marx, merecen el nombre de definidores, pues ellos construyeron los cimientos, y marcaron las líneas diferenciales y las notas características, del socialismo científico. Los demás socialistas contemporáneos completan la obra, la desenvuelven, la dan mayor desarrollo y más extensión; pero conservan íntegros, los principios establecidos por esos tres apóstoles de estos sistemas. El primer puesto, el lugar más eminente, corresponde á Marx, á pesar de la importancia indiscutible de Marlo y de Rodbertus. Según Federico Engels, á Marx se deben dos grandes descubrimientos: la concepción materialista de la historia, y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la *supervalía*. Ellos, añade Engels, hicieron del socialismo una ciencia, que ahora se trata de elaborar en todos sus detalles y relaciones (1).

¿Ocupan un puesto, en el campo de ese socialismo científico, los agitadores, ó corresponden, por entero, al socialismo

---

*de un estudio sobre el socialismo científico*, traducido al castellano. Madrid, 1867.

Se han publicado muchos trabajos interesantes, acerca de las ideas de Carlos Marx, entre las cuales pueden citarse las siguientes: Sybel.—*Die lahren des heutigen socialismus*. Bonn, 1870.—E. Jäger.—*Der moderne socialismus*, 1872.—Schäffe.—*Der socialismus und der kapitalismus*. Tubingue, 1870.—R. Meyer. Obra citada.—M. Blok. Artículo citado.—E. Laveleye. Obra citada.

(1) Federico Engels.—Obra citada.

revolucionario, su historia, sus tendencias y sus aspiraciones? Verdaderamente, bajo el nombre de agitadores, se juntan y confunden los socialistas prácticos, los que buscan, por medio de la revolución, soluciones para los problemas palpitantes, y éstos no dirigen, ni siquiera intervienen, en el movimiento científico. Pero, en realidad, se usa tal denominación en sentido menos amplio, y se reserva para los que, desde el campo de la ciencia, excitan, impulsan ó dirigen, á los revolucionarios. Así sucede que los que se llaman agitadores, dentro de esta acepción limitada, contribuyen, con sus trabajos, al desenvolvimiento del socialismo científico. Podría afirmarse, sin incurrir en exageración, que ese calificativo cuadra, perfectamente, á todos los que elaboran, en la esfera intelectual, doctrinas socialistas. Para buscar ejemplos que recomienden esta tesis, no hay que ir muy lejos. Marx, creador del socialismo científico, contribuyó, poderosamente, á la fundación de la Internacional, y, por este solo hecho, puede figurar entre los agitadores. No es Marx, sin embargo, el que reúne mejores títulos ni mayor derecho para ostentar esa representación que corresponde á uno de sus discípulos. Fernando Lassalle, entre todos los agitadores, es el primero y el más notable. En los escritos que publicó, después de 1847, como colaborador del periódico socialista de Marx, la *Revue Rheinische Zeitung*; en el estilo vigoroso de sus obras literarias y filosóficas; en los actos que realizó en 1848 y en 1849, con motivo de las luchas políticas, provocadas, en Berlin, por el conflicto entre la cámara prusiana y el ministerio Manteuffel; en sus trabajos favorables á la unidad alemana; en las agitaciones y movimientos de su vida pública, que le llevaron, á espléndido capitolio, entre las aclamaciones entusiastas de ardorosas muchedumbres, y que le condujeron á oscuro calabozo, entre los insultos groseros de vulgares polizontes, y en las manifestaciones de su vida privada, que le acarrearón prematura muerte, se revelan, claramente, las condiciones personales de un revolucionario, de un verdadero agitador. Pero, en ninguno de esos episodios de su existencia turbulenta, se muestra su personalidad característica con la exactitud y el relieve que alcanzó al calor de pavorosos combates socialistas. Durante tres

años, desde 1861 hasta 1864, sostuvo la propaganda, en favor del socialismo, con actividad incansable, acudiendo á reuniones numerosas, escribiendo programas incendiarios, pronunciando discursos fogosos, publicando libros de polémica y folletos de pelea, y extendiendo, por todas partes, las ideas engendradas por su pensamiento, que brotaban, en sus labios, con elocuencia soberana. Ningún agitador consiguió mayores influencias sobre las masas. Fernando Lassalle creó, en Alemania, el partido democrático socialista (1). No son estos los títulos mediante los cuales ocupa un lugar entre los directores del socialismo científico: lo debe, únicamente, á sus estudios y á los trabajos que realizó en la esfera del pensamiento. Lassalle siguió, con fidelidad, el camino trillado por el maestro, por Marx; pero completó el sistema, ó, por lo menos, en cuestiones determinadas, sostuvo afirmaciones más concretas. Marx había formulado la crítica de la economía política y de la actual organización social, y había proclamado la necesidad de dar nueva forma á la vida del trabajo, llevando á manos de la colectividad, los instrumentos de la producción, para evitar las tiranías del capital. Lassalle aceptó, como buenos, esos conceptos, pero afirmó, concretando sus doctrinas, que un solo camino podía conducir á esos resultados, el camino de la cooperación. Esta idea resalta en todos sus escritos, referentes á estas cuestiones, y, especialmente, en sus tres obras más notables: en el *Programa*, en el *Libro de lectura para los obreros* y en *El capital y el trabajo* (2). La predilección, que, por

---

(1) Se han publicado muchos trabajos interesantes, acerca de las ideas de Fernando Lassalle, entre los cuales pueden citarse todos los enumerados, anteriormente, al hablar de Carlos Marx. Por lo que se refiere á la vida del célebre agitador, y á sus aventuras galantes, y á los episodios precursores de su muerte, pueden consultarse, como escritos verdaderamente curiosos, los siguientes: B. Becker.—*Enthüllungen über das tragische lebensende Ferdinand Lassalle's*. Berlin, 1868.—E. Z.—*L'amore nella vita di Ferdinand Lassalle*, traducido al italiano. Florencia, 1878.—Mme. E. Racowitza.—*Meine Beziehungen zu Ferdinand Lassalle*. 1879.—M. A. Kutschbach.—*Im Anschluss an die memoiren der Helene von Racowitza*. Chemnitz, 1880.

(2) Fernando Lassalle.—*Arbeiter programm*. Berlin, 1863.—*Arbeiter lesebuch*. Francfort, 1863.—*Herz Bastiat-Schulze von Delitzsch oder kapital und*



las sociedades cooperativas, manifiestan los socialistas contemporáneos, y, particularmente, los alemanes, se debe, en gran parte, á las predicaciones del célebre agitador. Los discípulos de Lassalle no aportaron, nuevos materiales, al socialismo científico, pues, todos ellos, enamorados de las agitaciones revolucionarias, siguieron, á su maestro, con gran empeño, en las luchas prácticas, y no se cuidaron ni de las campañas del pensamiento, ni del progreso de las ideas, ni del perfeccionamiento de los sistemas. Las influencias de los agitadores, en esa región de la ciencia, á Lassalle, débense únicamente. Así como los definidores asentaron la crítica de la producción capitalista, y los fundamentos del *colectivismo*, los agitadores iniciaron la tendencia favorable al principio de cooperación.

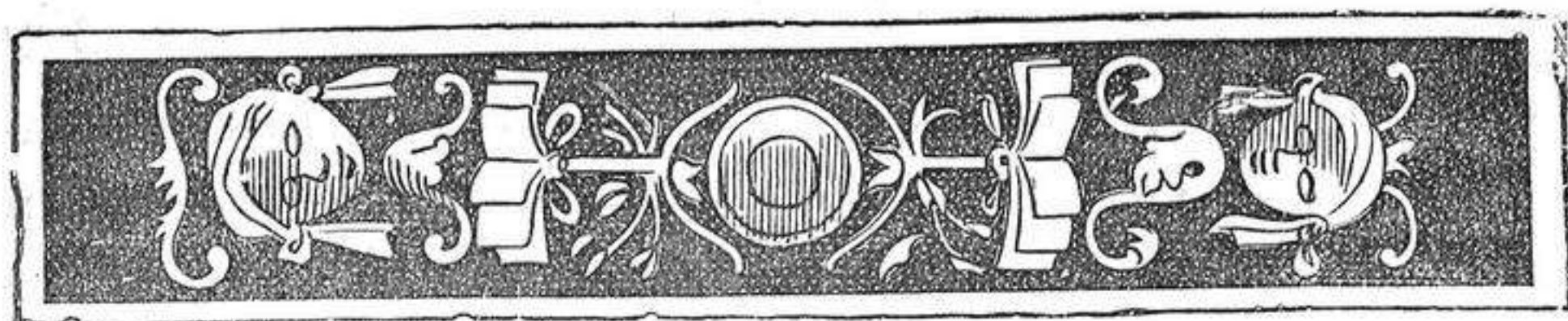
---

*arbeit*. Berlin, 1864.—Lassalle publicó algunas obras filosóficas y literarias, y, sobre asuntos económicos, además de los trabajos citados, los siguientes: *Offnes antwortschreiben*, etc. Zurich, 1863.—*Die Wissenschaft und die arbeiter*. Zurich, 1863.—*Criminal-Urthell*. Zurich, 1863.—*Lassalle'scher criminalprocess*. Zurich, 1863.—*Die indirecten Stenern*, etc., 1863.—*Die feste, die presse*, etc. Dusseldorf, 1863.—*Andie Arbeiter Berlins*. Berlin, 1863.

(Se continuará.)

CRISTÓBAL BOTELLA.





## Á DON ÁLVARO DE BAZÁN

PRIMER MARQUÉS DE SANTA CRUZ

---

### SONETO

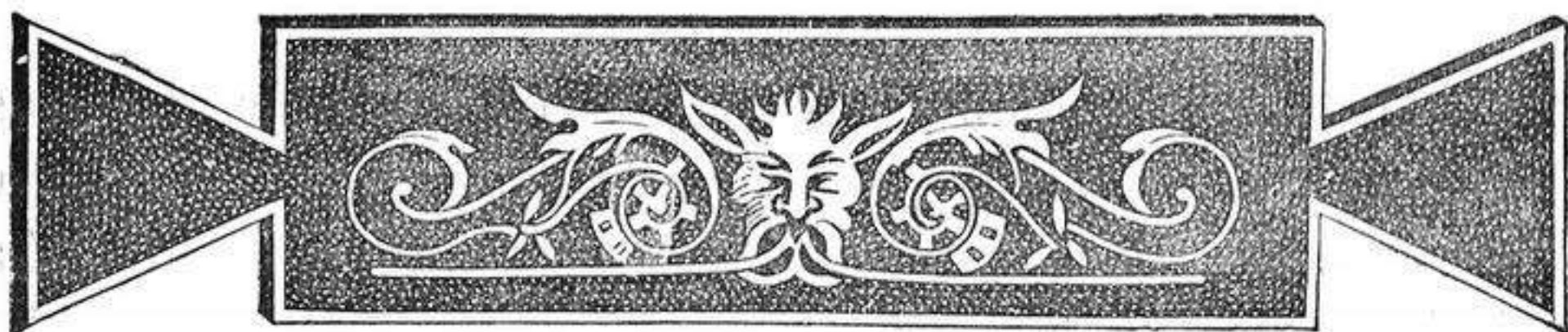
En tí Lauria renace: á tu ardimiento  
se humilla el fiero mar, Bazán glorioso,  
y al verte en él por siempre victorioso  
admiran tu pericia y alto aliento.

Dan en tu honor sus cánticos al viento  
cien poetas y cien, y el proceloso  
piélago, que domaste valeroso,  
de sus olas la voz une al conciento.

Tetuán, Lepanto, Túnez, los Querguenes  
tus hazañas pregonan y tu fama,  
al par que Portugal y las Azores.

De raza insigne de titanes vienes,  
y titán eres tú, que España aclama  
entre pompa marcial y altos honores.

FERNANDO DE GABRIEL.



## CARTAS DE PARÍS

---

Sr. Director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA:



I querido señor y amigo: el penúltimo articulejo que tuve el gusto de remitirle, trataba de un á manera de falso pesimista, y se proponía, sobre todo, esparcir el ánimo del lector, haciéndole sonreír ya que reír no se lograba; éste va á tratar, no ya de un pesimista, sino del pesimismo real y verdadero que, con más razón que en 1830, puede llamarse la enfermedad del siglo, y sin que me lleve ningún preconcebido propósito, hará pensar, ya que no verter lágrimas. La culpa no será mía, sino de M. Pablo Bourget, y de sus tomos: *Ensayos de Psicología Contemporánea* (Alfonso Lemerre, editor), que tengo encargo de presentarle á V. hace... dos años. Sí señor, pásmese y estremézcase usted, piense de mí cuanto mal se le antoje, la verdad por delante: hace dos años. No es menor verdad que no había leído esta obra hasta hoy, por falta de tiempo material, y que, recuerdo haberlo dicho, no veo la necesidad de hablar de ciertos libros que se han de leer siempre, como de otros que sólo duran el mes de la venta: inmediatamente. No ha desaparecido el pesimismo del alma francesa, no desaparecerá en muchos años, y quién sabe cuántos cataclismos nacionales é internacionales serán necesarios para que venga una generación más ardiente

que analista, que restaure la fe y la confianza plena en el esfuerzo, desembarazando el cerebro de la herencia de amargura, desesperanza y misantropía que les habremos legado. Y al decir *habremos*, no me cuento en el grupo. Mi incapacidad para ser algo es tal, que ni pesimista soy. Como los de mi tiempo, poseo la monomanía del análisis, de hacer excursiones al fondo de mi conciencia, de explicarme los móviles ajenos y los propios, de escudriñar en todas las sensaciones; pero la nada que en el fondo encuentro, cuando consigo llegar al fondo, las miserias, flaquezas, tontunas y maldades del *Rey de la Creación* y de su señora mitad, no me causan la tristeza, las angustias que á mis compañeros; duermo lo mismo, si no estoy desvelado; me saben á cosa de sustancia las chuletas con patatas; mi mujer, que es mía desde hace veintiún años, me es tan simpática y querida como en la mismísima noche de novios, y vivo, en suma, tan satisfecho de vivir, como un buey, con absoluta calma. ¿Será esto disposición natural? ¿Será la marmórea serenidad, que una pluma sagaz ha dicho notaba en mis escritos? Creo que no, y que sólo es fuerza de lógica, costumbre de aceptar lo que es, tal como es, y amar lo amable, y mirar con inalterable indulgencia lo aborrecible. Pero los enemigos del *yo*, han de estar avinagrados con esta digresión, y no quiero disgustarlos.

Hablemos del pesimismo francés.

Pablo Bourget—y bien se le puede quitar el *Monsieur* á este adorable y admirable escritor—ha sido el primero, ó uno de los primeros, en señalar la existencia del pesimismo en la generación que hoy piensa y escribe. Es innegable que en los libros de la literatura actual, sea inquieta y mordaz como en Huysmans, sea indiferente y desdeñosa como en Guy de Maupassant, la impresión que se recibe es la desconsoladora y depresiva impresión de un irremisible desaliento. La vida es á manera de mazmorra negrísima, y si lucen algunos pálidos rayos de sol, sirven buenamente para acrecer la negrura que nos rodea: si resuenan algunos gritos aún gozosos, sólo aumentan el eco de los ayes de dolor y la profunda soledad. No van todos al suicidio, consecuencia que parecería natural, como no todos los presidiarios se amputan el pie para que-

dar libres del grillete. Que Schopenhauer le tuviese miedo á la muerte; que, como el patán más positivo, se olvidase de sus doctrinas hasta el extremo de tener un hijo, no prueba que no dudase, que no le atormentase la duda, y sólo prueba lo complejo de nuestro sér, el instinto de duración, que se ríe de cuantos raciocinios y sermones le echemos. Porque á lo mejor descubramos que un misántropo que aborrece el amor, desea locamente á una mujer, no hay que deducir que no es tal misántropo: lo que puede afirmarse es que obedece á superior é irrazonado influjo, que él llega á explicarse, pero que no logra eludir, y que allí donde el espíritu vulgar—entiéndase sano de pesimismo—hallaría la ventura, fuese no más que momentánea, él encontrará nueva decepción, mayor tedio, y estará arrepentido y amargado del placer antes de gozarlo. De igual manera podemos dar con un hombre que desempeñe á las mil maravillas su oficio de sér social, que sea buen esposo, excelente padre, amigo servicial, y que en lo hondo oculte el gusano roedor de la incredulidad, de la duda, el horror de la existencia, de la completa insignificancia de todo esfuerzo, y haga su deber, aunque preguntándose: ¿Para qué?...

Este mal no nace espontáneamente, son múltiples sus causas, y tal es la tesis que se desprende de la obra de Bourget, á saber: «que los estados de alma particulares á una generación nueva estaban envueltos en germen en las teorías y los sueños de la generación precedente.» Dice con acierto Bourget que los jóvenes heredan de sus mayores un modo especial de apreciar y saborear la existencia, y que ellos mismos la transmiten, modificada por su experiencia propia, á los que les siguen. «Las obras literarias son el medio más poderoso de transmisión de esta herencia psicológica, y conviene estudiarlas desde el punto de vista de educadoras de los espíritus y de los corazones.» Es el método que ha aplicado el autor á diez grandes ingenios que, sin saberlo y por la sola virtud de su talento, ejercen en los que vienen irresistible y constante propaganda de ideas y sentimientos. «Estamos enfermos—dice con sincero desconsuelo y exacta visión de la realidad—de exceso de juicio-crítico, enfermos de exceso de literatura,

enfermos de exceso de ciencia.» Ha escogido, pues, los diez escritores que más representan los estados de alma de la juventud actual, y los ha estudiado sucesivamente con una penetración, una mano tan hábil y segura, un tan sabroso análisis, no exento de sutileza, pero de sutileza amable, que no me cansaré nunca de alabarlo, si alguien tiene la ocurrencia de ponérseme delante y sostener días y noches lo contrario.

No entra en mis planes examinar detenidamente los diez acabados estudios que componen estos dos tomos; aunque no imposible, no es fácil por el sólido encadenamiento de las ideas, que no consiente apuntar una deducción sin haber anotado antes las premisas; pero no es la dificultad lo que me detiene, sino las dimensiones de semejante trabajo, y su inutilidad; por acertado que resultase, no sería más que pobre bosquejo de un lienzo admirable. Me concretaré, pues, á señalar las causas esenciales del pesimismo moderno que Bourget encuentra en los autores que analiza, en los que eran jóvenes en 1855.

Una de ellas, tal vez la más característica, es la perversión ó la impotencia del amor en nuestros días. En Carlos Baudelaire, el sublime y enigmático poeta de las *Flores del Mal*, el amor es místico, libertino y analizador. El catolicismo empapó en amor místico el alma del poeta; la fe desapareció con la vida de París, pero el misticismo, expulsado de la inteligencia, subsistió en la sensación. La vida de la capital le dió sus gustos libertinos, y el espíritu del análisis, lo tenía de la Naturaleza. ¿Cómo podía haber paz en este cerebro que ansiaba el ideal perdido, que se hallaba sediento de pureza infinita y al mismo tiempo de los más irritantes goces de la carne, y analizaba con pasmosa intensidad la nulidad del deseo, la nulidad del placer? Lo mismo, pero más comprensible, se encuentra en las comedias de Dumas (y claro que tratándose de literatura y moral nos referimos al hijo y no al padre), la impotencia de amar. De todos los personajes de Dumas, el de Ryons, del *Amigo de las Mujeres*, es el que mejor la encarna. Ese hombre no puede amar. «Existe en todo deseo amoroso una parte enorme de creación personal; amar á una mujer es, sobre todo, amar el sueño que con motivo de ella se formó el

corazón, y sucede que llega un momento en que el corazón no posee la fuerza de formar ese sueño y que acabó para él el amor completo.» Tendrá el hombre queridas, pero poseer no es amar, y la felicidad consiste en darse. Ha analizado demasiado á la mujer, y la desprecia; ha analizado la pasión y no cree en ella, pues conoce todos sus engaños; no es posible la ilusión, la creencia en un sér superior y adorable, y no puede amar. Podrá ocultar su dolencia con la ironía, engañarla con la sensualidad; pero el corazón quedará enfermo para siempre. *No poder amar*; recapacítense bien la importancia de estas tres palabras, y se verá cuán horrible es el estado del alma que ha caído en esa impotencia.

El *dilettantismo* que Bourget examina en Renán y los hermanos de Goncourt, es otra causa. ¿Qué es el *dilettantismo*? Según el autor, mucho menos una doctrina que una disposición del ánimo, á la vez inteligente y voluptuosa, que sucesivamente nos lleva hacia las formas diversas de la vida y nos conduce á prestarnos á todas sin darnos á ninguna de ellas. Por lo común, el hombre en plena posesión de sí mismo escoge una manera de gustar la ventura, y lógico consigo mismo, desaprueba ó no comprende la elección ajena. Parece, y en efecto es difícil, salir de la ley y representarse un modo de existir muy distinto del nuestro, y más aún apropiarse ese modo de existir, no más sea que algunos minutos. No basta la simpatía, necesitase un escepticismo refinado con el arte de transformar ese escepticismo en instrumento de placer. El dilettantismo, es, entonces, «una ciencia delicada de la metamorfosis intelectual y sentimental.» Es la característica de Renán, la esencia de su individualidad, y si en él es loable, en los demás, que no tienen su profundo sentimiento religioso, pese á las negaciones de su exégesis, es sobremanera peligroso, por la razón sencilla, que bien se comprenderá, de no poder conservar la unidad de sentimientos que nos es tan necesaria, y porque, como dicen los doctores en salud social, la carencia de resolución firme, el reconocimiento de la legitimidad de las soluciones diversas al gran problema del destino, conduce á una anemia de la conciencia moral de un país. Añádase, además, que el escollo del dilettantismo, que ni para

Renán ni las grandes inteligencias existe, es la frivolidad. Ahora bien; es sabido que el abuso de la comprensión crítica multiplica en Francia el grupo de los *dilettanti*.

Más grave es todavía la tendencia hacia la fatalidad, la falta de voluntad que es la base de toda la obra de los Goncourt y de sus discípulos. La debilidad de la voluntad que adivinaron y estudiaron, amenaza convertirse en fenómeno general, y la ciencia, vulgarizando la doctrina del determinismo, se ha hecho cómplice de esa disminución de la energía moral. «Las excusas que hallamos en las fatalidades de la impulsión, del temperamento, de la herencia, habrían parecido ininteligibles á nuestros padres.» La enfermedad de la voluntad es la materia de toda la obra de Zola; Daudet, más sensitivo que filosófico, ve en el hombre una máquina movida por sensaciones, y éstas son mórbidas y dolorosas. Todos los libros de Huysmans y Pablo Alexis, son monografías de la impotencia de obrar, y hasta el último de sus tomos que lo es más que los otros, todas las novelas de Maupassant son lo mismo, aunque haya más voluntades sanas. No escapará á la sagacidad del lector, ni menos á la de V., amigo mío, cuán triste y peligrosa es la vida humana considerada bajo ese aspecto de absoluto fatalismo.

De los dos puntos anteriores viene otro que es la desproporción, la falta de equilibrio en las almas. Gustavo Flaubert sirve para estudiarlo; en él, como en todos los personajes, como en muchas existencias contemporáneas, la causa de la infelicidad es la desproporción. El romanticismo había exagerado la sensibilidad de Flaubert, el ansia de lo que *podría ser*, luchando con lo *que es*; al par de gustar el alimento de los poetas y novelistas, se sujetaba á severa disciplina científica, y en el artista existía un fisiólogo y un erudito. «Es singular, exclama joven aún, cuán poca es la fe en la felicidad con que he nacido. Muy joven, he tenido un acabado presentimiento de la vida. Era algo como nauseabundo olor de cocina que sale por un tragaluz. ¡Es innecesario comer de ella para saber que hará vomitar!...» El ideal romántico contenía en sí el principio de nihilismo que invade hoy muchas almas. Queremos, en amor, una mujer tan extraordinaria, tan pura, y en la



sensación grado tal de intensidad, que es siempre una caída, pues olvidamos que la mujer es doce veces impura, y el sueño fué tan alto, que la realidad no puede en modo alguno alcanzarlo. Y así en artes, en ciencias, en todo. ¿Es ley de la naturaleza humana, como Bourget pretende, que el goce esté siempre en desproporción con el deseo? ¿Qué toda alma ardorosa sea víctima de un espejismo, que la convence de que posee en sí materia suficiente á continuo éxtasis? Tal vez; por mi parte me parece fácil eludir el peligro no exigiendo de nada ni de nadie sino lo que puede dar, y no presuponiendo nada en cuestión de sentimientos. Porque todo está en eso para Flaubert. El mal proviene en formarse de antemano una idea sobre los sentimientos que se experimentan. El pensamiento ejerce, pues, influencia nefasta, y condena al hombre á segura infelicidad. Y el principio de esa falta de equilibrio está en la literatura, tomando el vocablo en su interpretación más lata, es decir, en la palabra ó en la lectura. Todos los personajes de Flaubert han leído novelas y poesías, sufren de lo que él ha sufrido. Considerar así el pensamiento, es ir al revés de la civilización moderna, que fija en él, por el contrario, el término supremo de su progreso. Parece cierto, que si el pensamiento no es siempre un poder mortífero, no es tampoco siempre un poder bienhechor. «El hombre que piensa puede oponerse á la Naturaleza, ya que puede formarse de las cosas una idea que le pone en conflicto con ella, y como las cosas obedecen á leyes necesarias, todo error respecto de esas leyes se convierte en principio de sufrimiento para quien le comete.» La ciencia contribuye á hacer más raros esos errores, pero no ha encontrado modo todavía de impedir el menoscabo fisiológico, el menoscabo del sentimiento y el menoscabo de la voluntad, que amenaza producir el ejercicio demasiado intenso del pensamiento.

Otra causa, y será la última que citaré, ya que en Flaubert he señalado también la influencia de la ciencia sobre la sensibilidad, es el cosmopolitismo, que progresa considerablemente, y citaré aquí las palabras textuales de Bourget, ya que el espíritu cosmopolita reside en mí, aunque sin exageraciones, que son, en todo, la parte malsana. «El moralista que consi-

dera la sociedad como una fábrica para la producción de hombres, se ve obligado á reconocer que las naciones pierden mucho más que ganan, en mezclarse las unas á las otras, y que especialmente las razas pierden mucho más que ganan abandonando el rincón de tierra donde nacieron. Lo que con propiedad podemos llamar una familia, en el hermoso y antiguo sentido de la palabra, se ha constituído siempre, á lo menos en nuestro Occidente, por una larga vida hereditaria en un rincón de terreno. Para que la planta humana crezca con solidez y sea capaz de echar vástagos más sólidos aún, es necesario que absorba en sí, con trabajo potente, cotidiano y oscuro toda la savia física y moral de un lugar único. Es preciso que un clima se introduzca en nuestra sangre con su poesía dulce ó selvática, con las virtudes que engendra y sostiene el esfuerzo continuo contra una suma igual de idénticas dificultades. Esta verdad no goza de favor en nuestro mundo moderno, que es cada vez más improvisador y momentáneo.»

De los estudios de Bourget se desprende la filosofía asqueada del universal vacío, las náuseas formidables de la inteligencia ante los vanos esfuerzos de la vida, la terrible incertidumbre, la triste filosofía que hace desear la muerte. ¿Existe al lado del profundo análisis una conclusión? «Humildemente confieso, dice el autor, que, en cuanto á conclusión positiva, no podría dar ninguna á estos estudios. Balzac, que se tildaba con gusto de doctor en ciencias sociales, cita en alguna parte estas palabras de un filósofo cristiano: «Los hombres no necesitan de maestro para dudar.» Esta soberbia frase sería la condenación de este libro, que es un libro de ansiosa investigación, si no hubiese en la duda sincera un principio de fe, como hay un principio de verdad en todo error ingenuo. Tomar en serio y casi en trágico el drama que se representa en las inteligencias y en los corazones de su generación, ¿no es afirmar que se cree en la importancia infinita de los problemas de la vida moral? ¿No es hacer acto de fe en esa realidad oscura y dolorosa, adorable é inexplicable que se llama Alma humana?...»

Cierto que sí, y la investigación es justa aunque venga sin conclusión, cosa tan contraria al espíritu moderno. Por desgra-

cia no es esta dolencia como las físicas; el enfermo que tiene la cabeza lo bastante despejada para estudiar sus padecimientos y contarlos con minuciosidad, no debe inspirar alarma inmediata al médico. Pero el sufrimiento moral que procede del análisis, y estriba en analizar, no indica su poca importancia porque el enfermo se analice, antes al contrario, y la prueba está en el alma de Bourget, más esencialmente pesimista que ninguna otra. Lo prueba la idea de su libro, el dedicarse á ese original estudio de examinador de estados de alma; y lo prueba tan claramente, que es caso de preguntarse si no ha exagerado inconscientemente, si en realidad existe cuanto ha visto con sus ojos de pesimista. Apresurémonos á declarar que no hay exageración, que si un tanto sutil, el análisis no deja nunca de ser exacto; pero lo que él ve no lo habría visto un optimista, y para descubrir las verdades que ha expuesto, eran necesarios sus ojos. En todas sus novelas, que deben leerse como las primeras en el género psicológico, nos ha pintado á las claras el estado de su alma, su desconsuelo y decaimiento, en sus principales personajes. En el Armando, de *Crimen de Amor*, en el Larcher, de *Mentiras*, en el delicioso y fresco mozo, de *Cruel Enigma*, se transparentan las torturas de su creador, como en su manera especial y delicada se comprenderá la mujer. Todos aspiran á un ideal que no pueden encontrar, pues lo colocan por encima del poder humano; todos están carcomidos por la manía del análisis, y siendo los más severos jueces de su conciencia, no logran escapar á su pasión, como Larcher, que se deprecia, pero sigue impenitente; en todos resalta el tedio de la existencia, la amargura insoporable de vivir; y si luchan, si trabajan, es por lo mismo que trabaja Bourget, porque el hombre moderno es de lo más complicado; véase Flaubert, que, según la frase del autor, fué «uno de los más determinados nihilistas, al par que uno de los más laboriosos obreros de las letras contemporáneas.»

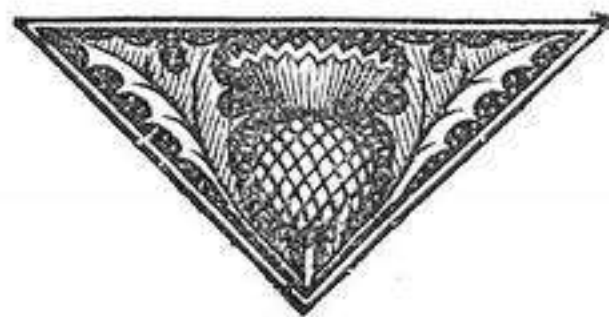
Por dos veces he calificado el análisis de manía, y no quisiera que se interpretasen mal mis palabras, pues la considero manía utilísima. No puedo menospreciar ese poderoso instrumento que de continuo empleo, ya que no con arte, con firmeza y constancia, yo, que sólo reconozco un hombre á quien

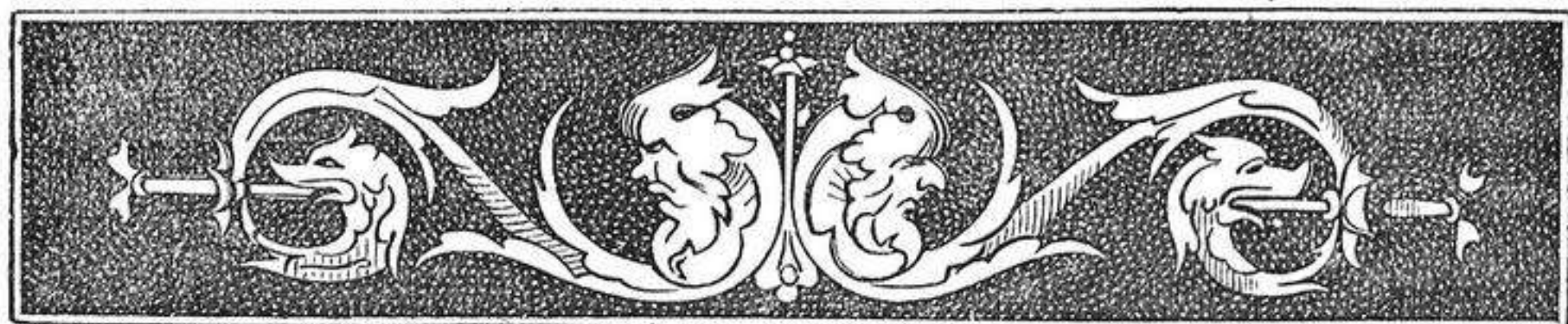
en lo hondo de mi conciencia llame maestro, y es Montaigne. Pero lo que sí sería deseable es que fuese para todos lo que fué para este coloso y lo que es, en realidad, para el pigmeo andaluz que le habla á Vd., amigo: un instrumento de placer, de tranquilidad, que hace considerar con semblante risueño é inmutable hasta el tremendo y pavoroso más allá de la tumba. Yo, que vine á Francia á los diez y siete años, que estoy saturado, como el que más, de literatura, y de literatura española, francesa é italiana, sin contar la portuguesa; que soy como estos compañeros, *dilettante*, cosmopolita y analista, no he caído en el pesimismo, y la robusta energía moral que me ha impedido caer en ese lamentable abismo y en el no menos para mí aborrecible del optimismo, viene de Montaigne, y tal vez de la sangre aragonesa que corre por mis venas. De Montaigne, que he leído sin descanso, que me sé de memoria, que leeré mientras me queden ojos, y aconsejo leer á los que tengan estómago sano para digerirlo. Puede ser mortal si no se digiere. Si se digiere es salvador. Es además, á mi juicio, el tipo que se forma la humanidad, sin saberlo, y al que aspira.

La ciencia moderna ha muerto con la experiencia cuantos ideales llevábamos en el alma, y no los ha reemplazado con ninguno. En este momento de transición en que vivimos, para comprenderlo todo y gustarlo y encontrarlo sabroso, no veo más que un medio, y es *la resignación*, virtud modesta que desea á sus hermanos en general y á Vd. en particular,

LEOPOLDO GARCÍA-RAMÓN.

*París 18 de Febrero de 1888*





## LAS ORDENANZAS DE POLICIA URBANA

EN 1591

**E**S voz corriente, porque así nos lo vienen relatando algunos de los modernos cronistas de Madrid, que durante la dominación de la Casa de Austria, la capital de esta entonces vastísima Monarquía se hallaba en un lastimoso abandono con relación á higiene, limpieza, ornato y demás factores que hoy se consideran comprendidos bajo la genérica denominación de policía urbana. Tales son las acriminaciones que contra nuestros antiguos Ediles se han proferido, tantos los testimonios que á patentizar la incuria de las Autoridades se nos expusieron, y con tan vivos colores se nos hubo de pintar el triste cuadro de los servicios municipales en aquella época, que no vacilamos un momento en ponernos de parte del anatema, lanzado por escritores eruditos, sí, pero parciales. Basta leer el artículo que con el epígrafe de *La Villa material y moral desde que fué Corte* publicó D. Angel Fernández de los Ríos en su *Guía de Madrid*, para formar idea del apasionamiento que guiaba su pluma. Político más que historiógrafo, no sólo se deja dominar por el espíritu de partido, sino que parece que se complace en escudriñar, descubrir y poner de relieve los defectos y errores de los pasados tiempos, juzgándolos luego desde la época en que él escribía. Rebusca, como con un es-

calpelo, cuanto hay de malo y vituperable, ocultando lo que pudiera servir de disculpa ó de descargo.

Según esto, hemos llegado á creer que aquí construía cada propietario sus casas á capricho, sin sujetarse á Ley ni Ordenanza, y sin que Autoridad alguna le precisase por ornato ó comodidad la forma y condiciones en que había de hacerlo; nos figurábamos también que los vendedores é industriales ocuparían de la vía pública el sitio que mejor les pareciera para la consecución de su fin, entorpeciendo el paso, y quizás ensuciando la ropilla y los gregüescos del transeunte con su mercadería, sin que hubiera Alcalde de Casa y Corte ni alguacil que les fuese á la mano para atajar el perjuicio que al vecindario con esto se ocasionaba; y es proverbial que se vertían por ventanas y balcones las basuras en pleno día, no reparando las maritornes si la calle estaba libre ó si algún desdichado cruzaba inoportunamente en el momento preciso para recibir sobre su ferreruelo cosa que iba destinada al arroyo. Cierto que la policía urbana de aquel tiempo dejaría mucho que desear, pero hemos de tener en cuenta que el concepto de ésta principiaba entonces á formarse, y que Madrid, el día antes de convertirse en Corte, era una villa de muy relativa importancia, con limitadísima población, apartada de mares y aun casi podemos decir que de ríos, sin comercio, sin industria y hasta sin condiciones militares, porque el castillo se había convertido en palacio, y la muralla, derruída por muchos trozos, era más bien un estorbo que una defensa. Estas circunstancias son causa de que la transformación de la villa en Corte, aunque hecha oficialmente en un día, haya sido lenta y laboriosa, necesitando el transcurso de muchos años para colocarse á la altura que le correspondía. Así es que las declamaciones de algunos escritores condoliéndose del lamentable abandono en que la policía urbana de Madrid se encontraba durante el período de los Felipes, son en parte razonadas, pero en parte no, tanto por las observaciones que dejamos expuestas, cuanto porque hemos hallado documentos de la época que vienen á demostrar lo contrario de lo que hasta la fecha hemos creído.

El Rey D. Felipe II, dejando á un lado las censuras á que

como político se haya hecho acreedor, tenía gran sentido práctico. No vamos á romper una lanza en favor suyo; dejamos para otros la difícil tarea de estudiar su historia harto traída y llevada por los partidarios del uno y del otro bando, pero sí queremos hacer constar que Madrid le debe las primeras Ordenanzas de policía urbana, base y fundamento de cuanto después se ha legislado sobre la materia. Era natural que D. Felipe, después de haber elegido la villa para su residencia, procurase mejorar la higiene y ornato de la población, condiciones que estaban por completo descuidadas, si es que sus habitantes habían conseguido, que lo dudamos, tener noción siquiera de lo que significaban.

Anteriores á 1591 pocos documentos hay referentes al asunto, y aunque en bien y provecho de los Concejos que antes se habían sucedido quisiéramos suponer que se han extraviado muchas disposiciones, las que han llegado hasta nosotros demuestran que no había Ordenanzas generales y sí sólo alguno que otro acuerdo sobre determinado caso particular. Es ejemplo de ello una provisión del Consejo, del 1493, para que no se consintiesen cerdos por las calles de Madrid; (1) otra de 1510 para que los herreros tuviesen sus fraguas fuera de la población, señalándoles sitio en Puerta-Cerrada, y otra de 4 de Agosto de 1535 para que en la Plaza Mayor hasta Santa Cruz, en la Puerta de Guadalajara hasta San Salvador y en Puerta-Cerrada, cuyos sitios abundaban en casas *apretadas*, (2) no se permitiera á ningún vecino tener paja en sus camas, por los fuegos que esto producía continuamente. Como se ve, las disposiciones aparecen aisladas, sin obedecer á sistema, y no llevan otra mira que prevenir ó remediar daños, vicios ó defectos del momento.

En perfecto estado de conservación, y con todos los requisitos de autenticidad, consérvanse unas Ordenanzas munici-

---

(1) Donde quiera que se estudie la historia de la administración, en sus más pequeños y múltiples detalles, se encuentra siempre la mano organizadora y el espíritu esencialmente progresivo de los Reyes Católicos.

(2) A estas viviendas, de las que aún existe ejemplar, se refería el ingenioso Larra llamándolas *diligencias paradas*.

pales del año 1591, deficientes en su fondo y en su forma, concebidas algunas bajo un criterio extraviado, pero que vienen á atestiguar la tendencia de los hombres de Gobierno de D. Felipe, favorable á promover el mejoramiento de la población, aunque á veces las medidas adoptadas para conseguirlo preparaban mejor su estacionamiento y atraso. Nada se había dispuesto en general sobre este orden de ideas; la obra estaba sin comenzar, y ya sabemos que lo difícil es dar los primeros pasos, sentar las bases de cualquier organización nueva ó desconocida, porque las correcciones, las enmiendas y las reformas vienen luego lógica y naturalmente, sin gran esfuerzo de la inteligencia ni de la voluntad.

No conceptuándose en aquella época privativo de los Ayuntamientos el servicio de cuanto se relaciona con la llamada policía urbana, D. Felipe creó una Junta bajo la presidencia del Corregidor, á fin de que tomase á su cargo todo lo que al servicio indicado se refería, con amplias facultades para dictar y hacer cumplir las medidas conducentes á lograr el resultado apetecido. La cédula de creación lleva la fecha de 4 de Mayo de 1590, y aparece refrendada por el Secretario Mateo Vázquez. Formaron la Junta en un principio, como Presidente, D. Luis Gaitán de Ayala, del Consejo de S. M. y Corregidor de Madrid, y como Regidores D. Pedro Zapata y D. Gabriel Galarza, entrando poco tiempo después á formar parte de ella D. Agustín Ximénez Ortiz, individuo del Consejo, el Doctor Pareja, Alcalde de Corte, y Andrés Valencia, arquitecto de S. M. La Junta, pues, reunía todos los requisitos que pudieran exigírsele: representantes del Municipio, miembros del Gobierno, un Alcalde de Corte en concepto de Letrado, y un arquitecto. De todas suertes, se contaba con Gaitán de Ayala, quien, por los pocos antecedentes que de su historia hemos podido adquirir, se presume era hombre activo é inteligente. Cuando el Rey le llamó dos veces al Corregimiento de la villa, haciéndole el encargo de desarrollar el plan que había concebido, favorable opinión tendría formada de sus cualidades personales.

El Presidente da buena muestra de su actividad constituyendo la Junta en el mismo mes de Mayo y tomando algunos



acuerdos. El más curioso en todos sentidos, es el de 11 de Julio siguiente: por él se manda «que no se vacie por ventanas ni balcones, sino que lo bajen á la calle y lo echen en medio del arroyo, en verano después de las diez de la noche y en invierno después de las nueve.» Ya se nos alcanza que la disposición no sería observada por el vecindario con escrupulosidad, ni exigido con rigor su cumplimiento, porque entonces, si bien se encontraba tiranía en algunas leyes, había también resistencia pasiva para no cumplirlas. Esto lo sabemos todos. Calderón en una de sus comedias (1) critica la inobservancia, por la noche, del acuerdo de que tratamos, haciendo que al gracioso le vacien desde una ventana

cosas de Madrid precisas  
que antes fueron necesarias.

El hecho es que Gaitán de Ayala puso la primera piedra para una obra que mejoró después el Coronel Sabatini, que terminó nuestro siglo, y á la que el Duque de Sexto dió el golpe de gracia con su célebre bando (2) de 7 de Febrero de 1863.

Expuestas estas aclaraciones que pueden servir como de exordio ó preparación, pasemos á examinar las Ordenanzas de policía urbana de 1591.

Dice así el documento:

«Los señores que por mandado y comision del Rey nuestro señor se juntan á proveer y ordenar, y á cuyo cargo está el ornato y pulicia desta villa y Corte y á las cosas tocantes á ello y á la salud y limpieza della, Ordenan y mandan á todos los vecinos y moradores y estantes en esta dicha villa y corte, de cualquier estado y calidad y condicion que sean, que guarden y cumplan lo que en estos capítulos yrá declarado, so las penas en ellos y en cada uno de ellos puestas: en las quales los dan por condenados lo contrario haziendo, aplicadas la mitad para los gastos de las obras públicas |y de la dicha junta, y la otra mitad para el denunciador (3).

(1) *Dar tiempo al tiempo*. Jornada 1.<sup>a</sup>, escena 2.<sup>a</sup>

(2) Prohibiendo hacer aguas en la vía pública.

(3) La división de las multas en dos mitades, dando una de ellas al denun-

» I. Primeramente, Que esta dicha villa Justicia y Regimiento della ni otra ninguna Universidad, ni persona particular de cualquier calidad que sea, de oy en adelante no edifiquen, ni labren, (1) ni vendan, ni den á censo para edificar ni labrar ninguna tierra, ni solares yermos fuera desta villa, aunque esten conjuntos á las casas y poblacion della, sin pedir primero licencia y presentar y mostrar ante los dichos señores la planta é intento que tienen de edificar, (2) para que se les dé por ellos licencia y la órden y traça que han de guardar, y para que los dichos edificios nuevos no salgan ni escedan de los limites que ha de aver en la poblacion desta villa, ni perjudiquen al ornato y pulicia della, so pena de que dichas ventas, censos y enagenaciones seran y desde luego se dan por ningunas y de ningun valor ni efecto, y los edificios que se hizieren se manden derribar y deshazer á costa de los dueños dellos. Y demás de lo dicho incurran en pena de diez mil maravedis (294 reales y 4 mrs.) por cada casa, posesion, sitio ó solar que se vendiese ó edificase contra la dicha órden (3).

---

ciador, es un dato curioso. Cuando la Junta llamaba en su auxilio á la iniciativa particular estimulada con el incentivo del lucro, no confiaría seguramente mucho en la cooperación que al caso debiera prestar la justicia, por negligencia de los alguaciles, compromisos de los Alcaldes de Corte ó por otras causas que no pretendemos adivinar.

(1) Se emplea este verbo como sinónimo de edificar.

(2) Aquí vemos desde cuándo arranca la obligación de acompañar el diseño ó plano de la finca que el propietario desea construir, al solicitar la oportuna licencia.

(3)\* No deben dejarse pasar desapercibidas las frases que en este primer capítulo se contienen, declarando que los nuevos edificios no habían de salir y exceder de los límites que la población tenía marcados. Olvidábanse los legisladores de que la antigua muralla era ya en aquel tiempo insuficiente á contener el crecimiento del vecindario, y que rompiéndola por muchos puntos, la edificación traspasaba sus límites, y se extendía en derredor, dejando en el centro el mazizo muro de pedernal, que con sus almenas en alto, señalaba el antiguo recinto de la villa, como recuerdo histórico. Creía entonces la Junta que Madrid debía hallarse encerrado en una cerca para atender á la *conservación de la Real Hacienda, de las alcabalas y de las sisas*, según se expresa en la Real cédula que, mandando fabricar la cerca referida, se expidió en 9 de Enero de 1625. El juicioso Mesonero Romanos se lamenta á este propósito de que con la peregrina ocurrencia de amurallar, ó mejor dicho, poner tapias á la capital, se haya estorbado durante largo tiempo su ampliación y ensanche.

»2. Que en todas las casas y edificios desta villa y sus arrabales, aunque sea en partes muy remotas, en que hubiere texarozes, (1) aleros ó texadillos, mostradores ó perchas ó cubiertas de tiendas ó de ventanas ó de bobedas ó entradas de caballerizas, escritorios de escribanos, tabladillos, apoyos, escalones, lumbreras ó otra cualquier cosa fixa que bolase ó saliese de las paredes, y no estuviere mas alto que onze pies del suelo de la calle, dentro de quinze dias contados del en que se pregonaren estos capitulos lo quiten y derriben todo ello sin dejar cosa ninguna que salga afuera del pañeo de las paredes, sino fuere tan solamente en los dichos aleros y texarozes medio pié que se permite que buelen las texas de las canales, aunque esten mas baxo de los dichos onze pies, y dende ellos arriba puedan bolar y salir afuera de las dichas paredes todas las dichas cosas pié y medio, so pena de seys ducados y que se quite y derribe á su costa del dueño de la casa donde estuviere.»

»3. Y so la misma pena se les manda que deshagan qualquier chimenea que bolare y saliese de las dichas paredes y del pañeo dellas, saliendo á cualquier calle pública, aunque esten las dichas chimeneas mas altas que los dichos onze pies en cualquier alto que esten, en qualquier cantidad que saliesen fuera (2).

»4. Que en todos los portales de la Plaça y calle mayor, y calles de Toledo y de Atocha y las demás desta villa donde

---

(1) La parte del tejado que vuela fuera del edificio.

(2) Estos dos artículos convalidan el buen deseo de la Junta; pero encontrarían, seguramente, cierta oposición para su cumplimiento, ya porque destruían inveteradas costumbres, ya porque ocasionaban dispendios á los propietarios, y estos, echando mano de la influencia del amigo ó del pariente que gozaba privanza con tal ó cual Consejero, demorarían en lo posible hacer gasto alguno que no les reportase lucro ni conveniencia.

La disposición referente á chimeneas parece que hubo de cumplirse; pero el arbitrio de que se valieron los vecinos, aunque ingenioso, vino á perjudicar el ornato de la población. Guisábase en los balcones, acomodando los pucheros en el fondo de un barreño; de esta manera se obedecía el acuerdo, y sin coste de obra ni tubería, se proporcionaba fácil y segura salida á los humos. Por fortuna el abuso se cortó de raíz á merced de un bando publicado en 1619.

hubiese pilares de madera, los dueños dellos dentro de (laguna) meses contados segun está dicho, los quiten, y pongan en lugar dellos otros de piedra con sus basas y capiteles de lo mismo, so la dicha pena de los dichos seys ducados por cada casa donde los hubiere, passado el dicho término, y que se quiten y muden á costa de los dueños dellos (1).

»5. Que todos los bodegoneros assi hombres como mujeres, que tienen trato de guisar ó vender cosas de comer, no guisen ni tengan braseros, tiendas ni mesas de los dichos mantenimientos en las plaças ni calles públicas, aunque sea con consentimiento de los dueños de las casas adonde arriman y tienen las dichas tiendas como esten en las dichas calles y passos públicos, sino que todos las tengan y pongan en las plaças y partes que les serán señaladas por los señores de la dicha junta: de la qual han de tener y guardar licencia por escrito: y se les mandara dar sin que paguen por ella derechos ningunos, so pena de perdidos los mantenimientos que vendieren y cuatro ducados. Y so la dicha pena guarden y cumplan lo mismo todos los demás que en las dichas calles públicas tienen tiendas de sastres, calceteros de ropa vieja, çapateros, zerrageros, y otros oficios semejantes, y tenderos que venden pan, fruta verde y seca y otros cualesquier mantenimientos (2).

»6. Que todos los vezinos ó forasteros que vendieren carbon y leñas de cualquier género que sea, paja larga ó corta

---

(1) Ha sido costumbre de muchos pueblos de España poner soportales en la plaza que se conceptuaba como mayor ó principal, y aun en tiempos modernos, la Nueva en Bilbao y la de Guipúzcoa en San Sebastián, construídas en época reciente, demuestran que se ha querido rendir tributo á la tradición. Cuando Gaitán de Ayala era Corregidor de la villa, los soportales habíanse extendido por varios sitios y la medida era benefícosa para el ornato. Nosotros creemos que esas galerías bajas producen en las calles tristeza y lobre-guez y no se hallan en armonía con el gusto moderno. Hoy se está construyendo con arreglo á estos preceptos una casa en la Plaza de Provincia con vuelta á la de Santa Cruz y accesorias á la calle de la Fresa, llamada de las Velas anteriormente.

(2) No puede precisarse con certeza el sitio que se señalaría á los bodegoneros en aquella época; pero pocos años después aparecen situados en la

en cargas, carros ó carretas, lo traigan derechamente á vender y lo vendan en la plaza que dizen de la madera, que es en la calle de Toledo, ó en la calle de Alcalá, dende el monasterio de nuestra señora de Vallecas (1) adelante, ó en la plaza de Santo Domingo y en cualquiera destas tres partes que quisieren, y no en otra ninguna calle ni plaza, ni se paren ni detengan en ellas, so pena de cuatro ducados por cada carretada y un ducado por cada carga (2).

«7. Y so la misma pena todos los que truxeren ó sacaren á vender piedra, cal ó yeso y lo vendan en la calle que ay desde la puerta acesoria del hospital de Anton Martin, hasta las casas de Antonio Perez, passado el dicho hospital, y no antes, ni frente dél, ni en otra plaza ni calle desta villa (3).

»8. Que todos los que hizieren ó vendieren ó sacaren á vender qualesquier obras de madera, hierro ó cobre, ó azero, ó otro qualquier género de madera y metal viejo ó nuevo, lo vendan en sus casas y tiendas y no lo saquen á vender á las citadas plazas y calles públicas, sino fuere en tiempo de feria, so pena de tres ducados: lo qual no se entienda con los forasteros que truxeren á vender las dichas obras y mercaderias de fuera parte y parasen los dueños en los mesones desta villa.

---

Red de San Luis y Plazas de la Cebada y de Santo Domingo, bajo el calificativo de *bodegoncillos*, para diferenciarse, sin duda, de los que se establecieron alquilando habitaciones á propósito. Aquellos que quedaron al aire libre fueron siempre objeto de protesta por parte del vecindario próximo.

(1) Hoy casa del café Fornos.

(2) Ignoramos la situación de la plaza de la Madera. Supónese, no sabemos si con fundamento, que se hallaba en la encrucijada que forman las calles de Toledo, Humilladero y Calatrava, cuyo espacio, según el plano de 1656, parece abarcar alguna mayor extensión de la que ahora tiene, tanto que había una fuente en su centro. El punto designado en la calle de Alcalá debió trasladarse luego á la confluencia de las calles del Caballero de Gracia y de San Miguel, delante del parador de Barcelona, porque este sitio llevó durante mucho tiempo la denominación de Plazuela de la Paja.

(3) Esto viene á confirmar la aseveración de Mesonero Romanos, que asegura haber sido casa de campo de Antonio Pérez el Colegio de Santa Isabel, fundado por Felipe II en una de las fincas confiscadas al famoso secretario.

»9. Que todos los carpinteros, silleros, ensambladores, entalladores, cocheros, carreteros, rejeros y herreros no tengan ni saquen á las dichas calles sus oficiales, materiales, herramientas, bancos de sus oficios, ni otra ninguna cosa que ocupe las dichas calles, ni salgan á trabajar á ellas fuera de su tiendas, sino que los recojan y tengan en ellas, so la misma pena de los tres ducados: lo qual todo no se entienda con los que biben ó tienen tiendas debaxo de los portales de la plaça y calles donde ay los dichos portales, que á los que estan debaxo dellos se les ha de dar la órden y límite que han de guardar.

»10. Que todos los maestros y oficiales de esparteria así los vezinos como forasteros bivan y moren y vendan la dicha esparteria en las calles y partes que por los señores de la dicha junta les será señalado. Y lo mismo hagan y cumplan los tintoreros, alfahareros y alcalleres (1) y no en otra parte alguna. Para cuyo efecto se les manda que dentro de diez dias presenten en la dicha junta memorial de sus nombres y de sus casas y moradas, y si son propias ó alquiladas. Y lo mismo se ordena y manda á todos los herradores que tienen bancos de herrar en las plaças y calles públicas, aunque los tengan frente de las puertas de sus propias casas, para que hecho número y registro de todos ellos, se les dé y reciban la órden que han de guardar y tener en los sitios donde han de usar todos los dichos oficios.

»11. Que todos los mercaderes de sedas, paños, lienços y los freneros, guarnicioneros, espaderos, silleros, tundidores, doradores, roperos, jubeteros, (2) corredores, cabestreros y cajeros, carpinteros, torneros y otros qualesquier oficios que tienen tiendas debaxo de los dichos portales de la dicha plaça mayor y calles Mayor, de Toledo y de Atocha, dentro de los dichos diez dias parezcan en la dicha junta dos personas de cada uno de los dichos oficios á recibir la órden, limite y medida que han de guardar en el aprovecharse y ocupar los

---

(1) Lo mismo que alfareros.

(2) Los que hacían y componían jubones y otras prendas.

dichos portales, dexando por ellos paso público, con apercibimiento que pasado el dicho término, sin los más citar llamar ni oyr, se les dará y publicará la dicha orden.

»12. Que todas las personas que labraren y edificaren ó reparasen, ó hizieren otra qualquier obra en qualquier casa desta villa, de qualquier calidad y dueño que sea la dicha casa y obra, no ocupen ni echen en las dichas plaças y calles públicas la tierra, cascote, arena y las demás inmundicias que sobren de las dichas sus obras, sino fuere para hacerlo llevar luego al campo, para cuyo efeto y para buscar quien se lo lleve lo puedan tener en las dichas calles públicas diez dias y no más, so pena de dos ducados, y que á su costa el alguazil que por esta villa está nombrado para hazer quitar los dichos terreros, (1) los puedan hazer quitar á su costa, y buscar y concertar quien los lleve, citando el dueño de la dicha obra para el dicho concierto: el cual les pase perjuyzio como si ellos mismos lo hiziesen, precediendo la dicha citacion, y el dicho alguazil les pueda sacar y vender bienes para hazer pagar la costa de llevar los dichos terreros: demás de la pena en que fuesen condenados segun dicho es.

»Y porque venga á noticia de todos, lo mandaron pregonar públicamente en esta villa y lo firmaron de sus nombres. En la villa de Madrid á veinte y nueve dias del mes de Enero año del Señor de mil y quinientos y noventa y uno.—El licenciado Ximenez Ortiz.—Luys Gaitan de Ayala.—Por su mandado Francisco Martinez.»

Las presentes Ordenanzas se publicaron el mismo día de su fecha en la Plaza Mayor, en la de San Salvador y en las Puertas de Guadalajara y Santo Domingo, por voz de Pedro de Madrid y de Baltasar Sánchez, Pregoneros públicos.

El documento es curioso por las noticias que encierra respecto á costumbres de la época, y viene á demostrar que la necesidad de establecer y desarrollar la policía urbana no fué desconocida en tiempo de la Casa de Austria, como algunos escritores, más apasionados que verídicos, nos han hecho

---

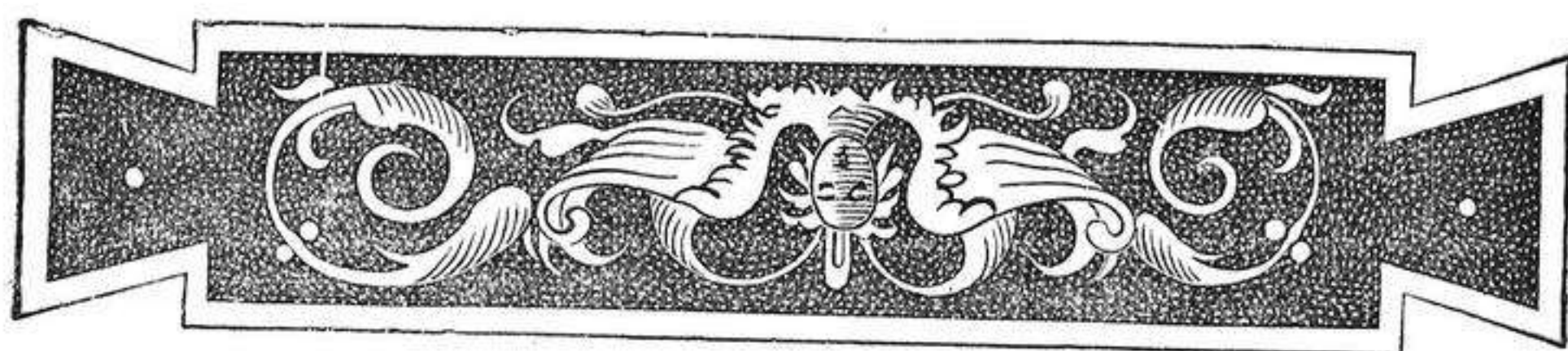
(1) Montones de tierra ó cascote producidos por una obra.

creer. Confesamos que estas Ordenanzas no responden cumplidamente á la exigencias que el establecimiento de la Corte traía consigo, pero sirven para rebajar en algo la cuenta de cargos que contra la administracion edilicia de nuestros antepasados nos presentan los cronistas de Madrid.

CARLOS CAMBRONERO.







# EL JUBILEO PONTIFICIO

## Y EL GOBIERNO DE ITALIA

### *Conclusión (1)*

**D**E muy diversa manera que los Depretis y Crispis, comprendía el mismo Cavour el problema de la unidad italiana. Al proclamar como lema de su política «la grandeza para el Pontificado en el seno de Italia grande y una», entendía que á los Estados de Italia con el Papa Soberano é independiente, les corresponde ocupar elevadísimo puesto entre las naciones latinas. Entendía que si su fuerza y elementos de poderío no les dan el lugar preeminente en el orden del dominio material, en cambio por las grandes tradiciones de un nobilísimo suelo, y sobre todo por encerrar en su seno al Pontificado, base esencial del edificio europeo y clave de la cristiandad, le corresponde el primer puesto moral entre las naciones cristianas. Pero Italia sin el Papa es una nación sin destinos; Italia sobre todo, colocándose frente á frente del Pontificado y del catolicismo, es nación destinada á las mayores humillaciones.

En vano aquellos gobiernos intentan demostrar en protocolos y debates parlamentarios, que la querrela de la Casa de

(1) Véase la pág. 258 del número anterior.

Saboya con el Pontificado es cuestión que únicamente atañe al orden interior de Italia. Los estadistas están tan convencidos como el creyente, de que si las cuestiones de soberanía afectan siempre al derecho público internacional, más particularmente todavía, los conflictos concernientes á la soberanía pontificia, no sólo entrañan problemas políticos internacionales, sino también gravísimas perturbaciones católicas, es decir universales, y que por ellas la actual unidad italiana es incompatible con el catolicismo.

Los católicos, que nunca pudieron comprender que Roma se perteneciera á sí misma, ni á los Cardenales, ni á los Papas personalmente, sino al catolicismo entero, mal pueden conformarse ahora con que pertenezca á una nación extranjera. Por esto contra la Casa de Saboya, reclaman en ella una patria común donde los fieles de todas las naciones se sientan con iguales derechos; y la ofrenda de la piedad, y la instancia suprema de los negocios eclesiásticos y de los casos de conciencia, y el desempeño de las más altas magistraturas de la cristiandad, no se convierta en caudalosa corriente destinada á riqueza y engrandecimiento del extraño. Por esto, dentro de diez días como dentro de diez años, bien sea con ocasión de un Congreso para la pacificación y desarme de Europa, ó bien al reunirse en cónclave los venerables ancianos que designan al sucesor de Pedro, ha de llegar el momento en que del fondo de las naciones protestantes y cismáticas, como desde los Consejos de los gobiernos católicos, desde el Oriente como del Occidente, resuene un clamor irresistible de los fieles pidiendo ante Cardenales y plenipotenciarios, al Papa libre, ó lo que es lo mismo, al Papa-Rey. Y los reyes de Italia, si no han venido á reconciliaciones previas con el Papado, tendrán que ir á arrodillarse en Canosa, dejando á la ciudad común y universal, neutralizada como Metrópoli de las naciones bajo la garantía de todas las Potencias, á fin de que el Papado tenga en ella esa soberanía plenaria, que es como la manifestación fundamental y el asiento necesario de su independencia.

Por lo demás, el mundo ha contemplado con motivo del jubileo sacerdotal de León XIII tales majestades de la supremacía espiritual, que ellas eclipsaron el fausto del memora-

ble jubileo de la Emperatriz más poderosa del Universo, soberana de la gloriosa nación británica que como madre de una raza dominadora ha enviado á sus hijos por toda la superficie de la tierra para fundar media docena de Imperios, «en medio de cuyo concierto parecía asomar la aspiración de constituir en cierto modo una iglesia política universal (1).» Y en el jubileo pontificio, más todavía que los esplendores, los incomparables efluvios de adhesión y entusiasmo que conmovieron á todas las gentes y razas de la tierra, y por los cuales, millares de peregrinos de todas las naciones abandonaron en Asia, en Oceanía, en América como en Europa, el reposo de su hogar y el cuidado de su hacienda, para venir á prosternarse á los piés de un anciano, son síntomas que pueden servir á la perspicacia de los ministros de la Italia oficial, para apreciar la vitalidad y el incontrastable empuje del coloso moral que tienen enfrente.

Hoy con tanto motivo quizás como á raíz del episodio revolucionario que inspiraba las observaciones de De Maistre, pueden repetirse aquellas palabras suyas: «El edificio católico, compuesto de piezas políticamente heterogéneas y hasta enemigas; asaltado además por cuanto el poder humano, secundado por el tiempo, pudo inventar de más perverso, destructor y formidable; en el momento mismo en que parecía hundirse para siempre, se afirmó, sin embargo, sobre bases más seguras que nunca, y el Soberano Pontífice, después de la más implacable persecución, consolado por nuevos amigos, por conversiones insignes, por las más gratas esperanzas, volvió á levantar su cabeza augusta, en medio de la Europa asombrada» (2).

¿Cuáles han sido, entre tanto, en este punto, los éxitos del gobierno italiano? ¿Qué grandezas puede oponer á las del augusto huésped encerrado en el Vaticano? Crispi se limita á repetir «que no hay en Roma ninguna cuestión universal; que todos los intereses que allí se ventilan afectan exclusivamente

---

(1) GLADSTONE.—*Cuestiones constitucionales*.—Nuestros primos de allende el Oceano.

(2) DE MAISTRE.—*Du pape*, conclusión.

al orden interior de Italia, que el gobierno no quiere enterarse de lo que ocurre en el Vaticano.» Otro es en torno del mismo Rey Humberto el lenguaje de pensadores más ilustres. «Si Italia puede esperar, exclama el ponente de la ley de garantías, Ruggero Bonghi, también puede esperar el Pontificado; y no veo que el conflicto que está en pie hace diez y siete años, haya amenguado la autoridad espiritual ni siquiera el poder político de la Santa Sede. Tened muy en cuenta que el Papado es uno de los mayores poderes de este mundo. Nada de lo que á él se refiere puede ser indiferente al hombre de cabeza y corazón que escudriñe con mirada algo comprensiva las cosas humanas. Hablar de él con menosprecio, es uno de los síntomas más seguros de pequeñez y ligereza de espíritu (1).» «Desde 1870 hasta el día, no hemos adelantado un paso. La coexistencia política y duradera del Papa y del Rey en Roma, es hoy menos probable que hace once años, puesto que el transcurso de ese espacio de tiempo sin resultado alguno, pone en relieve las dificultades de una solución favorable (2).»

En medio de los hechos ya realizados, ó que á nuestra vista se van realizando; en medio del espantoso desconcierto y anarquía, y de la significación diversa de sucesos y desenlaces en que se mueve cada generación; en medio de este confuso caos con que se traman los acontecimientos y se producen y complican las causas generadoras de la grandeza y decadencia de los Imperios por derroteros siempre imprevistos, que hacen patente la triste condición é impotencia del hombre, la pequeñez de los entendimientos más superiores, la vanidad de las más altas sabidurías, la esterilidad de las supremas habilidades, combinaciones y recursos de los estadistas, para sobreponerse á las circunstancias y dominar por algunos instantes la dirección de su patria por entre el tejido miserable y frágil de pasiones insensatas, torpes móviles, podredumbre, corrupción, intrigas, ambiciones individuales y colectivas de propios

---

(1) R. BONGHI.—*Nueva Antalogía*, 1.º de Junio de 1877.

(2) R. BONGHI.—*Leone XIII e il governo italiano*.

y extraños, no es fácil en lo presente descifrar los arcanos de lo venidero, ni aun siquiera presentir ó entrever con alguna precisión los destinos humanos más inmediatos. Pero aunque nadie sea capaz de comprender en conjunto estos desenlaces, y mucho menos de determinar sus fórmulas concretas, es lo cierto que la historia, conducida por una voluntad superior, que sabe engendrar con los elementos del desorden maravillosas armonías, va formando, de período en período, grandiosas síntesis, que, contempladas desde la cumbre de las edades, presentan á cada época en la unidad de tendencia y espíritu que es como la ley dominadora de su tiempo. Quizás nos hallamos en vísperas de alcanzar una de estas cumbres de la historia, desde la cual nos sea dado abarcar en conjunto toda esta labor de las generaciones que desde la rebelión protestante hasta nuestros días se empujaron sobre la tierra, á modo que en el Oceano la ola impele á la ola. Comprenderemos entonces cómo esta nave misteriosa de la Iglesia, con la dinastía de Pontífices que le sirven de piloto, después de levar anclas en los puertos del mundo antiguo, como arca santa destinada á salvar la civilización de las submersiones de la barbarie, engendró primero la admirable etnarquía cristiana que en el siglo XIII llegó á la plenitud de su florecimiento; y luego, cuando aquella edad concluía, el Pontificado concentrando en el seno de su constitución toda la sustancia del orden cristiano, volvió á salvar la tradición apostólica del desgarramiento de los cismas, de la resurrección del paganismo envuelto con las galas del Renacimiento, y de las explosiones de barbarie moral de las revoluciones contemporáneas, á fin de que con esta tradición sacrosanta fuera otra vez la Iglesia madre y educadora de las civilizaciones que empiezan hoy á germinar por otros mares y continentes.

Tal vez con estas seculares alternativas en que á cada raza ó nación le tocan encumbramientos ó escarnios, sonó para las naciones latinas la hora en que, perdida la supremacía militar á la par que la supremacía espiritual, dejándose arrebatarse el centro político de los Césares y las preeminencias de la tiara, tengan que cruzar largos siglos degeneradas, impotentes, envilecidas, conservando sólo de sus grandezas pasadas recuerdos cuyas

glorias únicamente sirvan para mayor contraste de las afrentas. Tal vez, de ahora en adelante, avasalladas por otros pueblos que supieron equilibrar mejor el conjunto de aquellos elementos morales y materiales que producen la supremacía, las razas latinas aparezcan condenadas á larga servidumbre y trágica decadencia; y gangrenadas por su corrupción culta y las sofisterías bizantinas acerca de la soberanía inmanente y la soberanía detentada, representen en el concierto de la cristiandad el triste papel de los histriones atenienses en los corrillos del Foro romano, ó del bufón grotesco é ingenioso en los séquitos reales. Mas aunque estos sean los destinos aciagos que sobre nosotros se ciernan, aunque unos pueblos retrocedan ó se extingan y se transplanten de unas á otras regiones los emporios del poder, de la riqueza y de la ciencia, la humanidad y la historia proseguirán su marcha, teniendo siempre en la más alta primacía al Pontificado á manera de arca santa de las verdades madres, y clave para los conciertos providenciales entre la fuerza y el derecho, sin los cuales no se dará jamás una autoridad capaz de regir sociedades humanas.

De todas suertes, ya sea que las naciones latinas resulten bajeles tripulados por locos y destinados á estrellarse contra el peñasco del Pontificado; ya sea que el alma de su nacionalidad despierte en ellas por último los grandes instintos de la propia conservación, y en medio de las angustias supremas del naufragio se acojan de nuevo al amparo de ese centro común, que es como la roca secular que defiende la supremacía y hasta la misma existencia de la gente latina; de todas suertes, decimos, debemos contar de ahora en adelante como principal factor en este problema, con una acción é influencia cada vez más decisiva é incontrastable de las extremidades más lejanas en el orbe católico, imponiendo de nación á nación y de continente á continente el respeto de los fueros que la conciencia católica tiene por esenciales. Para ello, entre los rincones más apartados de la tierra se han creado hoy lazos y vínculos más estrechos que los que religaban hace un siglo á las provincias de un mismo reino; y se transmite el pensamiento de uno á otro polo del mundo con la misma rapidez

con que asoma en nosotros desde el fuero interno á los labios. Esta maravillosa unificación que por la electricidad y el vapor alcanzan hoy todas las naciones y razas de nuestro planeta, á ninguna institución y soberanía sirve y ampara como á la que por la propia esencia de su disciplina abarca en la jurisdicción de su imperio al mundo entero.

Vano empeño sería el pretender determinar desde ahora con fórmulas concretas la forma de soberanía temporal que en los días venideros habrá de revestir la tiara pontificia; pero á todos se impone que es indispensable para el progreso humano mantener segura la existencia del Pontificado, y que en medio de las revueltas de los tiempos, ninguna nación de Europa, y menos todavía los retoños cristianos de América y Oceanía, que á la vuelta de un siglo constituirán Imperios más colosales que los del viejo mundo, pueden consentir que Italia custodie sola, ni como carcelera, ni aun como protectora, la gran institución en que descansa el porvenir de la civilización y de los más altos destinos humanos.

El gobierno italiano, en el acto de la conquista, procuró con su ley de garantías dar satisfacción á este sentimiento de la cristiandad. Mas ni el Pontificado ni las naciones aceptaron entonces esta ley de garantías, y menos la han de sancionar ahora con la experiencia de la impunidad sistemática de los desmanes de las turbas soliviantadas por sectarios y con la complicidad premeditadas asechanzas gubernamentales. La experiencia sobre esto, es ahora completa después del despojo de las casas generalicias y de los bienes de la Propaganda; después de la afrentosa destitución de los próceres que como síndicos del Municipio romano creyeron compatible su cargo con el cumplimiento de los deberes de la conciencia católica; y sobre todo, después de las repetidas declaraciones de aquel gobierno, anunciando en el Parlamento que la ley de garantías es compromiso que sólo atañe al orden interior de Italia (1).

---

(1) Véase la protesta del Presidente del Consejo de Estado del reino de

Más solemne todavía era el compromiso de honradez y justicia que imponía como sagradas á la Casa de Saboya las fronteras del Estado pontificio; y sin embargo, arrojando de improviso su ejército por la brecha de la Puerta Pía, violó en términos que repugnan á las mismas tribus de la barbarie, el derecho de gentes, el sagrado de las fronteras, el respeto y legitimidad de la posesión tradicional, y la inviolabilidad de los pueblos en el seno de la paz. ¿Cómo aspirar, con tales precedentes á la confianza de las naciones cristianas?

Además, por la forma misma de su otorgamiento, esa ley no tiene en definitiva otra garantía que la discrecional voluntad y buena fe de quien al violentar el derecho público tomó ó dejó lo que quiso. Y aun prescindiendo de lo que puedan tener de sarcástico las invocaciones á la buena fe pronun-

---

Italia, y especialmente la pág. 22 de su folleto *Il potere temporale dei Papi e la legge delle garanzie* (1882):

«Nunca hubo ley de naturaleza más *oportunist*a y *política* que la de garantías, escribe Minghetti. Con ella se trataba de convencer á los Gobiernos y á las naciones católicas, que la desaparición del poder temporal no implicaba la servidumbre espiritual de la Iglesia... Por su antigüedad y por el respeto que inspira el Papado, por los intereses con él compenetrados y las teorías inventadas para darles color, y por los esfuerzos desplegados para mantener su integridad contra la voluntad de sus súbditos, el gobierno temporal parecía á los ojos de la diplomacia un dogma indiscutible... Era, pues, preciso tranquilizar los espíritus, garantizando con amplios y sinceros compromisos, el que una vez los italianos apoderados de Roma, convertida en su capital, el Pontificado y el Sacro Colegio tendrían toda seguridad para el pleno y libre ejercicio de su ministerio apostólico... Pero la ley de garantías no tendrá ya razón de ser y desaparecerá con estas necesidades internacionales, cuando aquí y en otras partes, la separación de la Iglesia y del Estado haya recibido plena realidad en las leyes, y confirmación por la experiencia de los hechos.—*La Iglesia y el Estado*, cap. IV.

Como únicamente hemos querido examinar aquí la cuestión romana desde el punto de vista de su estado actual en los consejos y negociaciones de la diplomacia, prescindimos de enumerar todas aquellas obras sectarias y anticristianas, en las cuales interviene el gobierno, ó como cómplice ó como principal promovedor, al propósito de desarraigar de allí las creencias católicas, para que aquel pueblo pierda toda afección á sus soberanos tradicionales. Aunque alcanzaran completo éxito los esfuerzos sectarios del gobierno italiano, para descatoalizar aquel país, en definitiva sólo conducen á que el catolicismo reclame con mayores apremios el rescate de su metrópoli.



ciadas en medio de circunstancias tales, los católicos, sin acusar á nadie personalmente, sin poner siquiera en duda la buena fe de Víctor Emmanuel y de Humberto, están en el caso de mantener que en la mera buena fe ú honradez de nadie, no se fundan los tratados y las precauciones internacionales (1). Para eso están los protocolos diplomáticos, para eso están los textos, sellos y pergaminos de los tratados, para eso están todos los medios y rúbricas que el derecho internacional tiene establecidos, á fin de pactar y garantizar el cumplimiento de los acuerdos entre Potencias signatarias. Nada más distante de nuestro ánimo que inferir el menor agravio á las personas, pues la injuria no constituye defensa y sólo conduce á quitar la razón á quien la infiere, convirtiendo en agraviador al agraviado; pero al propio tiempo, cuando se trata de la estipulación de garantías sociales, reales y efectivas para estas instituciones soberanas que regulan los más altos y augustos intereses del cielo y de la tierra, se ha de partir siempre de la base de previsión, que en esto impone la realidad de la naturaleza humana. De estas realidades de nuestra naturaleza, no está exceptuada la descendencia de la Casa de Saboya; y por esto en ella como en cualquier otra dinastía, al cabo de ocho ó diez generaciones todas las cualidades y las torpezas de la condición humana han de aparecer, en equilibrio y combinación diversa, pero siempre más inclinadas al mal que al bien. Y dada la certeza de esta premisa, ¿no sería acaso el colmo de la insensatez que la cristiandad fiara todas sus garantías en la mera buena fe de los Soberanos de la Casa de Saboya? Si á estas consideraciones se añaden las de que tales príncipes aparecen con la base de su iniciativa y voluntad soberana, embargada por organismos parlamentarios cuyas volubles é irresponsables mayorías ofrecen incertidumbres todavía mayores que los empeños de honor de una dinastía real en el cumplimiento de una palabra fiada, resulta aún más insensato el propósito de querer vincular la suerte de la cristiandad,

---

(1) Véase BLUNSTCHLI. *Derecho internacional*. Lib. IV. *De los medios de afianzar los tratados.*—*Las garantías.*

á la discreción de los diputados que se sucedan en Montecitorio.

No; el Pontificado no puede depender de la buena fe de la Casa de Saboya, y menos aún de la soberanía del sufragio del cuerpo electoral italiano, y todas las naciones de la tierra que cuenten súbditos católicos, tendrán que ampararlos en breve, concertando como ábitras en defensa del Soberano Pontífice un tratado de garantías, que será, en definitiva, para valernos de una expresión del mismo Cavour: «una paz de religión, un tratado que tendrá, para los días venideros de las sociedades humanas, consecuencias mucho más trascendentales que las del tratado de Westfalia.»

Por todas estas razones, no apoyadas sólo ciertamente en los puntos de vista del creyente, sino fundadas más bien en los cálculos de las escuelas en que Italia inspira con preferencia los actos de su vida internacional (1), deben los estadistas que rigen esa nación comprender que una prudencia patriótica les aconseja realizar hoy, con aparato de generosidad é iniciativa propia, aquello á que la necesidad les ha de obligar luego en términos de dolorosa humillación. Convirtiendo así la necesidad en virtud, acertarán á presentar á su patria ante la cristiandad como la nación más digna del privilegio de inmediata tutela y patronato, quizás como la heredera ó depositaria de la majestad cesárea junto á la encarnación del más augusto poder religioso del mundo.

Ningún problema tan arduo y transcendental, tiene ahora pendiente Italia como el de la soberanía pontificia (2). Mien-

---

(1) SIR CHARLES WENTWORTH DILKE.—La Europa en 1887.—«Aunque el extranjero que asista á una sesión de Montecitorio reciba otras impresiones, la política italiana, sobre todo en lo referente á los asuntos exteriores, procede en realidad de la escuela fría y calculadora de Maquiavelo.»

(2) «El más importante y arduo de los problemas que actualmente interesan á Italia es el de las relaciones futuras entre el Quirinal y el Vaticano. No es esta una cuestión meramente interior, y constituye gran error, en el que voluntariamente incurre la prensa de Francia, Alemania é Inglaterra, el de menospreciar la importancia del poder temporal.»—SIR CHARLES DILKE.—Obra citada.

tras este problema no quede satisfactoriamente resuelto, toda política de engrandecimiento la conducirá á acelerar su ruína, más bien que á un crecimiento de poder. La cuestión romana es su tendón de Aquiles: si no remedia este vicio orgánico, las expansiones en el exterior y los conflictos internacionales, serán para ella causas de flaqueza, ocasiones y peligros de perdición. Más le importa hoy organizarse para conservar que para conquistar; y la clave maestra de su conservación la tiene el Pontífice encerrado en el Vaticano. El catolicismo pide que el Papa sea libre, no sólo por la lealtad é integridad del fuero interno de su conciencia, no sólo por la conducta prudente de un pueblo ó de un príncipe que lo tenga por huésped, sino porque esta misma libertad aparezca como un hecho evidente, incuestionable, demostrado y amparado ante las naciones, por todos los medios con que se acredita en la tierra la plenitud é independencia del poder supremo. Esta libertad implica, pues, la plena y absoluta independencia moral y material; independencia que sólo se alcanza asentándola sobre las condiciones comunes que requiere toda soberanía para existir en medio de las sociedades humanas; es decir, con el señorío de un territorio propio, grande ó pequeño, pero dentro del cual no se conozca otra jurisdicción de cetro y espada que la suya. Si el gobierno italiano no da pronta satisfacción al mundo que se la pide, la cristiandad entera pondrá en entredicho al nuevo reino de Italia, é Imperios de otra raza que la italiana, eslavos ó sajones, acudirán, tarde ó temprano, desde el Septentrión ó desde más allá de los Oceanos, á rescatar del poder de los infieles, la Metrópoli tradicional del catolicismo, la silla apostólica que desde el martirio de San Pedro es mucho más necesaria para la Iglesia que la posesión del sepulcro de Cristo.

JOAQUÍN SÁNCHEZ DE TOCA.

*Madrid 1.º de Febrero de 1888.*



## DOS CARTAS

ACERCA DE LA ACCIÓN DEL ACEITE EN EL MAR

---

I

SR. D. PEDRO DE NOVO COLSON.

**D**ESDE muy antiguo viénese estudiando la interesante cuestión del empleo del aceite para disminuir los peligrosos efectos del mar cuando se alborota. Aristóteles, Plinio, Plutarco, etc., hablan ya de aquella extraordinaria virtud del aceite. Un ilustrado marino francés, el vice-almirante G. Cloué, acaba de publicar una curiosa obrita, titulada *Le Filage de l'huile*, (1) en que trata de dicha cuestión, y aprovechándome de aquélla, voy á hacer algunas indicaciones.

Hasta mediados del siglo último no empezó á estudiarse seriamente el empleo del aceite en el uso indicado. Franklin lo estudió en 1756 y redactó una «Memoria sobre el modo de calmar la violencia de las olas, esparciendo aceite sobre la su-

---

(1) *La filage de l'huile*, par le Vice-Amiral G. Cloué, Membre du Bureau des Longitudes.—París, Gauthier-Villars, editor, 1887. En 4.º, 105 páginas, con 11 figuras.

perficie del mar.» Los bñteleros de la parte Este del Medite-rráneo y los pescadores del Golfo Pérsico se valen del aceite; los marinos de Saint Kilda, al Norte de Escocia, emplean cuando la mar está gruesa, el aceite de los hígados de los peces, logrando así, en algunos segundos, una calma relativa, que llaman *tioume*. Los pescadores de erizos de mar de la costa de Provenza y los de las costas de la Mancha recurren también al aceite en circunstancias análogas.

Pasando por alto las observaciones del holandés Lelweld, Mann y otros, que refiere Cloué, llégase á estos últimos años en los que la oficina hidrográfica de Wáshington ha comunicado vigoroso y persistente impulso á los trabajos relativos al mencionado empleo del aceite. El vice almirante Cloué se dedicó un año entero á estudiar atentamente la cuestión, y, después de haber reunido 285 experiencias, declara que son tan notables los hechos en ellas consignados, que le parece resuelta. Todos coinciden en admirarse de la «maravillosa rapidez» con que el aceite se esparce sobre la superficie del mar, y gran número de capitanes proclaman muy alto que la salvación de sus buques la deben á haber usado el aceite.

Las canoas de salvamento de los Estados Unidos se ejercitan actualmente en el empleo del aceite y llevan sacos llenos de él á proa y á popa. En las embarcaciones que hacen larga travesía, el medio que por lo común se adopta, consiste en valerse de sacos de fuerte lona de unos diez litros de capacidad llenos de estopa saturada de aceite, sobre la cual se echa aún más aceite, se cierra luego fuertemente el saco y se hacen muchos agujeros en su fondo. Algunos capitanes acostumbran colgar un saco de cada serviola, con lo que la proa del buque, al sumergirse y repeler el mar, extiende la mancha de aceite y ensancha el camino liso en que quedan suprimidas las rompientes.

No se obtiene tan buen resultado echando de pronto el aceite, como lo confirma el Sr. Mensbrugghe, catedrático de la Universidad de Gante. «Estudiando hace más de doce años, dice, las condiciones del esparcimiento de un líquido sobre otro, he notado que el aceite al caer sobre una superficie de agua, cubierta ya por una capa de aquel líquido, no se es-

parce, sino que conserva la forma lenticular; de aquí puede inferirse que para producir el máximo efecto útil con un volumen dado de aceite, esto es, la extensión de una capa grasa sobre la mayor superficie posible, conviene verter el aceite en varios sitios y en pequeñas cantidades á la vez; para lo cual podría recurrirse á un aparato pulverizador que lanzara el aceite por pequeñas gotitas en gran número de puntos bastante apartados unos de otros.»

El efecto del aceite es más eficaz en agua profunda que en una barra ó en una resaca de la costa, pero aún en estos dos casos es muy útil.

Los marinos de la costa Norte de Francia, conocen el uso del aceite, pero no lo emplean sino con mucho sigilo, porque creen que lo prohíben los reglamentos marítimos, á causa de que, echando aceite, imaginan que se aumenta el peligro para el buque que pasa después, cuando precisamente ocurre lo contrario.

El vice-almirante Cloué copia las relaciones de muchos capitanes de buques, que coinciden todas en demostrar la favorable influencia del aceite en los temporales.

La oficina hidrográfica de Wáshington ha publicado numerosas observaciones, respecto á la aplicación del aceite en las canoas de salvamento de la Australia, que, desde hace cinco años se ensayan en atravesar los arrecifes durante el mal tiempo, valiéndose del aceite. Curiosos son también los experimentos que reseña Cloué, efectuados en la entrada de algunos puertos ingleses, Peterhead, Aberdeen, Dundee, North Shield y Folkestone, con el fin de hacer posible la entrada durante el mal tiempo.

Se han empleado todas las variedades de aceites con mejor ó peor éxito. El petróleo, y en general, los aceites minerales son demasiado ligeros; algunos aceites vegetales, como el de coco, se coagulan muy pronto en los climas fríos; los aceites de pescado y, sobre todo, los de foca y de marsopla son los mejores.

El aceite no es penetrable por el aire ni por el agua; más ligero que ésta, sobrenada sin mezclarse con ella; la cohesión de sus moléculas es tal, que difícilmente puede transformarse-

le en lluvia; por eso el viento apenas lo divide, y esto sin duda causa su maravillosa facilidad de expansión, y hace que, por delgada que sea la capa de aceite, impida al viento que actúe sobre la superficie del mar que aquél cubre.

El mismo efecto que el aceite ó que otra sustancia viscosa, produce cualquiera cuerpo extraño que forme una capa sobre el agua, como virutas, serrín, etc. Toda materia que dé á la superficie del mar cierta cohesión, da el mismo resultado. Cloué cita dos ejemplos muy notables observados por él.

Por término medio se consumen poco más de dos litros de aceite por hora para lograr el repetido efecto. La clase de aceite, el sistema que se siga para esparcirlo y la velocidad del buque, influyen en la cantidad que se gasta.

Cloué termina diciendo que de ahora en adelante, no debe hacerse á la mar ningún barco sin llevar una provisión especial de aceite con los mecanismos necesarios para valerse de él cuando la mar esté gruesa. También podría utilizarse en determinadas construcciones hidráulicas, y para que no se interrumpán á veces las comunicaciones con los faros flotantes.

El Ministro de Marina de Francia, ha dispuesto que se verifiquen experiencias en los barcos de guerra. El Presidente de la Sociedad central de Salvamento de Náufragos, ha dado las órdenes oportunas para que se emplee el aceite en las estaciones de salvamento.

Usted, mi estimado amigo Sr. Novo, que es Secretario general de la Sociedad de Salvamento de Náufragos en España, y que disfruta de tanto crédito como grandes son su actividad, inteligencia y desinterés, puede contribuir poderosamente á que nuestra patria aplique pronto el aceite para aminorar el número de víctimas, en su mayor parte bravos marinos, que todos los años causan los temporales en nuestras costas.

Que atienda V. mi ruego y que V. y todos los marinos me perdonen el haberme intrusado á hablar de asuntos de que no entiendo, confía conseguirlo S. S.

RAFAEL ALVAREZ SEREIX.

## II

Sr. D. RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX:

Ayer leí, agradablemente sorprendido, el curioso artículo de V., acerca del uso del aceite para calmar las olas. En él me pide, que como Secretario general que soy de la *Sociedad Española de Salvamento*, contribuya á que se emplee aquel líquido en nuestras estaciones, según se efectúa ya en las de la Sociedad Francesa.

Tiempo hace, mi distinguido amigo, que este interesante estudio es objeto muy preferente del Consejo superior de nuestra institución. En el Boletín mensual que publicamos, correspondiente á Mayo de 1886, el Sr. Ricart Giralt, socio de la Junta de Barcelona, me dirigió una carta proponiendo la conveniencia de que, cuando los botes salva-vidas tuvieran que acercarse á un casco náufrago por barlovento, llevaran un barril ó caja metálica lleno de aceite, con un bombillo de mano atornillado, cuyo tubo expelente terminara en manguera de bastante longitud y regadera de abanico. Y añadía: «pero como yo soy muy escéptico en todo cuanto no veo con mis propios ojos, y dudo de esta eficacia superior del aceite, considerando las leyes físicas y mecánicas á que obedecen las olas en sus movimientos y choques contra obstáculos hidrográficos, mi humilde opinión es que, antes de hacer gastos, se efectúen experimentos con un bote salva-vidas.»

Esta Sociedad acogió la idea y determinó que la Junta de Portugalete hiciese los ensayos, y observase los efectos en varios parajes y con tiempos duros. Desde entonces no hemos dejado de estudiar, y hoy puedo manifestar al Sr. Álvarez Sereix, que la *Sociedad Española* tiene perfecto conocimiento



de cuanto se escribe y se ensaya. A más del vice-almirante Cloué, cuya obra *Le filage de l'huile* que V. cita, y que hemos publicado en extracto, podemos recordarle á V. el perfecto estudio de M. Lefebvre, que da una explicación física y lógica del fenómeno de la *acción suavizadora del aceite vertido sobre las olas furiosas del mar*. Cierto es que, desde los tiempos más antiguos se conoce el procedimiento, pues tanto Aristóteles, Plinio y Plutarco, como Homero, Heráclito y otros muchos, hablan de la utilidad del aceite para calmar el oleaje, y esta opinión ha continuado sostenida por Scaliger, Erasmo, Fournier, Cleirac y cien más; en el pasado siglo el ilustre Franklin, realizó experiencias sobre el asunto con admirable constancia, por espacio de treinta años.

Las continuaron Van Leyveld, Berkhey y el abate Mann que publicaron obras curiosas, y este interesante asunto, que fué el tema de muchas discusiones entre sabios y académicos, quedó olvidado casi en absoluto hasta principios del siglo actual; entonces lo revivieron, primero Lecun, después Van Veck, que presentó una Memoria á la Academia de Ciencias de París; para informarla fué nombrada una Comisión de seis miembros, de los que, uno de ellos, Dutrochet tenía en prensa un trabajo análogo.

Pero nada práctico surgía. En 1865, Conseil, capitán holandés, publicó el resultado de sus experiencias, y en el mismo año Alfonso Lefebvre comenzó sus esfuerzos generosos para que el empleo del aceite sobre el mar fuese generalizado como remedio eficacísimo. Pero no sólo los marinos de la costa Norte de Francia, sino los de casi todas las naciones, tienen arraigada la creencia de que la calma producida por el aceite, provechosa al buque que lo emplea, es fatal para el que pase después, y así se explica que supongan prohibido por las leyes y por la conciencia el empleo del aceite, y que no se atrevan á confesar que lo utilizan con éxito en casos desesperados.

Es exacto que las canoas de salvamento de los Estados Unidos se ejercitan actualmente en el empleo del aceite, y llevan sacos llenos de él á proa y popa. También en Inglaterra y Francia se ocupan hoy oficialmente de estas experiencias.

En nuestro país, la *Sociedad de Salvamento* es la que hasta

ahora le concede atención y suma importancia (1); pruébalo que hace años la Junta local de Arecibo posee sus aparatos de aceite aplicados al bote salva-vidas de su estación. El señor Alvargonzález, Comandante de Marina de Gijón, dictó en Octubre último instrucciones á los pescadores de la localidad para el uso del aceite, cuyo empleo les recomendaba, y un mes después aquellos marineros vieron comprobada su utilidad prácticamente. La lancha segunda, *Amparo de la Ciega*, salvada por nuestra Junta de Gijón, hubiérase perdido sin el empleo de aquel líquido.

El patrón de esta lancha dice en su parte: «Durante la travesía, y para librarnos de los golpes de mar que rompían, vertíamos con un lampazo 120 gramos de aceite de hígados de lija que de reserva llevábamos en una lata para guisar, y como los efectos eran muy buenos, luego machacamos todo el cebo consistente en sardinas con los hígados de algunas merluzas, para emplearlo con el mismo objeto, faltándonos muy poco para concluirlo cuando fuimos socorridos.»

Recientemente W. Meissel, marino alemán, ha inventado un cohete que lleva unido un cilindro lleno de aceite con un cartucho explosivo; al estallar el cohete á cierta distancia del buque ó costa que lo dispara, se esparce el aceite en gotas menudas en una extensión de mar de 200 ó 300 piés cuadrados, y en todas las experiencias hechas por el inventor, el efecto ha sido prodigioso. Muy pronto, tal vez, quedará sancionada la bondad de este invento, y la *Sociedad Española* ha acordado ya que en varias de sus estaciones se hagan ensayos prácticos con dichos cohetes; en caso de buen éxito, poseerá pronto los necesarios para el uso de sus botes salva-vidas, que á veces no pueden llegar al costado del buque naufrago, por las rompientes que le circundan. El aceite derramado sobre esta barrera la hará franqueable, y quizás así se destruya la más seria dificultad que surge siempre para efectuar un salvamento.

---

(1) También se la conceden y muy grande algunos periódicos de la costa, y principalmente *El Noticiero Marítimo*, de Barcelona, y *El Atlántico*, de Santander. En Madrid, *El Boletín de Faros*.

Más aún, amigo Sereix: en cuanto la práctica acredite á este cohete, nuestra Sociedad propondrá al Gobierno que ordene su empleo en las marinas de guerra y mercante, bien persuadida de conseguirlo; y en prueba de ello, y para que V. lo sepa con satisfacción y lo sepa el país, dígole que la *Sociedad Española de Salvamento*, en sus siete años de vida, no sólo ha atendido á su desarrollo y logrado establecer en el litoral cuarenta y ocho juntas locales que funcionan, dotar á la mayoría con un material perfecto, cuyo coste alcanza cerca de dos millones de reales, y con cuyo material ha salvado de las olas 400 vidas de náufragos, sino que para prevenir y evitar los siniestros marítimos ha solicitado y obtenido de Fomento y Marina casi todas las disposiciones siguientes: que no se permita salir á navegar buque alguno sin condiciones de seguridad completa; que se provean de brújula todas las embarcaciones menores dedicadas á la pesca, principalmente en las costas donde las nieblas son frecuentes; que se acepte nuestro estudio acerca del valizamiento de las costas de España, y que se cumpla la Real orden de 11 de Octubre de 1880 sobre servicio del centro de meteorología marítima; que se mande de Real orden el uso de chalecos salva-vidas á todos los pescadores; que se valicen los bajos de la *Perla*, los que existen á la entrada del puerto de Palamós, y que se vuele el bajo de los *Cochinos*, á la entrada del puerto de Candás; que se nos permita determinar la enfilación del bajo *Picacho*, en Sanlúcar de Barrameda, y que se coloquen luces rojas en los extremos de las obras que se practiquen en los puertos.

Nuestra *Sociedad*, además, ha emitido informe, solicitado por Marina, determinando el material de salvamento en cada uno de los buques de guerra, según sus capacidades; ha emitido un estudio, también solicitado por Marina, acerca de los aparatos y útiles de salvamento que deben llevar los buques mercantes, y condiciones que éstos deben reunir para la navegación. Hemos dotado de útiles de salva-vidas á varios faros de la Península, y nos proponemos dotar con ellos á toda la red; se ha comenzado la construcción de una pasarela ó tangón en el puerto de Gijón, costoso, pero utilísimo para los náufragos; y por último, nuestra *Sociedad* ha tomado la iniciativa y

gestiona actualmente la celebración de un *Congreso internacional de alumbrado y señales marítimas*, al que se invitarán todas las Sociedades de Salvamento establecidas en Europa y en América.

Perdone V. que haya divagado un poco para hacer el elogio de esta hermosa institución; pero si V., que no es marino, sino distinguidísimo Ingeniero, y que no vive dentro de aquélla, encuentra un placer en aconsejarla, debe disculpar que los que día por día nos conmovemos con la relación de salvamentos efectuados por héroes humildes; los que á través de ella vemos á la humanidad bajo un prisma de hermosura gigantesca, pues á un acto de valor que registramos, sucede otro de caridad sublime, manteniéndonos dentro de una atmósfera que embriaga, enorgullece y subyuga al punto de encadenarnos á su servicio sin esperanza de lucro; V. disculpará, repito, que concluya diciéndole: la *Sociedad de Salvamento de Náufragos* establecida en España, con sus 5.000 socios, sus 48 estaciones, sus 100.000 pesetas de renta, sus 400 existencias salvadas y su fe en el porvenir, es en este país la misma cosa que de mi amigo Menéndez Pelayo (por su erudición) dice el gran maestro y también mi excelente amigo Tamayo y Baus: *Es un milagro del siglo XIX.*

¿Qué mayor elogio de su utilidad y de su energía? Vive y medra por encima de la apatía y de la inconstancia de los españoles. En Europa es un mentís; en España una interrogación.

PEDRO DE NOVO COLSON.





## REVISTA DE TEATROS

---

**D**ARECIÉNDONOS difícil dar cuenta á nuestros lectores del arreglo ó traducción que se ha de estrenar á fin de semana en el Teatro de la Comedia, vamos á ocuparnos del que, calificado de cuadro dramático, ha escrito con el título de *El Mayordomo* D. Valentín Gómez, aun á riesgo de ocuparnos después del mismo teatro, si la premura del tiempo no frustra nuestro buen deseo.

Si fuéramos á juzgar sólo la forma de la última producción del Sr. Gómez, pronto y fácilmente saldríamos de nuestro compromiso, con sólo declarar paladinamente que es tan bella como inspirada, conteniendo rasgos de genio poético de los que siempre hace alarde el citado autor; pero (y en los peros está el quid) no constituye la forma por sí sola un drama ni siquiera un *cuadro dramático*, género excepcional que ha necesitado siempre condiciones especiales para sentar sus reales en la escena, habiéndolo conseguido pocas veces, y siendo escasos, y si se quiere contados, los que hoy sobreviven en ella.

Un genio superior necesitan esta clase de composiciones, y una idea ó pensamiento tal y de tal fuerza, que baste por sí solo para suplir el interés, la trabazón y *ensamblé* de accidentes y situaciones de que generalmente carecen, defendiéndolas

únicamente la grandeza del pensamiento capital, la sublimidad de los conceptos, lo maravilloso de la inspiración, la fluidez del diálogo, y una interpretación, si no perfecta, análoga por lo menos, á las condiciones esenciales de la composición dramática.

Si el autor que acomete esta empresa, á primera vista de poca importancia por no constar sino de un acto, las más veces corto, no quiere recorrer con su pluma y su imaginación el terreno de lo heroico que hemos indicado someramente, entonces penetra en la deliciosa y florida senda del idilio dramático, y ya sabe el Sr. Gómez, que ha escrito *La Flor del Espino*, lo que se necesita para llegar á la meta de sus deseos, y no hemos de ser nosotros los que se lo recordemos.

Ni en una ni en otra esfera de las indicadas está comprendido su último trabajo: para la primera le falta asunto, grandeza y sublimidad; para estar dentro de la segunda, carece de inspiración, de interés, que en estos cuadros más que en los otros, forma parte integrante de la obra, en razón á que en los asuntos, cuya base capital son las acciones heroicas y los grandes hechos históricos ó las grandes pasiones y los sublimes afectos, la misma importancia y notoriedad de los unos y de los otros, impresiona de tal manera, que estando adornado de una versificación fluída, rica en conceptos y pletórica de inspiración, suple lo que de interés le falta; no así en el idilio, donde los resortes del sentimiento, las emociones puras y los tiernos afectos del alma, constituyen su primer elemento, y el interés es necesario para que con su ayuda la impresión sea más profunda y el sentimiento más hondo y tranquilo, supliendo la falta de situaciones, que son precisas, como en toda composición dramática, la ternura de la frase y lo delicado del asunto, como en las anteriores la fuerza del diálogo y la situación general y genuina del *cuadro*, que para que en nuestra humilde opinión llene su objeto, debe en uno y otro caso basarse en una sola y única situación que sea la constitutiva de la acción dramática, aunque á primera vista parezca esta opinión demasiado exagerada y compleja.

Considerada en general la última producción del Sr. Gómez, no podemos menos de repetir lo que dijimos respecto

al drama del Sr. Coello *La mujer de César*: que está en razón inversa de la época actual, con la diferencia de que en *El mayordomo* no hay asunto, y si le hay es trivial, contagiando á su desarrollo y á las situaciones, que todas padecen del mismo mal.

La ejecución, en contra de lo que estamos acostumbrados á ver en el Teatro de la Comedia, dejó mucho que desear, exceptuando al Sr. Mata, que tuvo momentos de verdadera inspiración, y la niña que toma parte en la representación. La Srta. Tenorio y el Sr. Sánchez de León, no llenaron, á nuestro juicio, su cometido, por más que nos sea forzoso confesar, que lo embrollado y poco verdadero del asunto capital del cuadro dramático, hace que los caracteres no estén bien definidos, sobre todo estos dos, y que, por lo tanto, el actor no pueda expresarlos fielmente.

\*  
\* \*

Para invertir el espacio que nos dejan libre los teatros de Lara, Eslava, Apolo y Martín, en los que se han estrenado las obras cómico líricas *Casa Editorial*, primera producción de los Sres. Arniche y González Canto, con música del maestro Taboada; *Cascarilla y Lluven regalos*, de Navarro Gonzalvo, la primera, y de éste y el malogrado Górriz, la segunda; la repetición de *Sueños de oro* y *Cuba libre*, la *Estrella del Arte* y *Dos Canarios de café*, de Liern y el maestro Rubio, de las cuales no hemos visto sino las referidas de Apolo, y eso hace ya bastante tiempo, sin ser culpa nuestra, vamos á emplear este espacio libre, como hemos dicho al principio, para participar á nuestros lectores el fallecimiento del popular actor D. Ricardo Zamacois, nota triste que descuella siempre en el pentágono de esta vida caduca y percedera.

No haremos su biografía, hasta la saciedad conocida de todos los aficionados al teatro; sólo sí diremos que pertenecía al número de esos seres en que la mano pródiga de la Providencia derramó los tesoros del genio, los que, como otros muchos, arrojó el Sr. Zamacois por la ventana de su indiferencia, sin dejar otras huellas en su paso por la escena española, que el

recuerdo de lo que ha sido, velado por el de lo mucho que hubiera podido ser si la naturaleza humana, terrible dictadora del hombre, no le hubiera extraviado del glorioso camino del arte, en el que hubiera llegado á superior altura, como lo prueba los indelebles rastros impresos en inmemorables obras que deja marcadas con el imborrable sello de su indiscutible talento.

El terreno del teatro es en extremo resbaladizo, y á medida que la sociedad se va aproximando á él, se contagia del mismo mal; por eso el que, encerrado dentro de su ámbito sale victorioso de los peligros que incesantemente y de improviso le acometen, es dos veces héroe, dos veces genio y dos veces inmortal.

Verdades son estas que no sentarán bien á los que presuman que no hemos sentido su pérdida como el que más; pero en cambio, no serán rechazadas por los que, como nosotros, comprendan que toda profesión, arte ú oficio, y sobre todo, el que se desenvuelve emitiendo opiniones y formando juicios sobre los actos de los demás, se convierte en una religión si se encamina á procurar el bien ajeno, y partiendo de esta base, los elogios exagerados en esta época incrédula y maliciosa, por un lado, y fanática y supersticiosa por el otro, ó producen el ridículo, en vez de la admiración y el sentimiento, ó son una piedra artificiosa y cautelosamente colocada para que en ella tropiecen y caigan los incautos.

Con verdadero júbilo nos ocuparemos del drama titulado *El suicidio de Werther*, primera producción de D. Joaquín Dicenta, estrenado en el Teatro de la Princesa.

Dos puertas tiene siempre abiertas la escena española para los que quieren dedicarle sus afanes y los productos de su inteligencia y su talento.

La del favor es la una, la de la prensa la otra; la del mérito está casi siempre cerrada, y cuando se abre es un fenómeno tan inexplicable como inesperado.

Los pomposos elogios y exagerados ditirambos, á fuerza de prodigarse tanto, engendran la duda, entibian el entusiasmo imparcial, ponen en guardia la buena fe y el recto juicio, y ahogan, asfixian y enloquecen al que los recibe, que al sentir



el estrecho abrazo del primer actor que comparte con él sus triunfos, aún no se ha cerrado la herida, que éste, al leer su obra, le infirió ó con su marcada incertidumbre ó con su irresistible frialdad; esto estriba en que cuando se adoran ídolos de barro se desprecian los de oro; y al transformarse los unos en los otros, pasando por el crisol del recto juicio y la severa é imparcial crítica, la víctima se convierte en verdugo, el esclavo en señor.

Cuando oimos decir que el empresario, actor ó director de escena lloró al contemplar el primer triunfo del novel autor, no se nos oculta que al través de aquellas lágrimas brilla la glacial sonrisa con que acogió su primer paso en ese calvario en el que mueren todas las esperanzas, y resucitan las fibras más delicadas de la dignidad y el noble orgullo.

De aquí resulta que la comedia representada diariamente entre bastidores perjudica mucho á las que vemos en la escena, y que ganará mucho el arte y la literatura dramática si llega un día en que el actor, dando de mano á la comedia social, lo sea sólo en las tablas, oasis de sus esperanzas y templo de sus glorias.

No le parecerán absurdas al Sr. Dicenta estas reflexiones y menos ahora que habrá estrechado muchas manos que antes no vió tendidas en su auxilio y muchas frases que durante su peregrinación no se dejaron oír, clamando contra la arbitrariedad y la injusticia.

Aquéllos tan parcos entonces y tan pródigos ahora, nos tacharán de ridículos Aristarcos, filósofos rancios, porque sin dejarnos arrastrar de entusiasmos tan momentáneos como exagerados, y sin mezclar en la crítica incidentes ajenos á ella, tales como si lloró mengano ó fulano, y si estrechó la mano de ésta ó aquélla, ó si el atolondramiento social fué un lenitivo á sus amarguras; juzgaremos el primer drama del señor Dicenta á la luz del frío criterio, sin dejar hueco ni resquicio alguno por donde pueda ingerirse la hoz de la adulación ni la guadaña de la envidia que extingan ó sieguen la prodigiosa mies de tan fértil campo.

\*  
\* \*

Comenzando por la idea que preside la creación dramática, confesamos sinceramente que no la comprendemos dentro de las que pueden encerrarse en el amplio marco del teatro, y rechazamos, como consecuencia natural, el problema que de la misma se desprende, porque al pretender resolver si es más legítima la paternidad que nace de los afectos particulares, que la maternidad, producto de la Naturaleza, es exponerse á correr el riesgo inminente de sentar principios que destruyan y aniquilen las fibras más delicadas del sentimiento maternal, único que en la sociedad actual, contaminada por sistemas y teorías que tienden á romper los más fuertes lazos del corazón, se conserva, si no incólume, rodeado aun de un culto innato en el alma humana, y de una aureola que contrarresta las negras nubes de la incredulidad y de la indiferencia, que tienden á oscurecer sus resplandores.

Y no se advierte sólo este peligro, sino que, además de no ser iguales los términos del problema, porque aunque á primera vista no parezca así, entre los afectos maternales y paternales media una grande diferencia y marcada distancia, y el vulnerar en el teatro el cariño maternal, como en esta ocasión sucede, es exponerse á en vez de corregir, no un vicio social, ó castigar un crimen, como es el infanticidio, á herir de muerte aquel sentimiento, despojándole de su grandeza y sublimidad, caracteres que ni las opiniones ni las sectas, ni las escuelas filosóficas, ni las revoluciones, ni los partidos, ni las teorías más absurdas, ni los dramaturgos anteriores á Moratín se han atrevido á combatir directa ni indirectamente, habiendo flotado siempre puro y siempre respetado desde antes que el cristianismo regenerara la sociedad, apareciendo entonces como luminoso faro en medio de la lóbreguez de los tiempos y de la oscuridad de la inteligencia.

El autor dramático, propiamente tal, ó el que aspira á serlo, debe poseer, entre otras cualidades, la del tacto para tratar los asuntos y el conocimiento de la sociedad en que vive y para la que escribe, sin olvidar el respeto que merecen sus instituciones, sus creencias, y, si se quiere, hasta sus defectos y sus desvaríos, ya pertenezca la obra, producto de su inteligencia, al género cómico ó al dramático; sin estas condiciones y con

unos cuantos amigos que presten su oficioso apoyo, se puede ser genio á poca costa y por poco tiempo.

También es preciso no olvidar que es tan punible el mal que se hace, como el bien que se deja de hacer, y en esta responsabilidad cae siempre el autor, si después de haber elegido un asunto tan peligroso como el del *Suicidio de Wherter*, no tiene el ingenio necesario para corregir el vicio sin maltratar la virtud; y en esta ocasión, y á despecho de cuanto digan sus admiradores del momento, no le ha tenido el Sr. Dicenta, que podía haber hermanado el abandono materno, fenómeno horrible más apto para servir de objeto á una obra filosófica que para un drama, con el heroísmo maternal que vive siempre dentro del templo que le eleva el corazón humano, y de este modo hubiera probado hasta dónde puede llegar su talento, y haber ahondado el abismo abierto en las sociedades modernas, más peligroso en el teatro que en ninguna parte, por ser el punto céntrico á donde acuden lo mismo el sabio que el ignorante, y el bueno que el malo, y las ideas allí vertidas pueden ser impulsadas al terreno del bien ó del mal, y elevar un monumento al genio ó abrir una sima á la virtud.

\*  
\* \*

Si de aquí pasamos á la estructura y forma del drama, permítasenos declarar, que está hecho bajo el prisma y siguiendo la norma de los buenos modelos de hacer comedias, y revela el embrión de un autor que verá logrados sus sueños y bien cimentada su gloria, si no se desvanece con triunfos efímeros, y aplausos más bien nacidos del cariño que de la justicia.

Su primera producción dramática, como primera, es digna de encomio, admiración y del lisonjero éxito que ha merecido; pero de esto á convertirse en todo un maestro como han pretendido sus exagerados admiradores, media una gran distancia, porque en toda la obra se revela la inexperiencia propia de la juventud, si bien no tan disculpable como antes, por los modelos que se pueden imitar y la facilidad de aprender.

El primer acto es un buen acto, la exposición clara y su-

cinta y el conjunto armónico, por más que salido de Carlota, madre de Fernando, no parece, según algunos, oportuno y bien pensado; pero nuestro juicio no descompone el cuadro en absoluto; lo que se observa más en el desarrollo de la acción, hija de la inexperiencia, son resortes forzados, tales como los personajes que interpretan las Sras. Gillén y el Sr. Rivelles, colocados sólo para que los principales interlocutores desdigan lo que el autor quiere que sepa el público, sin que sean partes integrantes de la acción, y que parecían llamados con campanilla en ciertos momentos, tal como la salida del referido Sr. Rivelles en el final del tercer acto, y las escenas parciales que se disgregan de la acción principal y que contribuyen á su desarrollo, no de un modo directo y armónico, sino indirectamente y sin entrañar, dramáticamente hablando, con la idea capital.

Respecto á los caracteres, el mejor trazado si bien no de un modo completo, es el del personaje que está á cargo de Donato Jiménez, protector de Fernando, al que recogió cuando le abandonó su madre, teniendo á veces algo de incongruente en razón á que el hombre de tantas virtudes y de tanta abnegación, sea propenso á creer que en la madre de Fernando no puede nacer el amor materno, lo que revela algo de egoísmo mezclado con el cariño paternal que le inspira su protegido, teniendo en cuenta, que en aquellos momentos Fernando ha llegado al pináculo de la fama por el cuadro que representa el *Suicidio de Wherter*, é hijo de su inspirado pincel.

Carlota, la madre de Fernando, tampoco es un carácter, pues no se sabe si el sentimiento materno, que tantos años ha sabido ahogar, despierta por el orgullo propio de las mujeres de mundo de tener un hijo, universalmente celebrado, ó si, oyendo hablar de él, ha surgido ese afecto tierno y desinteresado: en uno ó en otro caso, el autor debía haberse inclinado al uno ó al otro extremo, en vez de insistir en un sentimiento que, al verle zaherido por Gonzalo, su amante, ni raya en el heroísmo maternal que triunfe en ella, ni en la indiferencia glacial de esas mujeres que, según se expresa en el diálogo, ni tienen corazón ni sienten, y son para ellas los afectos como meteoro fugaz que empieza y acaba á un mismo tiempo.

Fernando es el modelo de seres afectivos que sienten el bien, rechazan el mal y rinden culto á la virtud del agradecimiento y de la compasión.

Luchando entre el amor de su protector, al que le debe todo, hasta la unión con la mujer que amaba, y el respeto á su madre, por la que todo lo pierde, después de matar al amante del que la da el sér, y ver perdidos sus sueños de amor, rompe el lienzo que le da la gloria de artista, y con el mismo puñal corta su existencia, lo que trunca su carácter; pues aunque dentro del drama es el final que á éste corresponde por la manera con que el autor le conduce, resulta inverosímil, porque le sobran virtual grandeza de alma, plétora de grandes y sublimes sentimientos y falta de energía para llevar á cabo tan extrema resolución, y deifica el suicidio, mal arraigado, por desgracia, en las sociedades modernas, y que necesita un correctivo moral y práctico, el que no se encuentra en el drama que nos ocupa.

El carácter de Gonzalo, amante de Carlota, es el más repulsivo y el más acabado: los demás son figuras que ayudan la acción y nada más.

La acción, salvo los lunares que hemos apuntado, se desarrolla dentro del tema en que se funde; y como la exposición es clara y determinada, las situaciones del final del segundo y del tercer acto son hermosas, así como la escena de este último entre Gonzalo y Carlota, y la del cuarto entre ésta y el padre adoptivo de Fernando; no pudiendo decir lo mismo respecto á la del segundo, en la que D. Julián, padre de María y prometida de Fernando, apostrofa á Carlota como culpable ó cómplice de la muerte dada por Gonzalo á un amigo suyo, adorador insistente de aquélla, y suceso que sólo emplea el autor para hermanar en el crimen á los dos amantes; pareciéndonos inverosímil que el padre de María, que aparece impuesto en la vida íntima de Carlota, no sepa nada acerca de su hijo, inverosimilitud que puede perdonarse en gracia de ser un resorte que el autor emplea con tino, aunque forzadamente, para decir el nombre verdadero de Carlota y que éste reconozca en la que bajo el pretexto de hacerse retratar por él, á su madre; resultando la escena en ese

final verdaderamente dramática, y la situación, como hemos dicho, grandiosa, porque no hay que confundir la idea, ó sea el pensamiento base de la acción, con su desarrollo.

También hay que notar en esta como defecto de su inexperiencia, algunas entradas y salidas injustificadas, y carencia absoluta de recursos ingeniosos que encaminaran la acción por derroteros distintos á los vulgares á fuerza de ser tan conocidos y ciegamente seguidos por cuantos aspiran á figurar en el estadio de la literatura dramática.

\*  
\* \*

La ejecución, en lo que respecta á Calvo, Rafael, fué digna del mayor elogio, siendo una de las pocas veces que hemos visto en él hermanar el arte con la frase; es verdad que pocas veces ha tenido ocasión, en obras nuevas se entiende, de realizar este ideal.

Ricardo Calvo y Donato Jiménez, dentro de sus respectivos papeles.

La señora Calderón sin condiciones ni por su edad ni por su traje, ni por sus facultades para esta clase de obras, pero sí por su belleza y buen deseo.

La señorita Cobeña, discreta, y los demás... bien.

\*  
\* \*

Sentiremos que nuestras apreciaciones respecto á la primera producción del Sr. Dicenta parezcan demasiado severas, pero son hijas de un buen deseo, enemigo siempre de hacer concebir esperanzas ilusorias cuando debemos cimentarlas legítimas, que con auxilio de una fría razón y un constante estudio puede conseguir el Sr. Dicenta, cuyo primer paso en tan difícil carrera le augura, sinceramente lo decimos, un envidiable porvenir.

Preferible es indicar al caminante los escollos del camino que va á recorrer, para que los conozca y los salve, que ocultarlos con el torcido fin de que tropieze y caiga.

La versificación es fluída y armoniosa.

RAMIRO.



## LA MANO IZQUIERDA

CONTINUACIÓN (I)

Llevada, como hemos explicado, por el placer de tan suave y veloz movimiento, no había sentido Ángel en un principio ni sombra de miedo; pero luego que pasados algunos minutos quiso contener el caballo y no pudo conseguirlo, un sentimiento de espanto se apoderó de ella, y con la lucidez de los momentos supremos, comprendió la magnitud de su locura y el peligro que corría. Vió que el caballo no estaba ciego puesto que no la estrellaba contra el primer obstáculo; pero comprendió también que se hallaba á él entregada, que tenía que ir á él unida, correr, girar con él, caer cuando él cayese exánime y rendido, si para entonces no había perdido ella ya su cabeza. Porque, con efecto, aunque por un sentimiento de apego á la vida se propuso tener serenidad y valor, á la vuelta de otros cinco minutos parecíale que lo que caminaba era el bosque y no ella, sentía en sus oídos zumbidos que la trastornaban, y el paso incesante de aquellos árboles que no querían parar, la obligaba á cerrar los ojos. En este insostenible estado que se agravaba por momentos, caminó aún algunos minutos; después, ya en posesión del vértigo, quiso tirarse, pero al soltar las riendas con un sentimiento todavía instintivo de

(I) Véase la pág. 307 del número anterior.

conservación, se agarró á la crin del caballo y siguió, acostada la insensata carrera; luego le pareció ver una figura gigantesca al final de una calle; luego sintió la sensación de una detención repentina que acabó por extinguir bruscamente la poca noción que conservaba de las cosas, y cayó sin sentido.

Cuando Julio y M. de Beaufort se encontraron al lado del caballo aprisionado, y conocieron que el accidente de Angel, que recobró muy pronto el conocimiento no era de consideración, experimentaron tan grande sensación de bienestar, como grande había sido el terror por la seguridad de una inminente desgracia. El primero que se reunió á ellos fué el guarda, y á él encargaron que corriese al momento á tranquilizar á Mad. de Beaufort cuya angustia debía ser terrible; poco á poco fueron llegando otros criados de los que habían sido enviados á recorrer el bosque, y muy poco tiempo después, repuesta ya del susto lo suficiente para poder ponerse en pie, Ángel, muy pálida y muy callada, tomó el camino del Chateau del brazo de su salvador que no era otro sino M. Adolfo Deville.

## VI

.....  
 .....  
 Una hora después, ya tranquila por el buen desenlace de la cosa, cuyos detalles nadie sabía todavía determinar, y temiendo la explosión doméstica, que como segunda parte preparaba seguramente su marido, Amelia entró en el cuarto de M. de Beaufort en el momento en que éste lo recorría á grandes pasos, con apariencia nada tranquila.

—Estos son los inconvenientes de admitir uno en su intimidad á una mujer sin juicio, y sin la menor noción de la consideración que se debe al prójimo.

—Es una niña consentida, Armando, pero no de mal fondo; no sabía ella las consecuencias que podía tener su escapatoria, en la que expuso su propia vida. Tengo la seguridad que no necesitará segunda lección. Ahora es menester que tú seas



razonable, y no nos vayas á aguar la fiesta con tu mal humor. Porque de fiesta estamos. ¿Te haces cargo cuál sería ahora nuestra situación si nos encontrásemos con un cadáver en casa? ¡De buena hemos escapado! Por cierto que no he logrado todavía que nadie me explique á las claras, por qué razón se encontraba allí Adolfo y cómo pudo detener al caballo.

M. de Beaufort se quedó parado, y su mirada despedía chispas al contestar á su mujer.

—¿Por qué estaba allí?; para desempeñar ese papel teatral que parece destinado á hacer en todas partes, lo más natural es entrar en las casas por la puerta que sirve para todo el mundo; y además, eso de las sorpresas está completamente fuera de las costumbres de la gente sensata; pues bien, él se nos entra por el bosque sin mandar aviso, llega en el momento del espectáculo, y con su fuerza de gladiador de circo, detiene á Hadjy que había pasado varias veces por delante de los guardas, sin que ninguno se atreviese á ponersele por delante.

—Pues lo que es por esta vez, francamente, nos ha venido muy bien su acierto teatral y su fuerza de hércules. Yo supongo, querido, que no vas á elegir para hacer visibles tus desavenencias con él, precisamente el momento en que acaba de hacernos el mayor de los servicios. Te suplico que vuelvas en tí, hagas uso de tu buen sentido, para comprender lo mal que estaría en esta ocasión una brusquedad tuya. Deja para más adelante el arreglo de tus cuentas, no me des ahora este disgusto.

—Sé que tienes razón, pero es más fuerte que yo: detesto su pedantería; y este paso de comedia con que se nos presenta ahora, me carga más que nada.

Apenas había emprendido de nuevo Mad. de Beaufort la tarea de suavizar al irritado señor, cuando vióse interrumpida por Mad. de Soissey, la cual, entrando súbitamente con movimiento rápido y sin decir una palabra, se arrojó en un sofá, cubriéndose la cara con un pañuelo y llorando á lágrima viva. Sorprendidos los dos esposos, y cuando Amelia se acercó á consolarla, la afligida mujer se le echó en los brazos.

—No sea V. niña—decía la buena señora,—todo pasó; eso no ha sido nada; ahora no hay motivo sino para alegrarse

y beber en la comida algunas copas de Champagne, y nada más.

—¡Ah! Usted me perdonará—sollozaba la afligida,—pero él nunca disculpará mi desatino, y yo no me consuelo de haber perdido su afecto.

—¡Quién es él! ¿mi marido? Vamos; ¡ande V., mujer, que no es tan fiero el león como lo pintan!—y diciendo esto ambas iban acercándose á M. de Beaufort, que permanecía callado. Pero cuando vió que Ángel, desprendiéndose de los brazos de su mujer se arrojaba en los suyos, cuando vió que se multiplicaban sus lágrimas, y que pugnaba por poner la frente al alcance de sus labios, como para recibir el beso de paz, toda su fortaleza vino á tierra, y se sintió mucho más que medianamente conmovido.

—¡Mala persona!—dijo después de besar la frente de la arrepentida.—¡Usted sabe el susto que nos ha dado! ¿Ve V. si yo tenía mis razones para no consentir que se viesen unidos dos locos como mi caballo árabe y V.?

La emoción de Ángel continuaba manifestándose por una cascada de lágrimas y una tempestad de sollozos; y como no aflojaban sus brazos el lazo estrecho que tenían formado alrededor del cuello de M. de Beaufort, éste se sintió poseído de cierta intranquilidad que le molestaba sobremanera.

—Amelia; hazte cargo de esta niña—dijo á su mujer.—Esto no será nada, pero es menester que se tranquilice; llévala á su cuarto, y tal vez será preciso que le des algo para estos nervios. Vamos—prosiguió dirigiéndose á la afligida,—todo se ha concluído, todo se ha perdonado, y todo se olvidará si V. se serena y pone buena cara;—y antes de que las dos mujeres se fuesen á otra habitación, dejó él la suya, y se le sintió bajar la escalera de la torre.

A la hora de la comida, habían desaparecido todas las huellas del dramático episodio. Ángel se presentó en la mesa muy elegante y muy tierna, sin que nada en su persona revelase malestar; únicamente se le notaba la emoción sentida, en las miradas que dirigía bastante á menudo á su salvador. Era éste un hombre en extremo notable por su figura. Altísimo y muy proporcionado, no se extrañaba al verle que pudiese sujetar, á pesar de su mano cuidada, un caballo desbocado. Tenía la

cabeza proporcionalmente algo pequeña, aunque esta desproporción quedaba disimulada por el abundoso cabello muy negro y muy rizado, y por la barba de idéntico color, que sin cubrir mucho las mejillas, les formaba buen marco. Contrastaba con esta circunstancia lo azul de los ojos, cuya mirada era penetrante y dulcísima. Correcto y noble el perfil, notábase algo atrevido en su nariz, así como si sus aspiraciones físicas respondiesen á las ideales, y la boca era bellísima por lo perfecto de sus dientes, lo franco de la sonrisa y lo rojo de los labios, que no ocultaba el fino bigote. Vestía todo de negro con levita larga, y en su persona dominaba un aire de atención y de reposo, que lo mismo podría calificarse, según la disposición de quien lo mirase, ó de noble superioridad, ó de pedantería: quizá tenía algo de las dos cosas. Pero si esto ocurría en el terreno de la contemplación estética, la duda no podía sostenerse un solo instante cuando el hombre principiaba á hablar. Debíale á la naturaleza un órgano timbrado y simpático, á su trabajo, lo mucho que sabía y podía decir de todas las cosas, y á su natural idealista una elección de conceptos tan elevados, de palabras tan bellas para expresar aun las cosas más sencillas, que desde los primeros momentos cautivaba. Aquella comida y aquella velada fueron dedicadas á escucharle la narración de sus viajes; se le pedía que contase, y él lo hacía con toda naturalidad. M. Julio que, de todos los de la familia era el que siempre había demostrado más cariño á Adolfo, le oía con delicia, con gusto, todos los demás, y hasta el mismo M. de Beaufort no parecía de mal humor, antes al contrario, al despedirse temprano para ir á su cuarto, dijo á su mujer como la cosa más sencilla del mundo:

—Será preciso que envíes mañana un recado á tu tía para que venga á pasar unos días con su ahijado,—cosa que Amelia no se hizo repetir dos veces. De todas las personas allí reunidas, la que parecía más indiferente era Cecilia. Imposible notar en ella cambio alguno, y si alguien se hubiese propuesto estudiar sus movimientos, vería como había repetido los de todos los días, adoptando las mismas posturas, los mismos sitios cómodos y los mismos rincones oscurecidos. En cambio, Mad. de Soissey estaba transformada. Había desapareci-

do de su cara la expresión de niña voluntariosa: de los movimientos de su cuerpo, la de mujer extravagante: apenas hablaba y parecía que una evolución se operaba en su organismo, á medida que dominaba en aquel recinto la palabra elocuente y elevadora del sabio, tan diferente á los dichos ligeros, chispeantes y completamente prosaicos que allí se oían de continuo.

No tenía nada de extraño este cambio en Mad. de Soissey; era efecto de aquella volubilidad de afectos, unida á las aptitudes imitativas que constituían su manera de ser. Volubilidad de afectos que todos obedecían á uno solo y exclusivo, que se descubría bajo todas las formas: el afecto á su persona. De aquí nacía su desmedido deseo de agradar, y para esto hacía uso de su talento instintivo de asimilación. Y como para ella todas las presas eran buenas en tratándose de absorber homenajes y avasallar corazones, era cosa natural que se hiciese mujer excéntrica en el círculo de la moda; niña espontánea y graciosa en la intimidad de M. de Beaufort, persona sensata y de ideas profundas, frente á frente con el hombre de talento á cuya serenidad y fuerza debía la vida. Nada tendría de particular que cualquier día adoptase el rosario y el libro de rezos de la devota, y con toda seguridad puede afirmarse que le sentarían igualmente bien.

Ni hay que juzgar como premeditado sistema esta conducta de la joven, ni como vicio su coquetería. Su educación no había sido dirigida en tiempo oportuno de manera que pudiese modificar sus tendencias y sus defectos, y en cuanto á preconcibir plan, era tan incapaz de ello como de pensar con juicio: tal vez lo inesperado de sus salidas y lo original de sus maneras, daban más importancia á su ingenio y á su persona de la que en realidad tenía: ella, como casi todos los hombres y las mujeres de su *mundo*, era *impresionista*: la ocasión determinaba su manera de obrar, sin cuidarse de planes ni de sistemas.

¿Y quién puede gloriarse de obrar de otro modo? ¿Acaso aquellas almas bien templadas, aquellas personalidades que tienen los propios moldes bien determinados hacen otra cosa que obrar según y conforme se lo ordenan un conjunto de cir-

cunstancias más ó menos visibles, de las cuales en vano sería que quisiesen prescindir?

Así estaban las cosas cuando llegó al *chateau* Mad. de Lagarde, respondiendo en persona á la primera indicación de su sobrina. Ya había visto ella á Adolfo, que paró en su casita de Versalles antes de dar la sorpresa al padrino; pero no por eso dejó de mostrarse expansiva y agradecida á la atención de M. Beaufort, que oyó sus expresiones de reconciliación sin entusiasmo y sin burla, que era todo lo que la recelosa señora podía desear. Tranquila, pues, sobre este punto, y bien dispuesta á no dejarse llevar otra vez por ningún género de despecho, tomó de nuevo posesión de su cuarto, y arregló su reinstalación con ayuda de Valeria que, fiel al agradecimiento que debía á su señora, y muy aprovechada en la educación un tanto solapada que había recibido, daba cuenta á ésta, con mucha apariencia de sencillez, de todo lo que en el *chateau* pasaba. Así, á la vuelta de dos ó tres sesiones, Mad. de Lagarde estaba enterada de la *toma de posesión* de aquella casa por Mad. de Soissey, de los paseos matutinos con M. de Beaufort, de las *monerías* y gracias con que tenía comprados á todos, y de muchos otros detalles que no se habían ocultado á la vigilancia de la perspicaz muchacha, por los cuales comprendió Mad. de Lagarde que la vecina tenía sus pretensiones acerca de M. de Beaufort.

—¿Pero qué se habrá propuesto esa mujer?—se decía toda confusa. Y como de esas premisas confusas, en ciertas cuestiones se sacan siempre consecuencias falsas, la buena señora hizo su composición de lugar y decidió que aquello era un complot financiero puramente dirigido á la repleta bolsa de M. de Beaufort, complot en el cual estaría tal vez metido el marido de la culpable, cuyos apuros de dinero iban siendo ya visibles al exterior. Porque de no ser así, ¿cómo se explicaba que la dejase hacer, tan tranquilo, todo lo que se le antojaba? Era un grado de estupidez el suyo que no cabía en la realidad; tenía que ser fingido. ¡Verdad es que en el género de tragarse ruedas de molino, nadie como su sobrina, y eso que no era tonta! ¿Para cuando guardaría ella su entendimiento si no la servía para evitar que semejantes aventureras se le metiesen

en casa? Dicen que lo sublime está muy cerca de lo ridículo; pero Mad. Lagarde pensaba que entre los buenos y los tontos no cabe un pelo. Así iba la buena señora formando su juicio por los dichos y suposiciones de Valeria antes de observar por sí misma las personas y sus actos; afortunadamente una cosa le daba tranquilidad, y es, que ella estaba allí; ahora nada podrían hacer que su perspicacia no adivinase, y con su experiencia y práctica del mundo, sabría desenredar los embrollos y apartar á los intrigantes que viniesen á amenazar la paz y tranquilidad de los suyos; de aquellos por quienes ella se creía en la obligación de velar.

Ante todo le interesaba una cosa: arreglar á Cecilia con su Adolfo; llevar á cabo las negociaciones de manera que terminasen en un casamiento; interesar bien á Armando en el asunto para que diese á la niña un dote espléndido, y procurarse eterno agradecimiento en el corazón de los recién casados y en su casa un puesto preferente.

Pero no se crea que esta idea egoísta era en el asunto motor principal; al contrario, sólo pensaba en eso como en un aditamento posible á los buenos resultados. Lo que movía á la señora era ese afán casamentero ingénito en la plana mayor de las mujeres francesas. Es una honra, un diploma de capacidad, un título de gloria y una suerte de carrera diplomática que ofrece goces especiales y abre horizontes á las mujeres de cierta edad, desconocidos para las pobres españolas que, respetando la libre elección de los corazones jóvenes, no suelen ejercer más presión en los casamientos de sus hijos ó conocidos que la que pueden sobre Dios, con sus muchos Padrenuestros, novenas y comuniones para que los haga muy felices.

Si los resultados son mejores entrando como factor en el temeroso problema la experiencia de las avisadas, ó dejando íntegra la resolución al entusiasmo de los contrayentes, diránlo las estadísticas si es que alguno se ha entretenido en hacerlas, y por de pronto dejemos á cada cual en su creencia y á Mad. de Lagarde en sus ilusiones de mujer experimentada, las que le prometían maravillas de acierto y sagacidad.

Uno de sus primeros cuidados fué ir al cuarto de Cecilia

pareciéndole que allí la había de encontrar más propensa á las confidencias.

—¿Qué tal, hija, te ha parecido mi ahijado?

—Bien.

—¿Nada más que bien? ¿No lo encuentras más distinguido, más interesante que los otros hombres?

—Sí, es bastante diferente á todos ellos, pero, por eso mismo, está más lejos de mí que soy vulgar.

—¡Qué tonterías tienes, hija mía! ¡Bien se ve que te andas siempre por las nubes, sin fijarte en nada práctico! Es menester que ahora obremos de otra manera; yo he hablado con él, y le hallado en las mejores disposiciones; tú no me dejes quedar mal. Al hablarle de tus cualidades, le he dicho que eras en extremo dulce, reservada, tímida. Que tenías mucha afición á la lectura; que pecabas de soñadora, y, en una palabra, que eras la criatura más á propósito del mundo para ser educada por un sabio, y hacer su felicidad. Ahora ya sabes lo que hay; si tienes tino, no dejarás desperdiciar esta ocasión única, porque has de saber que Adolfo, además de su talento colosal, tiene una buena renta, y Dios sabe lo que le espera en el porvenir.

Sonrióse Cecilia, y, tomando como buen síntoma esta sonrisa, Mad. de Lagarde la abrazó, animándola para que siguiese en aquellos buenos propósitos.

Después trató de ver á su ahijado, al cual encontró en disposiciones bastante análogas á las de Cecilia. Interrogado sobre el efecto que le había causado, dijo el sabio que le había parecido bien. Que en cuanto á lo tímida y á lo callada, era tal como se la había pintado; si sus otras cualidades morales respondían igualmente á aquella pintura, él no se negaría á dar gusto á su madrecita, aceptando de su mano la mujer dulce é inteligente que había de ser la compañera de su vida, y, eso con tanto más gusto, cuanto más viva se hacía ya en él la necesidad de un hogar y una mujer querida que le amenizase las arideces de su vida de trabajo y de estudio.

Quedóse muy satisfecha la negociadora, pensando que las cosas no podían establecerse sobre mejores bases, y tranquila ya por ese lado, se propuso observar los manejos de la intru-

sa, para ponerlos la debida cortapisa, ya operando por su propia cuenta y riesgo, ya haciendo intervenir en el asunto, si la cosa pasaba á mayores, á su misma sobrina Amelia, por más que esto no dejase de ofrecer dificultades por lo rebelde que era para creer el mal aquella honradísima mujer.

## VII

—¿Qué le pasa á V. que tan melacólica se me ha vuelto desde algún tiempo á esta parte?—decía M. de Beaufort á Ángel, una de aquellas mañanas que la sorprendió con un libro en la mano paseando por el parque y cogiendo margaritas y bleuets.

—He sufrido un cambio desde que me he visto entre la vida y la muerte—respondía no sin malicia, la interrogada. Pero la respuesta debió parecer natural, porque el suspicaz caballero no se dió por entendido.

—Pero vamos á ver. ¿Es que se cansa V. ya de nosotros y no se atreve á demostrárnoslo, privándonos de su presencia?

—Al contrario: nunca he estado más contenta. Ideas me dan de renunciar á todos los triunfos que el mundo y sus esplendores me prometen, y pedirle á V. una ermita, para hacer penitencia en su desierto.

—No tiene V. sino escoger el terreno que más le agrade, y yo se la haré construir con todas las condiciones posibles de penitencia.

—No hay necesidad de eso: con una de las que tiene V. hechas me conformo. Días pasados, cuando fuí al mercado en el cabriolé con Mlle. Serval, por el camino que sigue la tapia del bosque, ví una casita que llamó mi atención; sólo tiene dos ventanas y una puerta que da al camino. Mlle. Serval, me dijo que era de V. y que no la habitaba nadie: yo creo que esa chocita me podría convenir.

—¡Con un buen cómplice!...—dijo M. de Beaufort.

EULALIA DE LIANS.

*(Se continuará.)*





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

Atonía política y tranquilidad del Gobierno.—El país sufre.—¿Dónde el remedio?—Desdichadas consecuencias de una pésima gestión financiera.—Estado alarmante.—Lucha por la vida.—Esto matará aquello.—Crisis.

**D**ESORIENTADOS del todo los que buscan inspiraciones en la prensa española, y poseídos los políticos de cierta fiebre, nacida en unos de la infecundidad, de la contradicción de ideas, y en otros de persistente atonía, bogamos entre penosas aventuras, casi sin aliento, sin rumbo fijo, sin más horizonte á veces que las amarguras y los desengaños. A su período álgido tocan, en efecto, el marasmo y la penuria que al país afligen.

¿Dónde el remedio? Las dificultades aumentan cada día. Ante las desazones nacidas del empeño de conciliar intereses opuestos; ante los diarios tropiezos de una Administración desmoralizada y ciega; ante los desaciertos de una política incomprendible y entregada á una lucha eterna consigo mismo; ante el sueño de una prensa oficiosa, sin otra misión que la de aplaudir los sofismas y las inspiraciones de sus patronos; ante la crisis general que, en vez de engendrar energías, abate; ante ese inmenso cúmulo de males que por todas partes nos amenazan y cercan, presentándonos sólo lúgubres corolarios

y desconsoladoras perspectivas, ¿qué esperanzas, qué heroicas actitudes, qué grandes iniciativas se nos ofrecen en la esfera del Gobierno de esta nación desdichada?

Las circunstancias obligan á los verdaderos hombres de Estado; y basta, para comprender que esas circunstancias son hoy en extremo premiosas, dejar por un momento el *confort* de los salones, abandonar el despacho oficial caldeado por la lisonja ó el hemiciclo de los brillantes triunfos de nuestra infecunda oratoria, olvidar los embriagadores ecos de inspirada composición musical ó los gorgoros de la artista en boga, y tender una mirada por las ciudades y campos que á la Corte rodean. ¿Dónde no veremos ciudades afligidas, pueblos en la miseria, talleres sin trabajo, montes y llanos casi yermos, y muchas gentes con hambre?

Negar tantas y tan extraordinarias aflicciones, sería obstinarse en cerrar los ojos á la evidencia.



Es opinión popular—y no destituida de todo fundamento—que los Congresos pueden estudiar, pero nunca suelen resolver en definitiva los problemas que afectan á la Hacienda pública y privada. En las Cámaras políticas se defiende ó se impugna, se combate muchas veces por conveniencia personal ó por sistema, resultando rarísimos los verdaderos correctivos á evidentes abusos ó errores de escuela.

Ningún desastre más calamitoso que el resultado de la gestión financiera del actual Gabinete. Sus convenios con Inglaterra y la República del Norte, el uso que ha hecho de la ley para prorrogar los Tratados que terminaban antes de 1892; su inercia ante las primas de exportación que concedió Alemania y ante la violación del pacto hecho con Francia, nación que ahora exige al alcohol que contienen los vinos españoles mayores derechos que los estipulados; todo, todo ha perjudicado á la producción, irrogando gravísimos daños al trabajo nacional y al Tesoro, sin beneficio alguno para el raquítico comercio que en Madrid, con mala suerte, lucha y se impone á veces, por determinadas influencias, á los Poderes.

No acaba el Gobierno de estudiar, según el mismo dice, la crisis agrícola y pecuaria, y espera, quizás para formular sus empíricos remedios, á que la ruína de viticultores, olivaderos é industriales sea completa. Se aumentan, entre tanto, los dispendios; disminuyen los ingresos ordinarios; se consumen los recursos especiales; se emplean en gastos corrientes anticipos sobre rentas futuras, como eran las existencias de tabacos; se acude á la Deuda flotante; los tributos siguen desquiciados, y el contribuyente sufre y paga, pidiendo á voz en grito que se rebajen las cargas; se normalice la Administración y se nivelen de una vez y como es debido los presupuestos.

Todos los problemas que constituyen la vida del país están sin estudiar, sin resolver, y aparecen confusamente sobre el tapete, mientras se habla todavía de fórmulas fusionistas y se defienden insustanciales utopias.

\*  
\* \*

Esa gran cuestión económica se antepone hoy, por la fuerza de las circunstancias, á todas las políticas. Lo han dicho y demostrado oradores tan elocuentes y profundos como el Sr. Cánovas del Castillo. Lo parafrasean y discuten periódicos tan autorizados como el decano de la prensa española que se publica en Cataluña.

«El antiguo partido liberal, en el fondo pagano y panteísta, creía que el Estado lo era todo y el individuo nada. El ciudadano era el esclavo, la cosa del Estado, el átomo de que el Estado se servía á su antojo para atender á sus funciones puramente sociales. El partido radical, ultra-individualista, opina que el Estado es una especie de Rey constitucional que no reina ni gobierna, que permite al individuo que viva á su antojo y se salga de dificultades como pueda, sin contar con él para nada. La última consecuencia de las doctrinas de este partido es la anarquía, y de sus principios arrancan hoy casi todos los partidos liberales.

El partido conservador, partiendo de la idea cristiana, cree que todo poder viene de Dios, así el social como el indivi-

dual. Según las verdaderas doctrinas de este partido, es de origen divino, no sólo el individuo, sino también la sociedad; por esto rechaza la idea de que la autoridad social sea producto de la voluntad individual, como pretenden los partidarios de la soberanía nacional. Dentro de nuestro sistema, el Estado es el representante de la justicia social y está obligado á prestar al individuo todos los auxilios que necesita para realizar sus fines en la tierra, que son su perfeccionamiento físico, moral é intelectual.

Pero como el hombre no vive sólo de pan, como además de su vida corporal tiene la vida del alma, más importante que aquélla, de aquí que, por los mismos principios antes recordados, tengamos derecho á que el Estado nos libre de la prensa inmoral, de la enseñanza corruptora, de la propaganda herética, de los escándalos del vicio, etc. Es posible, y hasta probable, que muchos de los que aplauden que el partido conservador proteja sus industrias contra la irresistible competencia de la producción extranjera, no se avengan á que nos proteja á todos contra la libertad de insultar nuestras creencias, herir nuestros más nobles sentimientos y ofender nuestro decoro; pero estas inconsecuencias traen consigo su propio castigo. También un tiempo hubo quien quería la protección para el arroz, pero no para el trigo; quien la quería para el trigo y no para el arroz; quien para el vino, pero no para los tejidos. Esta inconsecuencia, hija de un refinado y estúpido egoísmo, ha dado por resultado la ruína general. Pues aprendan en ella y no olviden los que navegan por esos mares del egoísmo y de la ignorancia que no se juega impunemente con los principios, y que á la grupa de la libertad de cultos vino la libertad de cambios. Sepan, pues, los que apoyen al partido conservador en su campaña para la reforma de los Aranceles en sentido proteccionista, que le deben también su apoyo en la campaña para la reforma del Código penal y organización de los Tribunales en sentido proteccionista, pues necesitamos que se nos proteja contra los ladrones y los asesinos, tanto ó más que contra los trigos y los tejidos extranjeros.

Aunque incidentalmente, el Sr. Cánovas tocó un punto de doctrina sobre el que queremos llamar la atención de nuestros

lectores. Algunos, por ignorancia ó por malicia, se han escandalizado de que el ilustre jefe del partido conservador dijera que no era exclusivo y sistemático en materias económicas. No podía decir otra cosa una persona de su excepcional talento y vasta instrucción: los que gozan de estas ventajas no pueden ni deben encerrarse en los estrechos moldes de la ignorante medianía. El Sr. Cánovas sabe que, por sus principios políticos, está obligado á ser proteccionista; pero su talento é instrucción le dicen que depende de las circunstancias bien apreciadas el saber qué es lo que se ha de proteger y en qué medida se ha de proteger en determinados momentos históricos. Bismarck nos dice con su conducta que así piensan y obran los verdaderos estadistas, no los sectarios, que, por desgracia de España, son los que aquí parodian á los hombres de Estado y hacen sus funciones.

Los librecambistas han dicho que, lejos de proteger á la industria, lo que tratan es de destruirla, considerándola como una superfectación. Lo mismo piensan de aquellos ramos de la agricultura que carecen de fuerzas propias para luchar sin protección con sus similares del extranjero. Esto no lo pueden hacer, no lo harán nunca los conservadores. Los conservadores no quieren destruir, porque sus doctrinas les obligan á conservar progresando y transformando, y para conservar los elementos de nuestra vida nacional es necesario protegerlos, hasta que adquieran la robustez necesaria para luchar—pero luchar siempre con ventaja—con los productos extranjeros.

El conservador puede ir, é irá si es necesario, desde la prohibición al librecambio; pero siempre con espíritu proteccionista. Prohibirá en absoluto la entrada de determinados géneros extranjeros, cuando lo exijan así los intereses nacionales—la salud pública, la seguridad del Estado, las creencias, la moral, la creación ó desarrollo de una nueva industria, etcétera,—y no vacilará en aceptar el librecambio con aquellos pueblos más atrasados en los ramos de la producción nacional, y que para el cambio tengan productos naturales de que carezcamos nosotros.

Es arbitraria, pues, la división que se ha hecho al tratarse

de la cuestión económica en lo referente á los Aranceles, calificando á unos de prohibicionistas, á otros de proteccionistas y á otros de librecambistas. Científicamente, la cuestión queda reducida á dos escuelas, que en realidad son políticas: la una, la conservadora, que opina que el Estado debe proteger al individuo, dentro de ciertos límites, para que aplique con provecho propio y general el máximo de sus facultades físicas, morales é intelectuales; y la segunda, que es la liberal ó democrática, que opina que el Estado no debe mezclarse en los asuntos del individuo, ni para protegerlo ni para contenerlo.

En momentos apurados, como los actuales, esta escuela declara que también es proteccionista, pero á su manera. Dice que quiere proteger la producción natural, pero no directamente ni en la frontera, sino abriéndole mercados al exterior y facilitándole al interior elementos para su desarrollo, y pretende que este sistema de protección es más eficaz que el preconizado por los conservadores. Esto es sencillamente una máscara librecambista para engañar á los bobos, y un argumento sin fuerza ni valor alguno prestado á los ministeriales para que puedan excusar su defección ante los electores.

En primer lugar, los conservadores no han renunciado, ni mucho menos, á los medios de protección que prometen los liberales; y tanto es así, que los que existen de esta naturaleza—camino, canales, escuelas especiales, etc.—á los conservadores se deben principalmente. A lo que sí han renunciado los conservadores es á burlarse del pueblo español ofreciéndole paliativos de remota y dudosa eficacia, cuando pide y necesita con toda urgencia remedios de pronto y probado éxito. Cuando ha estallado un incendio, no es hora de pensar en la creación de compañías de bomberos y de discutir sus reglamentos y uniforme: lo que urge es apagar el incendio por los medios más eficaces y que se tengan más á mano. De la misma manera, cuando los productos agrícolas del extranjero y sus géneros elaborados ahogan la producción nacional y paralizan los brazos de nuestros jornaleros, lo que urge es cerrarles el paso en la frontera; luego, más despacio, acudiremos á la aplicación de otros medios que necesitan mucho tiempo

para llegar á ser eficaces auxiliares de la agricultura y de la industria.

Estos principios y estas verdades de sentido común resultan claros, evidentes, en el discurso del Sr. Cánovas y en posteriores rectificaciones, exigidas alguna con mala intención y medios poco parlamentarios.»

Pero ¿de qué sirven los indiscutibles argumentos, ni las razonadas quejas contra las antipatrióticas miras de una escuela tenaz é incorregible, alentada por un Gobierno, sin más afanes que prolongar á toda costa su existencia, afanes que le obligan á inclinarse ya á un lado, ya á otro, nunca con criterio fijo?

\*  
\* \*

Hemos de terminar con la pregunta con que hemos empezado.

¿Dónde y cómo el remedio?

Ya se han olvidado los intencionadísimos é irregulares actos políticos del Sr. Presidente del Congreso en Palacio; ya se han olvidado aquellos entusiastas aplausos del Gobierno y de las tribunas á la alianza de la República del Sr. Castelar con la Regencia de Alfonso XIII, alianza que algunos impresionables periódicos extranjeros llegaron á llamar fiesta del sacrificio de la Restauración inmolada en holocausto á la democracia. Nadie hace caso de los bríos crecientes con que se manifiestan los partidarios de la doctrina del evolucionismo, ni de los repetidos banquetes con que se festejan anticipadamente los próximos triunfos de la idea revolucionaria. Pasan las fantasmagóricas noticias de complots, y pasan también, sin dejar huella, los más ruidosos debates y las más conmovedoras interpelaciones. Tiene aún el Gobierno mayoría, y sigue imperterritito; tiene el país idea bien formada acerca de ciertas virtudes políticas, y ante tamaños desconsuelos enmudece.

Pero, entre esa calma engañosa, es facilísimo descubrir la crisis latente, crisis profunda, política y financiera, por lo mismo que la política ha tenido tanto empeño en invadir todas las cuestiones económicas para perturbarlas.

Esto matará aquello. La especie de atonía en que actualmente el país se encuentra, atonía hija del desencanto, pronto habrá de convertirse en actividades supremas.

No puede estar lejano el día de los grandes esfuerzos, porque la instintiva lucha por la existencia fué siempre ley fatal de los seres.

A.







## REVISTA EXTRANJERA

La paz y la guerra.—De dónde ha de salir la chispa.—Revancha.—Triste suerte de Bélgica.—El Tratado de Berlín.—Embajada marroquí en el Vaticano.—Crueldad política.



ARMADA de punta en blanco, con mirada torva y la diestra en el pomo de la espada, se nos presenta hoy día la efigie de la paz europea. A creer los telegramas que á cada momento circulan y las correspondencias que se imprimen, el cañonazo de alarma hará estremecer en breve nuestro antiguo continente, y la más terrible de las guerras llenará de sangre y luto esas grandes Potencias que cuentan sus soldados por millones y se encuentran ya animadas de un implacable espíritu de destrucción y muerte.

¿Es que la diplomacia se ha declarado ya impotente y da, en estos solemnes instantes, la palabra á la fuerza bruta para solventar sus múltiples agravios y decidir de una vez el derecho de sus reivindicaciones?

Fenómenos singulares llaman nuestra atención, y no podemos menos de insistir en ellos, señalándolos al buen juicio de nuestros lectores. Las protestas de amor á la paz siguen siempre partiendo de Rusia, de Alemania y aun de Austria, naciones principalmente interesadas en la gran contienda que se anuncia, mientras Francia é Inglaterra son las más entusiastas propagadoras de ese espíritu bélico que, tomando por pretexto las cuestiones orientales, ha de comunicar el incendio á toda

Europa. Véase el lenguaje de la prensa más caracterizada de una y otra parte; véase dónde las manifestaciones de odio y venganza son más tenaces, son más vivas, y dígase luego de dónde ha de partir la chispa, si parte, destinada á abrasar los tres Imperios y á trastornar en absoluto el mapa que hoy tenemos.

No es probable que nos equivoquemos en esta parte: el inmenso poder militar de Alemania es el que en primer término causa envidia y se quiere desaparecer á toda costa, excitando para ello un sinnúmero de susceptibilidades, y concitando á cada paso disencuentros.

Si la guerra al fin estalla, Europa no podrá hacerse ilusiones acerca de quiénes son los responsables de las sangrientas hecatombes que con tanto afán se desean y provocan.

\*  
\* \*

Pero, ¿vendrá esa guerra?

Claro es que no hay nada más temerario que jugar con fuego, y los periódicos franceses hablan ya—como de cosa segura é inevitable—de esa próxima y nueva lucha *franco-alemana*, que es el ardiente *desideratum* desde el Paso de Calais á Marsella.

Un periódico francés que en Madrid se publica nos lo repetía hace poco días. El año de 1888 es el año de la guerra de venganza, guerra que se viene preparando desde 1871, porque Francia está dispuesta y no puede ya vivir en paz con Alemania. Los tres millones de hombres que movilizará la raza germana habrán de estrellarse contra las fronteras del Este de Francia, erizadas de fortalezas y ciudadelas inexpugnables; buscarán paso por el Norte, y Bélgica está destinada á desaparecer del mapa de Europa; Bélgica será alemana ó francesa antes de un año. Esto parece ya una resolución manifiesta é irrevocable, digan lo que quieran los enemigos científicos de las grandes nacionalidades y amigos del fraternal federalismo.

Prescindiendo de todas estas amenazas fatales, no nos parecen tan sombrías las nubes que aparecen en la atmósfera diplomática por la parte de Oriente.

\*  
\* \*

Las explicaciones categóricas que han mediado entre el Conde Schuvalov y el Canciller alemán, así como el reiterado reconocimiento por Bismarck de los imprescriptibles derechos de Rusia en Bulgaria, determinaron al Gobierno de San Petersburgo á salir de su actitud expectante para hacer un llamamiento á las Potencias que firmaron el Tratado de Berlín, rogándoles que hagan respetar siquiera las estipulaciones convenidas.

Pero los Tratados, por lo visto, no obligan, puesto que la Gran Bretaña contesta de una manera evasiva. El fracaso de las pacíficas proposiciones de Rusia puede casi darse por seguro.

Es cierto que la prensa alemana sostiene que no es de ningún modo necesario el acuerdo unánime de las Potencias, para que el Sultán pronuncie el destronamiento del Príncipe Fernando, puesto que el Emperador de Turquía tiene absoluto derecho para intervenir en Bulgaria, ateniéndose á los derechos que le otorga el mismo Tratado de Berlín; pero es cuando menos dudoso que el Sultán se disponga á usar de sus indiscutibles derechos, mayormente, si ahora recibe las inspiraciones de Inglaterra como se supone. *El Times* nos dice, que no es oportuno el momento actual para que Turquía intente una acción en Bulgaria, y la prensa de Austria desconfía de la retirada voluntaria ó forzosa del Príncipe Fernando.

Por lo visto, queda demostrado que el embrollo búlgaro es insoluble, y que el famoso Tratado de Berlín no es más que un semillero constante de disidencias entre los Estados más directamente interesados en su cumplimiento.

\*  
\*\*

Ha producido notable sensación en Roma la llegada de la Embajada marroquí, que hizo su viaje á bordo del crucero español *Castilla*.

La prensa romana, hablando de esta Misión, cuya llegada á la Ciudad Eterna ha coincidido con el décimo aniversario de la elección pontificia de Su Santidad León XIII, encarece la significación é importancia de esta Misión, cuya iniciativa se debe al Sultán mismo, deseoso de asociarse á lo que han he-

cho los Soberanos de Turquía y de Persia, con motivo del Jubileo pontificio, secundándole el ilustre P. Lerchundi, para un fin que á la vez que realza el prestigio de España en Africa y Europa, afianza más y más la protección de los cristianos en Marruecos, gozosos al contemplar este homenaje de afectión y respeto rendido por un Príncipe musulmán al Padre Santo.

El firman de Muley-Hassán y el autógrafo que sirve de credenciales al Embajador dicen que esta Misión se dirige al Papa como Príncipe de los Obispos de la cristiandad, sentado sobre la cátedra de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles y llamado á decidir las cuestiones religiosas.

El Embajador tiene el encargo de decir al Pontífice que el Sultán de Marruecos sabe cuán alta está la fama de su sabiduría; y que los Soberanos de Marruecos, que desde los tiempos más remotos han mantenido las mejores relaciones de amistad, de afecto y buena inteligencia con los religiosos franciscanos, se felicitan de haberles concedido siempre amplia libertad para residir en su Imperio y asistir á los cristianos en los deberes de su religión. De igual ayuda se envanece el Sultán Muley-Hassán; y como testimonio de sentimientos tan elevados, que desea conozca Su Santidad, le envían esta Embajada, que deberá expresar además la admiración que en Marruecos inspiran la caridad y demás altas virtudes del Pontífice.

Causa gran tristeza ver que las cábalas políticas é internacionales no respetan siquiera el lecho de dolor en que se encuentra el desgraciado Príncipe Imperial de Alemania. El germanismo y el anglicanismo, luchan durante la terrible enfermedad y á la cabecera misma del heredero del Trono. ¿Ha de triunfar la influencia de Bismarck ó la de la Princesa Victoria?

No tiene corazón ni sentido común el interés político. ¿Qué importa que sea necesario amargar, tal vez, los últimos instantes de un moribundo? ¿Qué importan los rumores más extravagantes fundados en inexplicables contradicciones?

¿No vemos también á la Francia republicana que acaricia y halaga al autócrata ruso, deseosa de hacerle olvidar sus tradiciones y los antiguos odios de la guerra de Crimea?—S.



## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

**Guía Comercial de Madrid para 1888**, publicada con datos del «Anuario del Comercio.» C. Bailly-Baillière. Cuarta edición, corregida y considerablemente aumentada.

Contiene: Monarquía Española.—Real Casa.—Consejo de Ministros.—Cuerpos Colegisladores: Senado.—Congreso de los Diputados.—Cuerpo Diplomático: Español.—Extranjero.—Consejo de Estado.—Ministerios: De Estado.—De Fomento.—De la Gobernación.—De Gracia y Justicia.—De Guerra.—De Hacienda.—De Marina.—De Ultramar.—Madrid: Índice de los habitantes de Madrid por orden alfabético de apellidos, con la indicación de su profesión; Indicador de todas las profesiones, comercio ó industria, por orden alfabético, con orden metódico de los que las ejercen, con sus señas.

Lista general de todas las calles

de Madrid, por orden alfabético, con la numeración de cada casa y los habitantes de cada una de ellas.

Sección de Anuncios, tanto nacionales como extranjeros, de gran importancia y utilidad para el público en general; también con un índice geográfico completo, por orden alfabético.

La recomendamos muy eficazmente á todos los que tienen limitados sus negocios á la capital de España, pues su precio económico la pone al alcance de todos; y el *Anuario del Comercio* á todas aquellas personas cuyo comercio, industria ó profesión les hace tener relaciones con las demás provincias de España, Cuba y Américas Españolas, pues están redactadas con el mayor esmero y toda la exactitud que pueden alcanzar obras de esta índole.

X.

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

**Antropología.**—*Introducción al estudio del hombre y de la civilización*, por EDWARD B. TYLOR, traducido del inglés por D. Antonio Machado y Álvarez, doctor en Filosofía y Letras, é individuo de la Junta directiva de la Folk-Lore Society.—Madrid, establecimiento tipográfico de «El Progreso Editorial,» 1888. En 4.º, 545 páginas con 77 grabados.—Precio: 9 pesetas.

Pocos estudios pueden importar tanto al hombre como el de la antropología, y á esta ciencia ha dedicado toda su actividad el ilustre sabio inglés M. Tylor. En su obra fielmente vertida al castellano por el Sr. Machado, procura la exactitud, apartándose del tecnicismo.

Aunque no diga todo lo que se sabe sobre cada asunto, consigna lo verdaderamente esencial en los diez y seis capítulos de que se compone la obra. En ellos examina al hombre antiguo y moderno; lo compara con otros animales; describe las razas del género humano; estudia el lenguaje y sus relaciones con la raza, las artes útiles y recreativas, la ciencia, el mundo espiritual, la historia, la mitología y la sociedad.

Fundadamente dice Tylor en el prólogo especial que ha escrito para la edición española: «Cuando los españoles recuerden la gran parte que á su nación corresponde en la extensión del conocimiento del género humano, mediante la adición de un nuevo mundo al mundo antiguo, sentirán un interés, tanto científico como patriótico, por la antropología del siglo XIX. Aún hoy, países que hablan el español, ofrecen uno de los más amplios campos para las observaciones antropológicas... Abrigo la esperanza de que este *Manual* ha de esti-

mular la atención de los españoles hacia la obra que aún tienen delante, haciéndoles fijarse en que la ciencia del hombre no es ya un asunto de mera curiosidad para los anticuarios, sino que empieza á influir práctica y profundamente en las creencias y costumbres de los hombres.»

Este libro, de tanto valor científico, reúne las excelentes condiciones tipográficas, propias de cuantas publicaciones da á luz «El Progreso Editorial,» que dirige D. Ramón López Falcón.

\*  
\* \*

**La vida militar en España.**—*Barcelona, Sucesores de N. Ramírez y Compañía, 1888.*

Se ha publicado el segundo cuaderno de esta magnífica obra, que escribe el inteligente oficial Sr. Barado y cuyos cuadros y dibujos hace el antiguo jefe de artillería y renombrado artista Sr. Cusachs. Contiene dicho cuaderno dos primorosos grabados, reproducción de los cuadros del citado artista que se titulan *Batallón en descanso* y *Batallón en marcha*; excelentes dibujos que representan el tipo del oficial español, la enseñanza del ejercicio, la toma de la consigna, la limpieza del cuartel y los rancheros. Hay, además, bastantes viñetas. Los cuadernos, en folio y de hermoso papel de hilo, cuestan á cinco pesetas cada uno.

\*  
\* \*

**Nueva Geografía Universal,** por ELISEO RECLUS.—Madrid, «El Progreso Editorial,» 1888.

Se han repartido los cuadernos 25 á 30 de esta obra notabilísima.

Contienen artículos muy interesantes, en que se describe las aptitudes y trajes de los checos, la ganadería,

minas, industria, cristalería y comunicaciones y las principales ciudades de Moravia y Bohemia. Se examina detenidamente toda la alta y baja Austria, reseñando con especial cuidado la ciudad de Viena; sus razas, diversiones, industria, instrucción pública, museos y bibliotecas. Trata Reclus de los Alpes alemanes (Estiria, Salzburgo, Tirolo con Vorarlberg y Carintia), estudiando la índole de sus pobladores, dialectos, costumbres y privilegios, producciones agrícolas mineras, obras públicas, instrucción, bosques, lagos, etc. Luego presenta, en conjunto, el Imperio de Austria-Hungría y la situación insegura del mismo. Muchos y excelentes son los grabados que hay en los cuadernos; entre otros, un mapa en colores del golfo de Quarnero y los dibujos que representan el glaciar de Pasterze, el puerto de Trieste, las hoyadas de las cercanías de Pola, la ciudad de Ragusa, el plano de Trieste y sus cercanías, el de Viena y sus contornos (primorosamente estampado á cinco colores) y la red general de ferrocarriles de Austria-Hungría.

Cada cuaderno, de 32 páginas en cuarto, impresas en fino papel satinado, vale una peseta.

\* \* \*

**La Photographie des objets colorés**, par le Prof. DR. H. W. VOGEL, traduit de l'allemand, par Henry Gauthier-Villars.—París, Gauthier-Villars, 1887.—En 4.<sup>o</sup>, 203 páginas, con una cromolitografía, dos fotogliptias y 15 grabados. Precio: 6 pesetas.

Sabido es que la fotografía se distingue por la fidelidad con que lo copia todo. Pero presenta el grave defecto de que falsea los colores al re-

producirlos, no apareciendo las tintas con la gradación que las percibe la vista. Algunos colores claros, como el amarillo de cromo y el minio, que ejercen muy débil influencia, resultan negros. Otros, por el contrario, más oscuros, como el azul cobalto, cuya acción es enérgica, aparecen en la prueba, si no del todo claros, mucho más de lo que lo son realmente. El sabio Dr. Vogel, director del Laboratorio de fotoquímica de Berlín, ha escrito una obra muy notable, relativa á este asunto, que ha traducido al francés M. Henry Gauthier-Villars, persona de mucha ilustración. Quince años de constantes investigaciones han permitido á Vogel resolver el problema, valiéndose de la azalina y colocando en el objetivo vidrios amarillos para disminuir la acción del color azul. No decimos nada de los detalles que expone Vogel, porque sólo deseamos llamar la atención acerca de aquel sencillo procedimiento, con el cual se obtienen los colores en la debida gradación.

\* \* \*

**La Platinotypie**, par PIZZIGHELLI ET HUBL.—París, Gauthier-Villars, 1887.—En 4.<sup>o</sup>, 112 páginas. Precio: 3,50 pesetas.

M. Henry Gauthier-Villars ha traducido también del alemán esta curiosa obrita, en la cual se hace la exposición teórica y práctica de un procedimiento fotográfico con las sales de platino, que sirve para obtener rápidamente pruebas inalterables.

Las principales ventajas de la platinotipia son las siguientes:

1.<sup>a</sup> La extraordinaria sencillez de las manipulaciones, que son más rápidas que con los demás procedimientos. 2.<sup>a</sup> La gran sensibilidad del pa-

pel preparado con platino, lo que permite obtener en igual tiempo, tres ó cuatro veces más pruebas que con el procedimiento ordinario. 3.<sup>a</sup> La inalterabilidad absoluta de las pruebas. 4.<sup>a</sup> El aspecto especial y verdaderamente artístico de estas pruebas. 5.<sup>a</sup> y última. El gran número de aplicaciones de que es susceptible dicho procedimiento.

La traducción francesa contiene en un Apéndice las últimas modificaciones introducidas por los autores en su obra, á la cual ha concedido la Sociedad fotográfica de Viena el gran premio Voigtländer.

\*  
\* \*

**Revista general de Marina.**—*Número extraordinario dedicado á la memoria de D. Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, en el tercer centenario de su muerte, 9 de Febrero de 1888.*—En 4.<sup>o</sup> menor, 156 páginas.

Contiene este precioso número de la *Revista general de Marina* los *Preliminares del Centenario*, escritos por D. Luis Vidart; la *Biografía de D. Álvaro de Bazán*, por D. Martín Fernández Navarrete; una inspiradísima poesía de D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, dedicada al invicto marino; *Lepanto, Trafalgar, Callao, Motrico*, por el Sr. Montaldo; *Recuerdos de D. Álvaro de Bazán*, por D. Ramón Auñón y Villalón; *Palacio del Viso*, por D. Pelayo Alcalá Galiano; y, por último, *La apoteosis de un héroe*, loa escrita por D. Ángel Lasso de la Vega.

Además de estos trabajos, todos notables, hay en el libro un magnífico retrato del célebre vencedor de

Lepanto y dieciocho láminas de mucho valor artístico.

\*  
\* \*

**Pot de Fleurs.**—*Polka-marche du 5.<sup>e</sup> d'Artillerie, par WILLY and C.<sup>o</sup>—París, Leon Vanier, 19 Quai St-Michel, editor. Precio, 6 pesetas.*

Así se titula una polka, modelo de originalidad y buen gusto, que adorna una artística cubierta en la que aparecen cuatro soldados de diferentes institutos del ejército francés, que llevan á hombros un enorme tiesto de flores. Aunque la polka se da como compuesta por Willy, las letras (H. G. V. S. L. D. R.) que, hay debajo, pudieran interpretarse de este modo:

Henry Gauthier Villars

Sous Lieutenant De Réserve:

Si, por casualidad, hemos acertado, reciba nuestros parabienes el joven oficial, hijo del acreditado editor, cuyas huellas sigue con no menor inteligencia y actividad.

\*  
\* \*

**La solution du problème des températures,** par M. FÉLIX LUCAS. —*París, Gauthier-Villars, 1887. En 4.<sup>o</sup> mayor, 15 páginas. Precio: 0.75 de peseta.*

Forman este opúsculo dos Memorias dirigidas á la Sociedad internacional de electricistas por el distinguido Ingeniero M. Lucas. Fundándose en algunos de los admirables trabajos de Sadi Carnot, indica el modo de sustituir á las temperaturas observadas en los datos numéricos de las experiencias, las temperaturas verdaderas, estableciendo así la base de la termometría que llama racional.

R. A.